



Guillermo de Miguel Amieva

Prólogo de  
Amando de Miguel

# LA INICIACIÓN DE MOWGLI

El más profundo mensaje iniciático de Kipling

## LA INICIACIÓN DE MOWGLI

GUILLERMO DE MIGUEL AMIEVA

# LA INICIACIÓN DE MOWGLI

SERIE AMARILLA  
[LITERATURA]

  
masonica.es

GUILLERMO DE MIGUEL AMIEVA

# LA INICIACIÓN DE MOWGLI



Acuarela de Jesús Mateo Pinilla  
Maestro Masón

masonica.es  
EDICIONES DEL  
*ARTE REAL*

*La iniciación de Mowgli*

**editorial masonica.es®**

SERIE AMARILLA (Literatura)

[www.masonica.es](http://www.masonica.es)

© 2014 Guillermo de Miguel Amieva

© 2014 EntreAcacias, S.L. (de la edición)

Ilustración de la cubierta: Jesús Mateo Pinilla

EntreAcacias, S.L.

Apdo. de Correos 32

33010 Oviedo - Asturias (España)

Teléfono/fax: (34) 985 79 28 92

[info@masonica.es](mailto:info@masonica.es)

1ª edición: febrero 2014

ISBN (edición impresa): 978-84-941827-8-5

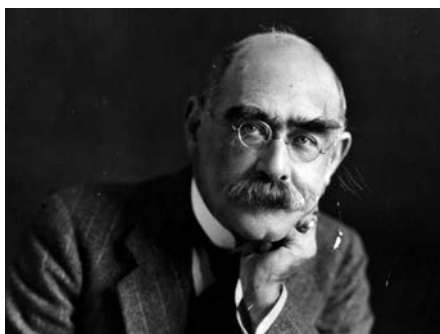
ISBN (edición digital): 978-84-941827-9-2

Edición digital

*Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).*

*Aquel hombre que, liberándose de su orgullo,  
no desprecia ni a hombres ni a animales,  
podrá entrar un día en el  
alma de Oriente.*

RUDYARD KIPLING



Maestro Masón, iniciado el 5 de abril de 1886  
en la Logia Hope and Perseverance N° 782,  
Oriente de Lahore, Punjab (India)

*A Rudyard Kipling, mi hermano, ya en el Oriente Eterno,  
agradecido a su maestría.*

*A mis hermanos de las respetables logias simbólicas  
Paz y Conocimiento n° 119 de Palencia  
y Hermes Amistad n° 43 de Valladolid, mi logia madre.*

*A mis queridos hermanos de las respetables logias simbólicas  
Semper Fidelis n° 150, al Oriente de Torrelavega y Tolerancia al  
oriente de Bilbao*

*A todos los masones pasados, presentes y futuros que  
integran la cadena de unión*

*A todos los lectores que se acerquen aquí y muy especialmente a  
mi mujer María José Ron, a mis hijas Carmen y Blanca de Miguel  
Ron y a mi madre, Carmen Amieva Iglesias*

*A todos los profanos o masones, esparcidos por la tierra, los aires  
y el mar, pobres o en la desolación,  
para que encuentren pronto alivio a sus males,  
o retornen pronto a sus hogares, si ése fuere su deseo.*

*A mi padre Guillermo de Miguel Palacios y a mi abuelo  
Guillermo Amieva Díaz, ambos en el Oriente Eterno.*

*A mis queridísimos hermanos Juan J.: P.: A.: y a J.: F.:  
también en el Oriente Eterno*

*A mis queridísimos hermanos en sueños.*

# ÍNDICE

|                                                                |     |
|----------------------------------------------------------------|-----|
| Prólogo para un iniciado<br>de Amando de Miguel                | 9   |
| Prefacio                                                       |     |
| I. LEER ENTRE LÍNEAS<br>Más allá de las hojas de la selva      | 14  |
| II. LA LOGIA<br>La selva                                       | 19  |
| III. LA INICIACIÓN (I)<br>La prueba de la tierra               | 38  |
| IV. LA INICIACIÓN (II)<br>La prueba del aire                   | 59  |
| V. LA INICIACIÓN III<br>La prueba del agua                     | 106 |
| VI. LA INICIACIÓN (IV)<br>La prueba del fuego                  | 129 |
| VII. PLANCHA DE QUITE,<br>REGRESO Y ENTRONIZACIÓN<br>DE MOWGLI | 150 |
| CERRANDO EL CÍRCULO                                            | 172 |

# PRÓLOGO PARA UN INICIADO

de Amando de Miguel

*Son raros en España los libros testimoniales. Este es uno de ellos y sobre un tipo de vivencias que no se airean mucho. He ahí la primera razón para enfrascarse en su lectura. Anticipo que es un goce, aunque solo sea por averiguar algo tan poco común como la iniciación en una logia masónica.*

*Estas palabras mías son las de un «profano», el que no pertenece al escogido círculo de la Masonería. Es una condición que nunca me había planteado y que me coloca en una situación un tanto arbitraria. Aunque una vez fui «gentil» cuando realicé un estudio sociológico sobre una iglesia pentecostal en Nueva York.*

*La logia de nuestro hombre se acoge al patronazgo (no sé si se puede decir así) de Hermes. Es un dios griego simpático y polifacético, de condición pastoril, inventor de la música y del alfabeto, protector de los viajeros, los comerciantes, los atletas y (ay) los ladrones. No se olvide que también hay un San Dimas.*

*La veta testimonial de este texto se teje con la comparación que hace su autor de la profunda lectura de El libro de la jungla de Rudyard Kipling. Debo confesar que el libro del inglés victoriano fue para mí una lectura voraz en la adolescencia. Esa parva confidencia debe rematarse con esta otra: al mismo tiempo, me chapucé en las aventuras del Padre Brown de G.K. Chesterton. No sabía entonces que Kipling y Chesterton fueron adversarios ideológicos.*

*Más que El libro de la jungla, lo que más me impresionó de Kipling en mi adolescencia fue el poema «If». Si se cumplían las imperiosas condiciones morales de ese poema, la recompensa estaba en los dos últimos versos:*

*Tuya será la Tierra y todo lo que ella contiene,  
mas lo fundamental es que serás un Hombre, hijo mío.*

*El poema lo leíamos algunas veces en el Frente de Juventudes, con el argumento de que era la poesía favorita de José Antonio Primo de Rivera.*

*La originalidad de Guillermo de Miguel Amieva consiste en trazar un atrevido paralelismo entre su iniciación masónica y la trama del libro de Kipling. El cual pertenece al género de la fábula, es decir, una fantasía en la que se hace hablar a los animales. Es un viejo recurso literario que se ha utilizado muchas veces. Ya en el primer capítulo del Génesis habla la serpiente. George Orwell ridiculizó magistralmente el estalinismo con La granja de los animales. Los cuentos infantiles y luego Disney encandilaron con las fábulas a millones de niños de todo el mundo.*

*Kipling recoge la leyenda milenaria de los niños-lobo, cuya cúspide poética es Rómulo y Remo. ¿Por qué los lobos? Resulta que es la especie mamífera más social.*

*Lo suyo es vivir, atacar y defenderse en manada. Es muy posible que nuestros ancestros cercanos de hace unos 50.000 años se fijaran en esa táctica de los lobos para imponerse a otras especies. Esos antecesores eran los cromañones, una rama del homo sapiens destinada a extinguirse. La razón estaba en que sus individuos poseían menos inteligencia que sus enemigos, los neandertales. Pero quienes desaparecieron fueron esos últimos, más fuertes y más inteligentes, pero que actuaban en solitario. Frente a ellos, los cromañones se organizaron como los lobos, en manada. Eso les permitió moverse en un territorio más amplio y descubrir la división del trabajo. Al final se impusieron los cromañones; su ADN es el nuestro. Además, domesticaron al primer animal predador, el lobo. Se convirtió en el perro hace unos 20.000 años.*

*Lo anterior podría servir para interpretar mejor las metáforas de Guillermo de Miguel Amieva. Los masones se consideran los lobos de la civilización. Se ven impulsados a practicar el espíritu solidario para poder desenvolverse en un mundo hostil, el de los profanos, resueltamente individualista.*

*Los ritos de los masones recogen la milenaria tradición asociativa de los cromañones. No otra cosa es la insistencia en la «fraternidad». Puede verse más cerca-namente como una secularización de la caridad cristiana; o, mejor aún, como una especie de réplica de la «comunidad de los santos», la de los vivos con los difuntos. No es el único correlato entre esas dos realidades que podrían parecer antitéticas. Está también el simbolismo trino, la apología del número tres: la Trinidad, las tres cruces del Gólgota, las tres virtudes teologales. En el terreno práctico el Cristianismo se constituyó como*

*un empeño esencialmente jerárquico y masculino, como tantos otros de la edad heroica. La Masonería responde a ese mismo esquema, solo que secularizado. Pero quizá la afinidad más notable sea la centralidad del rito, una tradición judaica.*

*El cadencioso rito de iniciación o de paso, que tan vividamente describe el autor, se aloja en el modelo de las «instituciones totales». Muchas de ellas son de inspiración cristiana. Recordemos algunas palabras clave: convento, clausura, comunidad, cátedra, congregación, cenobio, claustro, cónclave, canongía, colegio, catedral, capilla, colegiata, cartuja. Todas empiezan con la «c» de la comunión intensa de los elegidos para distinguirlos del mundo exterior, los laicos, o más tajantemente, de los infieles o paganos. La Masonería arrostró en su origen moderno a la Iglesia Católica, precisamente porque era su versión secularizada.*

*Lo anterior es solo un ramito de especulaciones vanas, las de un sociólogo ocioso. Lo mollar es la sustancia que sigue. Es una revelación auténtica y emocionada de un espíritu extraordinariamente sensible. Disponte a hacerla tuya.*

*En C  melot de Madrid, 2 de  
febrero, fiesta de la Candelaria.*

*Yo canto con Kipling, mi dulce hermano,  
traspasado el tiempo de un siglo entero,  
en silente unión encadenados  
al fraterno amor, que es sempiterno.*

*En fragor intenso de literatos,  
de masones puros, dos en concierto,  
desvelo las claves a los profanos,  
e inicio a Mowgli en los secretos.*

*La cadena de años, que permanece,  
ilumina sombras entre la selva,  
¡oh, tú, mi maestro, el más decente!*

*Tú, mi luz más sabia y verdadera,  
mi rey Salomón en el Oriente,  
eterno saber que a mí me espera.*

## PREFACIO

### I. LEER ENTRE LÍNEAS

#### MÁS ALLÁ DE LAS HOJAS DE LA SELVA

Quizás ningún libro tenga un solo nivel de lectura, porque, se quiera o no se quiera, y más allá del texto escrito —es decir, sobrepasándolo— el escritor y el lector pueden estar unidos por lazos tejidos al albur de una vivencia desarrollada fuera de los márgenes del propio libro. La común experiencia, por tanto, permite entablar un nivel de comunicación inaccesible para aquellos otros lectores que no hayan vivido lo mismo que el autor. Algo así me ocurre con Rudyard Kipling y *El libro de las tierras vírgenes*, más conocido como *El Libro de la Selva*.

La distancia que existe entre los lectores vinculados al autor por una común experiencia y los que no lo están, resulta determinante a la hora de comprender la totalidad del mensaje contenido en el libro. Para quien no

haya compartido dicha experiencia, lo comúnmente vivido actúa como una línea de frontera imposible de sobrepasar, pero para quien la haya compartido determina, sin embargo, el destino cómplice con el autor. De ahí que, desde la consciencia del igual pasado vivido, este lector atípico al que me refiero pueda entrever pasos del autor que también ha dado él. Las páginas del libro operan entonces como guijarros que despiertan la consciencia de aquellos que han percibido lo mismo. Guían por el camino común que ha sido recorrido y elevan a un nivel de lectura ubicado en el más allá del texto.

Esta lectura trascendente pasa desapercibida, como digo, a los lectores que no han sido iniciados en la experiencia del autor. Permanece oculta como si el libro hubiera sido escrito con tinta invisible, si bien no puede pasar por alto al lector previamente iniciado. Este, a su vez, puede haber compartido o no el mismo espacio-tiempo que el autor. Es decir, puede tratarse de alguien cercano con quien el escritor haya mantenido o mantenga aún una relación personal —un amigo íntimo, por ejemplo—, o alguien contemporáneo que nunca haya trabado relación personal con él; pero también, como acontece entre Kipling y el autor del presente ensayo, puede darse la circunstancia de que autor y lector, habiendo vivido lo mismo —esto es, aquello que subyace más allá del texto y lo justifica— no hayan compartido ni el mismo espacio ni el mismo tiempo. Es decir, puede ocurrir que no solo no se hayan conocido, sino que esto sea de todo punto imposible por haber vivido diferente contexto histórico, lo cual, en conjunto y a priori, les convertiría en dos desconocidos de los

que no podría esperarse mejor comunicación que la que el primer nivel de lectura reporta.

Sin embargo, entre Rudyard Kipling y el autor de este ensayo sí existe una vivencia común —aunque Kipling, como parece evidente, ya no pueda ser consciente—, que me permite trabar con él un vínculo fraternal que supera los límites del espacio-tiempo. Como si la barrera del tiempo que nos separa no existiera, como si efectivamente pudiéramos reencontrarnos para comprendernos, comparto con Kipling la antiquísima tradición de la sociedad secreta más dulce y menos entendida de la civilización occidental. Me refiero a que ambos compartimos haber sido iniciados en la Masonería, momento muy importante de nuestras vidas. Sin perjuicio de haberlo vivido por separado, distantes en el espacio y en el tiempo, la distancia no nos impide haber experimentado lo mismo, o, mejor dicho, no nos impide haber participado de un mismo ritual mantenido secularmente por la Masonería para unir a todos los masones pasados, presentes y futuros. Éste ritual, resulta determinante a los efectos de adentrarnos en la lectura esotérica de *El Libro de la Selva*.

Desde la común vivencia del ritual masónico, cuya cadencia he compartido con mi hermano Rudyard Kipling, puedo interpretar *El Libro de la Selva* más allá de lo que el lector profano puede comprender por sí mismo, pero este vislumbrar más allá no debe interpretarse como un privilegio mío. Como digo, solo he compartido la misma experiencia que Kipling vivió. No una experiencia cualquiera, no obstante, sino una muy concreta que marcaría a cualquier persona que la desarrollase en profundidad. Así, desde la experiencia semejante, estoy vinculado a él de igual modo a como lo estoy con

mis hermanos de logia o con cualquiera de los masones esparcidos por la faz de la Tierra que, en cualquier tiempo, hayan sido iniciados en esta apasionante aventura que la Masonería representa para todos nosotros. Y es que, a través del ritual masónico y de su reiteración, los masones hemos ido sedimentando un aprendizaje que, por ser transmitido a través de símbolos, proporciona determinadas claves para entender los misterios del alma humana y del cosmos, la obra realizada por Dios, alguien a quien los masones invocamos como el «Gran Arquitecto del Universo».

Si el ritual masónico no hubiera sido fijado rígidamente, es decir, si no hubiera sido mantenido formalmente sin variaciones sustanciales, hubiera sido de todo punto imposible también, finalmente, que lo vivido por Kipling y los masones de hoy en día sea prácticamente idéntico. No obstante, como quiera que el ritual permanece, podemos afirmar que la parte masónica de la vida del hermano Kipling es sustancialmente la misma que yo he vivido. Por tanto, dada la impronta que la iniciación representa para todo masón, haber sido iniciado me permitirá trascender *El Libro de la Selva* logrando una comunicación más profunda con el autor. Al mismo tiempo, podré abrir una puerta muy especial al lector profano, a quien también, y con más probable amor, va dirigido el presente ensayo.

*La logia alberga calor humano,  
que constante llega a los masones.  
Su astros cabalgan cielos claros,  
la luz del Oriente los sobrecoge.*

*La selva es un templo de lobos santos  
que exhortan la ley por sus rincones,  
es cielo esotérico, universo alto,  
microcosmos claro que estrellas pone.*

*Los monos malditos no la respetan,  
profanos vulgares, mas no iniciados,  
no ven resplandores ni estando cerca.*

*¡Oh templo selvático pleno de encanto!  
la pluma de Kipling te ama de veras,  
y Akela, mi Rey, aúlla su canto.*

## II. LA LOGIA

### LA SELVA

*Allí estaba: Rudle, el jefe de estación Peazley, de la Sección de Vías y Trabajos; Ackman de Intendencia; Donkin, funcionario de la Prisión, y Blake, el Sargento instructor que fue dos veces nuestro Venerable; y también, estaba el viejo Franjee Eduljee dueño del almacén Artículos Europeos... Fuera nos decíamos: «Sargento» o «Señor», «Salud» o «Salam»; dentro, en cambio, «Hermano», y así estaba bien.*

*Nos encontrábamos en el Nivel, y nos despedíamos en la Escuadra, Yo era el segundo Diácono. Estaba también, Bola Nath, el contable, Saul, el judío de Aden, Din Mohamed de la oficina del Catastro, el señor Chuckerbutty...; Amir Singh el sikh; y Castro, del taller de reparaciones que, por cierto, era católico romano...*

*Nuestros ornamentos no eran ricos y nuestro Templo era viejo y desgarnecido, pero conocíamos los Landmarks y los observábamos escrupulosamente...*

*A veces, cuando miro atrás, me viene a la cabeza este*

*pensamiento: En el fondo, no había incrédulos al margen quizás de nosotros mismos... y, así, cada mes, después de la Tenida, nos reuníamos para fumar. No nos atrevíamos a hacer banquetes por miedo a forzar alguna norma de cualquier Hermano. Y hablábamos a fondo, de Religión y de otras cosas. Cada uno se refería al Dios que conocía mejor, y los Hermanos tomaban la palabra uno tras otro y nadie se inquietaba.*

*Nos separábamos con el alba, cuando se despertaban las cacatúas y los malditos mosquitos portadores de fiebre. Entonces volvíamos a caballo y después de tantas palabras, Dios, Mahoma y Shiva jugaban al escondite dentro de nuestras cabezas.*

*Muy a menudo, desde entonces, mis pasos errantes al servicio del Gobierno han llevado mi saludo fraternal desde Oriente a Occidente. ¡Cómo los recordaba! ¡Y cuántas veces he deseado volver a verlos a todos! A todos los de mi Logia Madre, ¡Cómo querría volver a verlos! A mis Hermanos, negros o morenos, y sentir el aroma de los cigarrillos indígenas mientras deambulaba por allí... el que encendía la luz, y el viejo de la limonada. Y volverme a sentir un Masón perfecto. Una vez más, en esta mi Logia de hoy.*

El texto que precede refleja el sentimiento que a Rudyard Kipling le produjo su paso por la Masonería a través de su logia madre Hope and Perseverance, en la que se inició cuando tan solo contaba veinte años, sentimiento que cualquier masón iniciado puede compartir y desde el que podremos reconstruir el universo esotérico de *El Libro de la Selva*.

El día veintiocho de diciembre de mil novecientos noventa y seis, mi vida cambió de una manera radical. Aquel frío día de invierno, viajé de Palencia a Vallado-

lid para ser iniciado en la aventura más hermosa que he vivido. Llamé a una puerta metálica incrustada en un muro de ladrillo perteneciente a un bajo de una plaza ubicada en un barrio marginal de la ciudad. Nadie podría imaginar que tras aquella puerta metálica, pintada con aerosol por los chicos del barrio, pudiera abrirse un mundo absolutamente asombroso, telúrico, mágico, simbólico, fraternal y filosófico, un mundo que definitivamente distorsionaría mi percepción de la realidad ubicándome en un espacio-tiempo distinto. Al igual que la Alicia de Lewis Carroll, si bien con el matiz, en mi caso, de resultar un suceso elegido y por tanto buscado de antemano, caí en un agujero adimensional a cuyo través iría experimentando una lenta transformación.

Abrió José Luis, al que conocía porque, junto con Federico y Juan José, había sido uno de los tres «aplomadores» que con el fin de valorar mi idoneidad me había entrevistado previamente. Era un día solemne y festivo para todos, pues nada hay que nos guste tanto a los masones como celebrar ritualmente la iniciación de un nuevo aprendiz. En cada iniciación, compartimos la aventura del iniciado y revivimos la nuestra, nos encontramos de nuevo con el principio, punto donde todo está indicado de antemano. José Luis me invitó a pasar a un pequeño hall cerrado al interior por otra puerta que habríamos de franquear después. Antes de proseguir, me hizo ver que tenía que vendarme los ojos, pedimento al que lógicamente me entregué con confianza. Más allá de esa segunda puerta, la logia «Hermes-Amistad», mi logia madre [aquella en la que un masón se inicia] dispone de un salón de pasos perdidos, una secretaría,

la cocina, el baño, la cámara de reflexiones — de la que luego hablaré — y, finalmente, el templo.

El resto de los hermanos, como los lobos que rodeaban a Mowgli el día que se debatió su aceptación por la manada en la Gran Roca del Consejo, esperaban dentro del templo. No debemos olvidar que el primer capítulo de *El Libro de la Selva* se titula, precisamente, «Los Hermanos de Mowgli». El título, a mi juicio, no puede ser casual en modo alguno. Kipling elige la palabra que más sentido ha dado a su vida masónica; es decir, para relacionar a Mowgli con los lobos de la manada elige la misma palabra que él utiliza para relacionarse con los miembros de su logia. Les reviste del tratamiento de hermanos, vincula a Mowgli con los lobos mediante un nexo fraternal propio — aunque no exclusivo — de la Masonería, sentimiento fraternal que, en Kipling, procede sin duda de la experiencia masónica que está viviendo en el tiempo en que escribe; es decir, dota a la comunidad animal de un espíritu masónico impropio de su naturaleza. ¿Por qué? Aunque aún sea temprano para abordarlo con profundidad, creo que Kipling escribe *El Libro de la Selva* con el propósito — consciente o no — de secularizar los valores y el método masónico. El escritor profesa como maestro masón transmitiendo una enseñanza iniciática a la colectividad profana, universaliza lo que ha aprendido dentro de la logia, lo pone al alcance de los profanos mediante un relato que, por circunstancias luego concurrentes, como la intervención de dos masones como Walt Disney y Louis Armstrong, los cuales ilustran gráficamente y ponen la música, se universalizará y alcanzará el poder literario de lo mitológico. El maestro masón sale al mundo profano con el mensaje aprendido, cumple con la misión

de proyectar la luz que ha prendido dentro de él en logia. Crea un cuento legendario... quizás porque ha aprendido el valor del mito en el subconsciente humano. Pero volvamos a lo nuestro.

Aquellos desconocidos que me esperaban dentro del templo de la logia Hermes Amistad también se convertirían en mis hermanos, como los lobos de la manada de Mowgli. A cualquiera puede parecer infrecuente o poco creíble que unos extraños que aparecen de pronto en tu vida se conviertan en seres tan estrechamente vinculados a ti, pero al igual que le sucede a Mowgli cuando —por una circunstancia azarosa del destino— se ve privado de la compañía de los humanos y es aceptado por los lobos, yo mismo me quedé expuesto a la intemperie existencial. Pretendiendo comprender el mundo algunos años después de la muerte de mi padre, pasando entonces la travesía de mi propio desierto, sintiéndome muy aparte de la frivolidad que vive el mundo contemporáneo, terminé por encontrarme con mis iguales. Pasé un tiempo de relativa dureza sumergido en esa soledad que refiero, manera, como otra cualquiera, de abandonar la sociedad para internarme en la selva del mundo interior. Como a Mowgli, también me esperaba una manada protectora que me enseñaría las leyes de esa selva. Mas, al igual que Mowgli, también en aquel tiempo yo tenía —todos lo tenemos— un Shere Kan acechante que pretendía eliminarme. Aún no lo he matado del todo..., y quizás esto haya sido así porque Shere Kan está dentro de nosotros mismos, quizás acecha incesantemente a lo largo de la vida, enemigo íntimo que se corresponde con el yo más primario que tenemos. Tendremos ocasión de tratar el sentido de esta

responsabilidad iniciática [matar a Shere Kan] que todo hombre de espíritu ha de afrontar alguna vez.

Kipling vivió también un día iniciático que, como a mí, le debió de parecer extraordinariamente importante, una fiesta ceremonial emocionante, repleta de significado. Luego, por añadidura, tuvo que tener una vida masónica tan intensa como la que he yo he vivido. Desde un punto de vista especulativo, creo que por eso eligió un marco (la selva) como escenario para el libro, el cual, además, podría encontrar cierto paralelismo con el templo donde Kipling desarrolló su aventura iniciática. Creo también que, porque consciente o inconscientemente trae la Masonería al libro, elige unos animales concretos —los lobos, principalmente, aunque no solo ellos—, que desarrollan el papel que los hermanos masones desarrollan en la logia. Estoy convencido, igualmente, de que, por su pertenencia a la Masonería, Kipling introduce animales extraños a la ley de la selva (los Bander-Log), animales profanos que en modo alguno respetan la ley (no son sabios). Y creo, finalmente, que, para establecer un contraste con el mundo fraterno de la selva, pone el marco referencial del hombre, su poblado y sus costumbres, como un elemento exterior contrapuesto al orden interior de la Gran Roca del Consejo. No creo que ninguna de estas similitudes operen casualmente, es decir, estoy convencido de que *El Libro de la Selva* responde y encuentra por tanto justificación en la experiencia hindú y masónica del autor, y aunque entiendo que no se puede afirmar categóricamente que pergeñó masónicamente el libro a propósito —esto resultaría inabordable porque desconocemos el pliegue interior de su voluntad en el momento de escribirlo—, lo que no podemos descartar es que el subcons-

ciente del escritor estuviera totalmente impregnado del universo simbólico de la Masonería — pues es público y notorio que lo estuvo —, y que tal circunstancia tuviera una influencia decisiva en la redacción del relato que glosamos. Quiero decir que no podemos descartar que en cualquier momento de su vida literaria, y más aún si cabe en el momento de escribir *Libro de la Selva*, la impronta masónica estuviera latente como un magma capaz de aflorar simbólicamente a la superficie. Es conocido que Kipling expuso abierta y conscientemente referencias masónicas clarísimas en otras obras suyas, como, por ejemplo, en *Kim de la India* (libro precioso con cierto paralelismo estructural con el *Quijote*) o en *El hombre que pudo reinar*.

La selva es un templo para sus habitantes, un lugar que concentra todos los elementos referenciales de la creación hermética: el agua, la tierra, el aire y el fuego, elementos de gran importancia, por cierto, en la iniciación masónica. Pero la selva, sobre todo, es una construcción que, como todos los templos, une la Tierra con el Cielo. Es un templo en el sentido pleno de la palabra, un espacio cerrado que los animales habitan desde el suelo hasta el techo arbóreo, desde el cubo de las primeras piedras a la bóveda. O lo que es lo mismo, desde la materia propiamente relacionada con la tierra selvática, esto es, las rocas, el suelo, las colinas y las lagunas, hasta el cielo metafórico que compone el tejido vegetal arbóreo más alto, materia etérea que en las últimas hojas casi se deshace al rozar el aire. Kipling enmarca por tanto la creación literaria en un lugar concreto y cerrado (la selva) que reproduce lo de arriba en lo de abajo, estableciendo, así, una relación axial que, al igual que un templo, une verticalmente la Tierra con el Cielo. Se trata

de un lugar que los animales deben respetar mediante la obediencia de las leyes, y que, además, está sacralizado, vivido con ritualidad. A salvo de los Bander-Log, los animales de *El Libro de la Selva* no se comportan aleatoriamente ni se dejan llevar por el instinto, como habitualmente ocurre en el mundo animal, sino que, amparados por rituales —algo inconcebible en el reino animal, pero no en la Masonería vivida por Kipling—, ordenarán su sociedad con normas correctamente establecidas, obedientes a la experiencia de los más sabios, y se comportarán bajo el seguimiento de protocolos rituales. Akela, el jefe de la manada de los lobos de Seoanne, equivale al Venerable Maestro de una logia [así se denomina en lenguaje masónico al maestro que preside la reunión] y como tal oficiará a lo largo del relato. Lo veremos pronto.

Por encima de la manada y de los animales de la selva, invisible, situado en otra perspectiva, el Gran Arquitecto del relato deja el alma a vuelo pluma. Entre bambalinas, hay un dios menor, creador de inteligente racionalidad pero dotado de espíritu, que transforma en realidad literaria lo potencial que anida en su mente, dios doméstico al que algunos mortales ya conocemos universalmente como Rudyard Kipling, maestro masón de la logia Hope and Perseverance, ubicada en un punto geométrico del universo al oriente de Lahore, en India, país de ensueño. El literato se superpone al mundo que crea, y aunque lo habita espiritualmente, no lo hace físicamente. Los personajes afloran al papel —aquel desierto vacío y blanco que nada contenía—, cobran vida con el transcurso del relato. El Gran Arquitecto literario de *El Libro de la Selva* probablemente no se sintiera un Dios para sus personajes. Quizás, tampoco se siente así

nuestro propio Dios. Toda obra creativa parte de una potencia que habita dentro de nuestro subconsciente. Quizás el acto creativo emana de un dios modesto que no es consciente o no se cree lo que hace, pero este es un tema que no concierne directamente a la materia del ensayo y, quizás, por otra parte, podría herir sensibilidades ajenas a mi planteamiento de las cosas, cosa que, como masón, no deseo, pues en todo masón anida un hondo respeto a toda manifestación política o religiosa.

A partir de aquel día de diciembre de mil novecientos noventa y seis, la logia Hermes Amistad de Valladolid sería mi universo simbólico, un lugar ubicado en un punto geométrico del cosmos únicamente conocido por mis hermanos y yo. Al igual que la selva, el templo masónico constituye un espacio perfectamente delimitado, tan acogedor como un claustro o como un claro de bosque. Apartado del bullicio del mundo profano está el templo. La puerta de la logia separa ambos espacios provocando en el iniciado un corte radical con la realidad mundana. Aquel día, crucé aquella puerta metálica para sumergirme en la contemplación de la realidad simbólica que todo templo contiene. El templo masónico es un rectángulo orientado de este a oeste. El eje este-oeste polariza los puntos donde respectivamente nace y se oculta la luz. Es el eje de la sabiduría y la ignorancia, el cual determina, a su vez, la posición de la puerta de entrada del templo, en el oeste, [ignorancia=oscuridad], y la posición del trono del venerable maestro (Akela) en el este; es decir, en el Oriente (luz=sabiduría). El cenit se ubica en el techo, y en él se representa simbólicamente el cielo, pintando sus astros sobre el raso. El nadir, por su parte, se identifica con el suelo, un ajedrezado de losas en blanco y negro que

simboliza la dualidad de los contrarios. Dios, la unidad, está en el cielo. La vida terrestre se caracteriza por la expresión manifestada aquí de los contrarios, en los que se polariza la unidad. Se representa un supramundo y un inframundo distanciados entre sí por la distinta cota de altura, pero unidos por el eje vertical del templo masónico, un eje invisible que asciende de la Tierra al Cielo permitiendo la unión del hombre con el espacio espiritual del universo.

El masón, observador privilegiado de ese espacio, se inicia para descubrir las claves que abren las puertas del cielo (lugar común donde anidan la espiritualidad, la conciencia alta, la sabiduría suma, la plenitud). En cada tenida —es decir, en cada reunión masónica—, sirviendo al propósito de encontrar esa sabiduría primordial, el masón, socializando su acción con sus hermanos, construye y deconstruye un ritual que, en esencia, ha sido vivido por todos los masones pasados, presentes y futuros a lo largo de la historia. De ahí que el iniciado esté en un espacio-tiempo que ya no es profano, sino sagrado, profundamente espiritual y solo accesible a personas a las que les haya sido reconocido el privilegio de ver la luz. La experiencia masónica introduce al iniciado en un escenario [espacio] invariablemente repetido a lo largo del tiempo, pero le expone también a una acción dramática compartida con sus hermanos, la cual se desarrolla bajo un ritmo ritual [tiempo] invariable, o casi invariable, en toda época. Este ritmo ordena los sucesos bajo una misma cadencia. Se quiere decir, sencillamente, que el masón se adentra en el templo para dejar atrás el marco de espacio-tiempo que vivía como profano. El escenario masónico es, por tanto, un hábitat matricial a modo de placenta

(no en vano carece de ventanas) que permite obviar el espacio cotidiano donde el masón desarrolla su vida profana sustituyéndolo por otro, prácticamente idéntico a lo largo de los siglos, que ha sido habitado, ocupado y esotéricamente vivido y comprendido por todos los masones: los pasados —Kipling incluido— y los presentes, pero también los futuros. Se borra así el escenario mundano supliéndolo por otro sagrado, y, supliendo el escenario —suplido el espacio—, se suprime el tiempo mediante la acomodación de los actos a un ritual invariable que marca un ritmo determinado para el desarrollo del acontecimiento masónico (la tenida). Se trata de un tic-tac que todos los iniciados han vivido del mismo modo y sin variación sustancial desde siempre. Por esto, los masones solemos disfrutar mucho la idea de vivir fuera de la inercia del tiempo profano. Algunos lo simbolizamos quitándonos el reloj antes de la tenida o dando vueltas a las manecillas hasta dejarlas fuera de las referencias del horario convencionalmente admitido. La experiencia masónica exige adaptarnos a una realidad tan hermosa como implica pasar a vivir en un espacio-tiempo cósmico, evasivo, aéreo, flotante, sin gravedad; estos son los adjetivos que se me ocurren para introducir al lector profano en la percepción de una realidad extramundana que, para muchos de nosotros, representa una aventura.

¿No es la selva un espacio similar? ¿No podemos encontrar en ella, si no un reflejo exacto, sí, en cambio, algún paralelismo con el templo masónico? El lector recordará, sin duda, alguna pandilla de infancia con la que se escondía en algún lugar secreto del campo o del parque. Esos espacios enclaustrados producen la pérdida de las referencias temporo-espaciales, pero, ade-

más, impulsan la experiencia de la fraternidad. Todos los que conviven en espacios secretos se deben fraternidad, respeto y tolerancia para mantenerse no solo en el respeto del secreto, sino en el mantenimiento del propósito que les ha unido ¿Qué une a todos los masones esparcidos por la faz de la Tierra? Sencillamente, la búsqueda de la fraternidad universal a través del conocimiento y perfeccionamiento del alma humana. Solo desde el conocimiento interno de lo que somos podemos ver y valorar la igualdad con los otros para, desde la igualdad —desde esa alteridad compartida—, ensamblar el sentimiento de fraternidad que algún día permitirá la convivencia en tolerancia y respeto. El objetivo no es tan sencillo como parece, como tampoco lo es conocernos interiormente o desvelar el Dios interno que explica los misterios del Cosmos y los nuestros propios (¿son distintos quizás?). El propósito no es fácil, ni mucho menos, cierto, pero el recorrido hacia el objetivo puede transformarse en una aventura profunda y apasionante.

Fuera de mi familia, nunca he experimentado lazos de unión tan profundos como los que, después de dieciséis años, mantienen viva mi presencia en mi entrañable logia «Paz y Conocimiento», al oriente de Palencia, de la que tengo el honor de ser miembro fundador y haber sido exaltado en ella al oficio de Venerable Maestro. Me he peleado —que conste—, y me he abrazado, he llorado y me he besado con todos mis hermanos; me he llevado decepciones y alegrías; no ha sido ni es todo tan idílico como al principio barruntaba, cierto, pero en ningún sitio como en mi logia, en ese punto geométrico y secreto del universo donde una vez al mes me reúno con mis hermanos, he sentido más afinidad humana,

dicho esto en el sentido de encontrarme ante buscadores (aventureros existenciales); en ninguno he podido dar la espalda mejor a la soledad; en ninguno he sentido compartir el mismo rumbo como en ella y en ninguno la fraternidad ha estado por encima de la ideología y de la religión con tanta fuerza. Recordemos las palabras de Kipling refiriéndose a sus hermanos de logia, pues vienen a cuento: «Y hablábamos a fondo, de religión y de otras cosas. Cada uno se refería al Dios que conocía mejor, y los hermanos tomaban la palabra uno tras otro y nadie se inquietaba. Nos separábamos con el alba, cuando se despertaban las cacatúas y los malditos mosquitos portadores de fiebre. Entonces, volvíamos a caballo y después de tantas palabras, Dios, Mahoma y Shiva jugaban al escondite dentro de nuestras cabezas». ¡Qué hermoso! —exclamo yo ahora—. «Dios, Mahoma y Shiva jugaban al escondite en nuestras cabezas», nos recuerda Kipling deleitándose en que aquella variedad de creencias solo le inspiraban respeto por sus hermanos, pues ninguno de aquellos seres que compartían la tenida con él eran incrédulos, quiere decirse que no eran seres sin creencias. No eran ateos, como vulgarmente se piensa de los masones en el mundo profano [aviso amable a navegantes]. No obstante, cada cual le daba a la religión la interpretación más afín a su manera de ver el mundo, y tal cosa bastaba y era buena. ¡Qué grande! —me digo yo ahora, pensando en voz alta.

Si el lector retoma las palabras de Kipling referidas a los sentimientos nostálgicos que le reporta el recuerdo de la logia donde se inició, comprenderá porqué un masón se encuentra umbilicalmente unido a la logia y a los hermanos que la componen. Kipling vivió esa experiencia igual que cualquier otro masón, y por eso yo —

que para él sería algo así como un masón del tiempo futuro — puedo comprender cómo se sentía cuando rememora su vida en la logia. Su espíritu no es para mí algo meramente interpretable: ¡es el mismo!, ésta es la circunstancia. Hay un momento de la tenida en el que todos los hermanos nos quitamos los guantes, entrelazamos las manos y formamos un círculo. Formamos lo que se denomina la «cadena de unión». Bien, esta cadena de unión, constituida físicamente entre los masones de la logia, simboliza la cadena de unión que vincula a todos los hermanos esparcidos por la faz de la Tierra. Digamos que podemos interpretar extensivamente este hecho visible o material —el círculo de los masones de la logia— como representación de una unidad totalizadora: la unión fraternal de todos los masones de la Tierra. Pero más allá de esta primera interpretación extensiva, también podemos integrar en la «cadena de unión» a todos los masones pasados, presentes y futuros, ya que, en el espacio-tiempo masónico, las referencias del mundo profano pierden fuerza, no existen. El masón integrado en la «cadena de unión» es todo aquel que ha sido iniciado, pero también aquel que lo será en un futuro, de ahí que Rudyard Kipling y yo estemos integrados en esa cadena de unión fraternal constituida por todos los espíritus iniciados a lo largo del tiempo. Lo que él expresa con respecto a los hermanos de su logia es lo mismo que siento yo con respecto a los míos — ésta sería la circunstancia de presente —, pero también lo que siento con respecto al propio Kipling, a quien, aunque residente ya en el Oriente Eterno (cielo masónico), puedo considerar un hermano integrado en la cadena de unión.

Ambos hemos vivido dentro del continente placentario, místico, sagrado, cósmico, fraternal, secreto y atemporal de la logia, y desde esa común experiencia hemos desarrollado la percepción del lugar y también lo que su percepción nos permite recrear como interpretación simbólica: el acogimiento dentro la logia, placenta o matriz donde se desarrolla una vida embrionaria que ha de ser proyectada luego al exterior; el calor humano que allí se siente; la representación del cosmos a escala y la pérdida de las referencias del exterior. Llegados a este punto, por tanto, da igual que Kipling perdiera las de la India donde vivía y yo las de la ciudad donde actualmente vivo, pues, perdidas ambas, ambos nos hemos adentrado en el mismo espacio y en el mismo tiempo masónico; ambos hemos compartido la misma clandestinidad, legitimados los dos por reunir la misma condición de buscadores de la verdad a través de un método iniciático; y ambos hemos participado de la interpretación de los símbolos de los constructores de catedrales como instrumentos para comprender el mundo y sus misterios a través del ritual. Hemos participado de lo mismo, y ambos, por tanto, hemos valorado el templo como un elemento constructivo preciso para surcar el vasto dominio del mundo del espíritu. Quiero decir que los dos, cada uno en un momento de la historia y cada uno en su espacio o en su contexto cultural, hemos comprendido el simbolismo del templo; sabemos, porque lo hemos vivido por una interpretación que va más allá del lenguaje, que la reducción a escala del espacio cósmico permite la concentración espiritual del hombre y la comprensión de lo grande en lo pequeño; sabemos que el templo —el continente—, con todo lo que acoge, incluidos por su puesto sus símbolos

esotéricos, es una nave que debe conducir hacia el puerto de la fraternidad universal.

Insisto en que el primer capítulo de *El Libro de la Selva* se titula «Los hermanos de Mowgli» y que la manada fraternal con la que Kipling fabula a lo largo del relato habita un espacio tan particular como la selva, el cual, por su complejidad y sus peligros, está vedado al hombre, ser no iniciado en las leyes de la selva, desconocedor, por tanto, de sus rituales, y, por ello, no legitimado para vivir allí. En *El Libro de la Selva*, se da una mutua correspondencia entre Mowgli y Bagheera que no puede pasar inadvertida al lector. Ambos han vivido la infancia en el hábitat que no les correspondía, aquel para el que, en principio, no estaban destinados. La pantera perteneció a los hombres desde cachorro, nació en el circo y luego escapó. Mowgli, por su parte, perteneció a la Selva desde niño, pero luego regresará a su mundo. Tal mutua experiencia hará que Bagheera empaticé con el cachorro y pague un toro recién cazado como precio para que Mowgli se quede en la manada en lugar de ser entregado a Shere Kan. Aparte del acogimiento del bebé por padre—lobo y madre—loba, este es el primer comportamiento fraternal que apreciamos en el relato: Bagheera se compadece de quien sufre lo mismo que ella sufrió en el zoológico. Siempre hay un yo negativo que desde niños quiere matarnos, pero siempre hay alguien que, desde entonces, sabe pagar el precio que nuestra inocencia reclama para salvarnos de sus garras. Hasta que llegue el tiempo de contrarrestar ese lado negativo de nuestro espíritu, objetivo final para el que hemos de entrenarnos y ser por tanto iniciados, tenemos hermanos que nos protegen dentro del laberinto selvático de la vida.

La selva, la de verdad, se eleva como un espacio perfectamente delimitado que todos podemos visualizar diferenciándolo nítidamente del espacio humano. Sabemos que se trata de un lugar con respecto al que no tenemos dominio, pertenece al espacio natural. Es, incluso, algo más que eso. Contiene una esencia sagrada que a nuestros ojos la hace parecer intocable, algo así como respetable; a mayor abundamiento, esconde lo que tiene dentro, tesoros que nos están vedados. Se da y existe, por supuesto, una delimitación fronteriza de ambos mundos —el selvático y el humano—. Hay una lindera que requiere determinación para traspasar algún tipo de puerta. El umbral de toda puerta separa radicalmente dos realidades. Bajo cualquier dintel se cierne un espacio de frontera que nos transporta de una realidad a otra. Evidentemente, hay puertas y puertas en la vida de una persona, unas más trascendentes que otras, y algunas, como aquella puerta metálica de la loggia Hermes Amistad, tan asombrosas y maravillosas después de cruzarlas como el mágico agujero que transporta a Alicia a la realidad distorsionada del país de las maravillas.

Cuando José Luis me vendó los ojos, perdí las referencias del mundo del que venía, y me hallé, por otra parte, totalmente ciego frente a las referencias que me esperaban dentro. Como le acontece a Alicia en el mágico mundo recreado por Lewis Carroll, sufrí la sensación de caer en el vacío y en la pérdida de la percepción del espacio tiempo convencional. Algo idéntico a lo que le sucedió a Kipling, y algo semejante a lo que le sucedió a Mowgli después de que sus padres, asustados, huyeran dejándolo en la selva a merced de los acontecimientos. Alicia, Kipling, Mowgli, y yo mismo, nos

hemos visto preocupados por una experiencia semejante.

La venda que me puso José Luis era el elemento simbólico que separaba los dos mundos. Expresaba mi ignorancia con respecto al universo ritual de la Masonería, mi desconocimiento de las leyes y la sabiduría primordial que en ella habría de encontrar con el paso del tiempo. Todo el ritual de mi iniciación, aquel día, consistía por tanto en ir quitándome ritualmente la venda para poder acceder a la luz. Sin embargo, nada que no fuera yo mismo tenía que temer en aquel lugar. A partir de entonces, debía dedicarme al conocimiento del templo y su significado. No podía transitar alegremente por aquella selva como un vulgar Bander-Log, esto es, no podía estar allí sin respetar las leyes y el ritual que todo hombre iniciado debe respetar, como tampoco podía deambular sin limar mis asperezas. Mowgli no tenía puesta físicamente una venda, pero tenía otra analógica que, a tan corta edad, le impedía discernir e interpretar el mundo que le tocó vivir desde que madre-loba le acogió. Y sin embargo, si leemos atentamente el relato, Mowgli tuvo confianza en la manada, enseguida se dispuso a mamar con los demás cachorros, señal de que carecía de miedo alguno. Yo tampoco lo tuve.

*Morirte naciendo, nacer de nuevo,  
oculta en la tierra lo que profana  
el sagrado encanto del mejor verso,  
halla en la caverna el ser interno,*

*aquel que te escruta en los adentros,  
aquel que descubre el alma blanca,  
aquel que distingue rumbos correctos,  
y corre contigo por sendas llanas.*

*¡Akela: bendice al Mowgli humano  
que a los lobos llega, dale el aliento,  
el amor fraterno, y el mandil blanco!*

*Tú, Mowgli, renace, mas hazlo atento.  
Al centro del círculo se apunta el dardo  
que sirve al destino de los maestros.*

### III. LA INICIACIÓN (1)

#### LA PRUEBA DE LA TIERRA

Aquel día era muy importante, importancia que iría ganando enteros a medida que fuera capaz de comprender el sentido que la iniciación tiene para un masón. Kipling tuvo su iniciación y Mowgli también tuvo la suya. Los tres somos personas iniciadas. Mowgli se inició en el libro para proyectarse como un ser legendario cuya misión radica en transmitir un mensaje que hay que leer entre líneas. De alguna manera, cuando Mowgli fue iniciado por la manada en la Gran Roca del Consejo, sucedieron varias cosas. El inicio de su propia historia dentro del libro, el papel del personaje, lo que Kipling transportaba a la literatura desde el subconsciente propio y colectivo, la trama que estaba creando, se conjugó con el principio de una aventura interminable en el tiempo. Quiérase o no, Mowgli trasciende ya *El Libro de la Selva*, se ha salido de sus márgenes como un día salió de la selva buscando el poblado donde vivían sus iguales. Ahora, ocupa la vida colectiva, está re-

cubierto por la púrpura que todo príncipe literario muestra, es un personaje que ha devorado a su autor, a su Dios, a Kipling. Quizás sucede —permítaseme decir lo siguiente, por favor, sin que nadie se ofenda— que Dios es devorado por sus criaturas, resultando esto, además, lo mejor que puede sucederle. San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Gandhi, Martin Lutero King... ¿no son, acaso, hijos que devoran a sus dioses particulares trascendiendo por encima de ellos, integrándolos hasta las últimas consecuencias? En alguna parte de este ensayo he debido de decir —no lo recuerdo del todo— que los masones buscamos las claves que permiten abrir las puertas del cielo del mismo modo o, mejor dicho, de otro modo tan legítimo a como un budista pretende penetrar el misterio con la meditación o un católico llega a Dios ascendiendo los peldaños de su particular y hermosa escalera ¿Hay alguna manera mejor de hacerlo que devorar a tu propio Dios para integrarlo en ti mismo?

Que no se ofendan —lo pido por favor— todos aquellos que tengan un sentimiento religioso profundo. No estoy en contra de ningún Dios, incluso tengo también el mío, pero, dentro del discurso literario, trasciendo más allá, me valgo de los recursos que pueden dejar una impronta en el lector. Cuando cualquier Dios, sea el que sea, habita el corazón noble de los hombres, sentimos que está dentro como si lo hubiéramos devorado o como si hubiera estado siempre. Es muy probable que Dios se encuentre dentro de nosotros cuando nacemos —no lo discuto— aunque, por otra parte, también es verdad que nos lo hacen percibir desde fuera para integrarlo. ¿No es acaso un acto de hermosa ingestión la comunión del cristiano cuando mastica el cuerpo de

Dios? El cuerpo de Dios, ya transubstanciado, hecho carne en una simple oblea, es masticado y deglutido por el devoto como si fuera un trozo de carne divina, y entonces acontece lo que decía al principio. Se integra a Dios por un acto de puro canibalismo, Dios desciende a los hombres porque los hombres lo devoran. Es una manera simbólica que los humanos tenemos de representar las cosas. Las personas necesitamos proporcionar un sentido trágico a la vida, pues la tragedia nos proporciona la dimensión de lo que somos y de lo que hacemos. Mowgli ha devorado a Kipling igual que Don Quijote lleva digiriendo cuatro siglos la carne de Miguel de Cervantes, pero esa digestión es la de su dios literario, un dios doméstico escrito con minúsculas, un creador humano, alguien —R. Kipling— que, a su vez, también digiere al Dios de la civilización donde nace. No obstante —esto es lo importante— Kipling digiere a un Dios que, dada su condición de masón, se mezcla en logia con las voces de Alá, Shiva, Buda, etcétera..., es decir, con las creencias de los demás hermanos, a los que también respeta.

Mowgli nació a la literatura y a la vida a través de un acto iniciático semejante —aunque menos complejo, quizás— que el que me esperaba a mí aquella tarde de diciembre de mil novecientos noventa y seis. Podemos encontrarlo en las páginas de *El Libro de la Selva*, cuando Kipling describe el día que padre-lobo lleva a Mowgli a la reunión de admisión en la «Gran Roca del Consejo».

Hay un párrafo hermoso en esas páginas que quiero traer a colación. Dice así:

*Akela, el Lobo Solitario, enorme y gris, que guiaba a toda la manada a base de fuerza y astucia, estaba tum-*

*bado todo lo largo que era sobre su roca, y, por debajo de él, se sentaban cuarenta lobos o más de todos los tamaños y colores, desde veteranos de color tejón que podían manejar un gamo a solas, hasta los jóvenes de color negro y tres años de edad, que creían que podían hacerlo.*

Cuando Kipling describe la atmósfera que rodea la reunión de la manada el día que Mowgli es presentado en sociedad, una de dos: o es absolutamente consciente de lo que escribe, o bien se deja llevar por la fuerza del subconsciente. En cualquier caso, no puede negarse el clarísimo paralelismo que con respecto a la Masonería existe en esta descripción. Akela es el lobo solitario que preside la manada, está ubicado en la Gran Roca [el Oriente del Venerable Maestro] por encima de todos los lobos, los cuales forman un círculo en cuyo centro están los cachorros. Kipling describe a Akela como un lobo enorme y gris, es decir, de algún modo está describiendo su belleza, su porte, los signos externos que le caracterizan como jefe, pero, además, le distingue por su fuerza y por su astucia.

Consciente o inconscientemente —esto no lo sé—, al describir a Akela, Rudyard Kipling describe al Venerable Maestro de una logia masónica. A ningún masón se le puede escapar, por aquello de que leemos entre líneas al hermano Kipling, que los tres elementos que se exigen para todo actuar masónico son la sabiduría, la fuerza y la belleza. El propio templo masónico dispone en su centro ajedrezado de tres columnas (una jónica, otra dórica y otra corintia) que simbolizan respectivamente la sabiduría, la fuerza y la belleza. Aquel que está iniciado en los misterios de la Masonería sabe que las obras humanas, ya sean individuales o colectivas, se

deben acometer con sabiduría, fuerza y belleza, pues conocer lo que debemos hacer (sabiduría) precisa de nuestra voluntad para ejecutarlo (fuerza), sin que la obra, finalmente, pueda llevarse a cabo sin armonía (es decir, sin belleza). En consecuencia, el venerable maestro debe reunir estas tres cualidades para ser un digno director de las obras de su logia. Akela, el Venerable Maestro de los lobos de la selva, ser legendario que también cabalga por las estepas del tiempo eterno integrándose en nuestra vida, es descrito por Kipling como un ejemplar enorme y gris —esto es, con porte y por tanto con belleza—, dotado de fuerza y astucia (sabiduría). O en otras palabras, Akela reúne los tres requisitos sin los cuales no se puede ser venerable maestro de una logia.

En la fábula de Kipling, Akela adquiere condición humana, pero no una cualquiera, sino la humanidad masónica de un venerable maestro. Por otra parte, aunque Kipling no lo exprese a las claras, aunque no decore a los lobos con los mandiles propios de la Orden masónica, lo deja caer. Akela, el venerable de los lobos, el más experimentado, fuerte y sabio de todos, el que resulta admirable por su porte y belleza, es de color gris. Ningún otro tiene ese color. Esto es, Akela tiene una seña de identidad de la cual carecen los demás lobos de la manada, ostenta un símbolo de Venerable maestro (mandil gris) que le distingue como jefe de la manada de Seoanne. Los siguientes lobos, que Kipling califica de veteranos porque saben cazar un gamo, son de color tejón (otro color de mandil). Finalmente, los más jóvenes, los que no tienen sabiduría para coger un gamo por sí solos, son de color negro (otro color de mandil) y tan solo tienen tres años. Para cualquier masón, el para-

lelismo resulta claro. Pero para el lector profano sería necesario matizar que la distinción de los lobos por su color, edad, y destreza se correspondería con la jerarquía que la Masonería impone a sus miembros en función de la edad y la sabiduría. En masonería hay grados que se simbolizan externamente por el color de los mandiles. Akela tiene pelo de color gris —lo cual le distingue como Venerable—; los veteranos lo tienen de color tejón y los aprendices de color negro, y éstos, además, tienen tres años de edad. La edad que Kipling da a los lobos aprendices no puede ser casual en modo alguno. Mientras permanece en el grado, el aprendiz masón también tiene tres años simbólicos de edad, tres años que no se correlacionan lógicamente con el tiempo humano y sí, sin embargo, con el estudio esotérico que, por encima del sentido aritmético convencional, tiene el número tres en masonería ¿Es un guiño consciente de Kipling hacia los hermanos masones que le leen en su tiempo y a los que le leerán en el futuro? Tanto si lo es como si no, tanto si es un destello consciente del autor, como si se tratara de un destello inconsciente, lo cual me parece improbable, hay un masón futuro, en este caso yo mismo, que recibe el brillo de una estrella del pasado. Como todas las estrellas muy viejas, Kipling está muerto, pero no así la luz que llega desde el fondo celestial de la literatura.

La disposición en círculo de los lobos de la manada bajo el imperio de Akela, situado en la Gran Roca —escenario elevado, como aquel donde se encuentra un Venerable Maestro en logia—, puede sugerirle algo al lector avezado que haya leído con interés. Efectivamente, la interpretación esotérica de la disposición circular de la manada no dejaría de correlacionarse con la cade-

na de unión que los masones formamos uniendo nuestras manos. Más allá de esta interpretación, tampoco dejaría de tener conexión, incluso, con el trazado del círculo, expresión de la figura geométrica perfecta que, en masonería, a su vez, simboliza la sabiduría y la eternidad, la unidad del principio y del fin. Los lobeznos, cachorros aprendices, están dentro del círculo a la luz de la luna, símbolo astral que preside la reunión de los lobos; se encuentran dentro del círculo, protegidos por la manada, permanecen más acá de la línea que separa la ignorancia de la sabiduría. Akela, por su parte, se encuentra ubicado en el Oriente, por eso es el jefe y por eso está en la Gran Roca del Consejo, punto desde el cual el maestro abre el compás para trazar el plano de obra.

Akela simboliza la sabiduría. Releva a todos los grandes iniciados de la historia de la humanidad, aquellos que han acrisolado el espíritu capaz de encauzar la vida correctamente. Mientras esté en el centro del círculo será respetado por la manada. Para ello precisa mantener no solo la sabiduría, sino también la fuerza. De nada sirve un venerable maestro sabio si no tiene fuerza para sostener el compás con el que trazar el círculo. De nada le serviría su experiencia sabia a Akela si no tuviera fuerza para cazar un gamo. La historia de la humanidad y la literatura nos han prestado personajes que encarnarían el espíritu de este lobo hermoso que encontramos en los pasajes de *El Libro de la Selva*. Hay para dar y tomar, desde los grandes hombres como Buda, Mahoma, o Jesús, seres de carne y hueso que se divinizan deshaciéndoseles la carne que los contuviera, hasta los personajes literarios como Akela, pero también el Rey Arturo, Don Quijote, Hércules, Ulises, o Hamlet,

espíritus literarios creados para vivir en el Olimpo donde habitan los grandes personajes de la literatura. Al contrario de lo que acontecía con los grandes hombres iniciados —que, como se ha visto antes, se encarnan para espiritualizarse—, estos otros personajes de ficción se encarnan y nacen a la vida real como si hubieran existido siempre, están con todos nosotros, recurrimos a ellos como referentes de sabiduría, son admirados. Viven permaneciendo —es decir, no mueren— porque, desde la literatura, han alcanzado una manera de eternidad en modo alguno despreciable. Akela, el lobo de pelo gris, fuerte, sabio y hermoso, dotado de imperio y potestad en la manada, encaramado en el trono de la Gran Roca del Consejo, pertenece, como el propio Mowgli también, a esta categoría ancestral de personajes míticos encarnados; es uno de esos seres de ficción que ha descendido desde el papel a la Tierra, pero además para un masón deviene evocación de la más pura maestría, es decir, de la respetable figura de un Venerable Maestro.

Yo estaba aún en el hall de un lugar que nunca había pisado, vendado y dejado a la merced de personas que no conocía. Por su parte, Mowgli, después de que un suceso imprevisto le despojara tempranamente de la compañía humana, acabó en la cueva de padre—lobo y madre—loba plenamente confiado. A los veintiséis años de edad perdí a mi padre, y ese luctuoso suceso me colocó ante la desolación. Siempre he tenido fuerza para sobrevivir a las circunstancias, pero me resisto a comprender el desapego con el que vivimos. No lo acepto fácilmente. Tras un tiempo de soledad transitando de la juventud a una madurez más elaborada, y tal y como me parece haber explicado en alguna parte

de este ensayo, se hizo necesaria la compañía de los iguales, la solidaridad en la aventura. Tarde o temprano, todo hombre debe socializar sus inquietudes vitales. Pasado un tiempo, los masones me prestaron su mano. La mano de José Luis me guió hasta lo que denominamos el «salón de pasos perdidos» de la logia. La oscuridad me cegaba. En aquellos momentos, no era del todo consciente de que se operaba un tránsito que requería mi muerte simbólica. Sirviéndonos de la metáfora de *El Libro de la Selva*, tenía que mudar mi piel profana por la piel masónica de un lobo de la manada de Seoanne y, para ello, tuve que pasar varias pruebas.

Al contrario de lo que pensamos, las cosas no acontecen solo en el presente, no son acreedoras de un solo instante. Antes al contrario, las cosas van ocurriendo, se decantan a lo largo del tiempo. Quiero decir que el ritual de iniciación que viví en mi logia—madre aquel día no se corresponde solamente en mi interior con un momento exacto de aquel presente de entonces —ya he referido, por otra parte, el sentido atemporal del tiempo masónico—, sino que simplemente supuso el inicio, donde, también, estaban concernidos el propio fin y el recorrido entre principio y final; es decir, donde todo el tiempo vivido estaba y está concentrado. Digo «estaba» porque en ése momento era así —yo lo estaba viviendo—, y digo «está» —que aún está— porque la iniciación no ha desaparecido de mi alma, persiste siempre en cada paso del recorrido. Un libro no es algo distinto. El inicio y el fin de todo gran relato deben abrocharse en círculo para encontrar la perfección, debe acontecer aquello que lo hace trascender fuera del tiempo en el cual se escribe y le sublima, aquello que le permite caminar hacia la eternidad.

La Masonería no es una religión, como vulgarmente se piensa en el mundo profano, pues en ella hay masones de todas las religiones y en casi todas las logias conviven hermanos de distinto credo religioso. Tampoco atesora ni defiende una doctrina política, de hecho hay masones de derechas, de izquierdas, liberales, etc. Por el contrario, constituye, en sí misma, una gran aventura filosófica, individual y social al mismo tiempo, fraternal, espiritual, trascendente, mágica, telúrica, compartida con iguales (es decir con personas iniciadas) y ubicada fuera del espacio tiempo. Toda aventura ubicada fuera del espacio-tiempo tiene el poder de atrapar en la eternidad a sus partícipes, pero cuando además eres el personaje central de esa aventura, cuando eres Ulises y al propio tiempo permites que los otros también lo sean, cuando el tú y el yo se igualan en la participación de esa aventura, acontece que flotas, que levitas y asciendes por el eje que une la Tierra con el Cielo. Estás en el centro del círculo, te encuentras, como Akela o como el Rey Arturo, encaramado en la Gran Roca del Consejo o en el trono de Camelot. Lo intemporal mitológico que ha sido admirado a lo largo de la Historia pasa a pertenecerte, y, perteneciéndote, la vida adquiere sentido, todo lo cual en modo alguno quiere significar —atienda el lector— que la Masonería constituya un ideal o que su modelo (método analógico ritualizado) deba alzarse como insustituible. No se quiere decir tal cosa, sino que la Masonería es un método entre muchos otros, un medio (cauce) como tantos, para sublimar la vida y elevarla, dignificarla en suma. ¿Quién no desea, en medio de este desconcierto que vivimos, dignificar la vida?

Una mano cogiendo la mía, una venda tapándome los ojos y mi confianza puesta en otro ser, era todo lo que tenía en aquel momento. Bueno, esto quizá no sea del todo cierto. También disponía de mis «metales profanos» [con este término denominamos los masones a las cosas materiales, a los lastres que impiden la elevación espiritual]. José Luis había sido sustituido por Julio, que oficiaba como hermano experto encargado de conducirme hacia mi iniciación. Me pidió que me desprendiera de mis cosas valiosas y que se las entregara. Una vez más, debía confiar a ciegas. Y tanto que a ciegas... El sentido simbólico que tiene el desprendimiento de lo material cuando te dispones a una entrega espiritual no creo que necesite mucha explicación, porque todos nos desnudamos antes de abrazar las cosas propias del espíritu. Desnudarse constituye un acto esencial previo a toda entrega o a cualquier salto al vacío que queramos dar, pues todo aquello que lastra el salto no nos permitiría volar si lo mantuviéramos con nosotros. A lo largo de la vida, algunos momentos pueden resultar determinantes si no sabemos prescindir de lastres. Así que me desprendí de mis «materiales profanos» por vez primera, bautismo iniciático que me hacía ver el sentido profundo que tiene entrar en un templo. Los musulmanes se quitan el calzado, los católicos se persignan, los masones nos desprendemos de los metales profanos. El sentido simbólico de la dejación de los metales va más allá del propio desprendimiento material de alguna cosa de valor, alcanza también el desprendimiento de las cargas profanas que traemos del mundo, es decir, los malos hábitos que esclavizan nuestra vida, o los prejuicios que condicionan la formación de una opinión justa.

Cuando Mowgli se quedó solo, a merced de los acontecimientos, padre-lobo, acostumbrado a coger a los lobeznos con la boca, le prendió y le introdujo en la cueva donde madre-loba y los cachorros de la manada moraban. Así empieza la aventura de Mowgli y así empezó también la mía (y la de Kipling, claro). A partir del momento en que me desprendí de mis cosas, tuve que someterme a la prueba de la tierra, como Mowgli, por cierto, cuando es introducido en la caverna con su nueva familia de acogida. Luego de advertirme que se disponía a abandonarme allí por un tiempo, Julio me introdujo a ciegas en una estancia, me rogó que me quitara la venda cuando la puerta se volviera, que observara el lugar y que respondiera a un cuestionario que encontraría en una mesita. La puerta se cerró conmigo dentro y me quité la venda. La estancia tenía un metro cuadrado de superficie, estaba pintada de negro, incluyendo el techo — también negro, por tanto —, pero el suelo, sin embargo, era de tierra; era como una cueva, como una cueva de lobos, o, mejor aún, una cueva platónica. Nada más parecido a la experiencia del propio Mowgli, por tanto, y nada más idéntico a la experiencia que tuvo que tener Rudyard Kipling cuando fue iniciado en Hope & Perseverance, logia ubicada en un punto geométrico de la ciudad de Lahore, en India.

Me senté en un taburete triangular que el experto había dejado para mí. Una mesita y un espejo colgado en la pared occidental, también triangular, componían el resto del mobiliario de la cámara de reflexiones. Sobre la mesa, como indica preceptivamente el ritual, había: una calavera humana; un reloj de arena; un gallo; una vela encendida (única luz del lugar); un trozo de pan y una jarra de agua; tres platillos conteniendo por sepa-

rado sal, azufre y mercurio; un letrero que contenía las siglas «V.:I.:T.:R.:I.:O.:L», y un folio triangular, en blanco, con una serie de preguntas.

Estaba, por tanto, en la «cámara de reflexiones», lugar que simbolizaba mi muerte con respecto al mundo profano y el tránsito hacia el renacimiento, un escenario donde nada de lo anterior ni nada de lo que el futuro me deparaba existían ya; se trataba de un subespacio, muy parecido al fondo del pozo donde cae Alicia. Me refiero a esa salita que todos recordamos, provista de una puerta que no se ajusta a las dimensiones del famoso personaje. Mi rostro aparecía reflejado en el espejo de la pared del occidente, lugar donde se pone el sol y donde anida la oscuridad y por tanto la ignorancia. Attendía a mi propia puesta de sol, la cual veía con mis propios ojos, pero mi rostro —el que yo veía— no valía para el mundo esotérico que me esperaba. Ese rostro con el que me enfrentaba en la cámara de reflexiones me devolvía la imagen profana que le había mostrado a José Luis, la imagen que debía morir para siempre [los hermanos masones, por cierto, ya no me trataban de tú, sino de vos]. De ahí la presencia de la calavera, la tierra bajo mis pies, la negritud del lugar, luctuoso pero iluminado por la prístina luz de la vela, faro indicador del camino hacia la sabiduría. ¿El reloj de arena? ¿No reflejaba acaso dos mitades, una vacía y otra llena? ¿Una vaciándose y otra llenándose? ¿Era yo dueño de mi propio tiempo, capaz de administrarlo volteándolo cuando se vaciara? ¿Significaba acaso que el tiempo profano se vaciaba y comenzaba el masónico? ¿Significaba, acaso, que, a partir de ese momento, viviría dos sensaciones distintas del tiempo, como así sucede cada vez que entro en la logia o salgo de ella? El reloj de arena —al

igual que el espejo— reflejaba dos caras de la misma moneda, pero, en aquel momento primigenio, no podía interpretarlo todo con tanta profundidad como ahora. El gallo, por otra parte, elemento simbólico que indica el amanecer, la luz, la resurrección, la salida de las tinieblas, el abandono de la ignorancia, estaba presente junto a la vela. El pan, embajador de la alquimia, cuyo simbolismo arrastra por ser la transformación del cereal en el alimento, no era fácil de entender entonces. Lo del letrero era para nota, porque contenía un brocado en clave medieval que no podía descifrar. «Visita interiora terra rectificando invenies occultum lapidem», Visita el interior de la tierra y rectificando encontrarás la piedra oculta, o la piedra filosofal, es decir, las claves internas que nos permiten construir una vida sabia y edificante, el centro del círculo, la posición desde la cual somos inatacables y respetados, la Gran Roca donde se sienta Akela, el trono de Arturo en Camelot; en definitiva, nuestro corazón interno, lugar donde habita el único Dios existente. Todos somos reyes de nuestro destino. Ningún jefe de manada desea otra cosa que gobernar una cuyos miembros sean dueños de su destino. La sal y el azufre, por su parte, representan respectivamente los principios activo y pasivo de nuestra mente, dos contrarios que, por serlo, se anulan. El mercurio esotérico, por su parte, constituye el principio que los equilibra, el trampolín para la alquimia.

Aún me quedaba por contestar a las preguntas que contenía aquel curioso folio triangular ¿Por qué todo era triangular? El espejo, el taburete... también el folio. El lector ya puede barruntar alguna respuesta: ¿quizás porque la edad de los lobos aprendices es de tres años, como en *El Libro de la Selva*, y el triángulo es la repre-

sentación bidimensional del número tres? Pudiera ser... También había tres preguntas en la primera cara: ¿qué le debe el hombre a Dios? ¿Qué le debe a los demás hombres? ¿Qué se debe a sí mismo? Quizás el lector pueda encontrar en este pasaje del ensayo un momento para la reflexión, y preguntarse qué contestaría si estuviera posicionado frente a su imagen reflejada en el espejo.

Obligado a contestar, el iniciado comienza a dejar de ser profano. Bien es cierto que los que llaman a las puertas de una logia tienen predisposición a la filosofía y a la espiritualidad y suelen acrisolar valores que no se corresponden con los de los fanáticos ignorantes, sino con los de una persona construida, pero como quiera que todo ritual comporta el desarrollo dramático de un suceso que quiere ser subrayado, el candidato asume un papel profano que, aunque ya no le corresponda del todo —en otro caso, no estaría ahí—, debe interpretar para morir y renacer simbólicamente. Todo ritual comporta el desarrollo dramático, recargado de emoción, de algo que ya ha acontecido o va a acontecer en tiempo no muy lejano, pero de lo que, sin embargo, quiere dejarse una huella muy profunda. Muere el candidato como profano, como hombre esclavo de sus costumbres y de su ignorancia o fanatismo, y renace al mundo de la luz, a la libertad que la sabiduría proporciona, renacimiento que se producirá a lo largo de ésta y otras tres pruebas más, a las que luego haremos referencia.

Al contestar a las tres preguntas, el candidato —llamado «recipiendario» en Masonería— empieza a dejar de ser el profano que llamó a la puerta. Ha de inclinarse sobre la mesa para escribir, luego ya no ve su cabeza reflejada en el espejo, desaparece de éste y piensa,

medita, contesta, abandona el occidente, la ignorancia. Son pocas preguntas, pero no son superficiales, y si su experiencia vital no le permite dar una contestación adecuada, la manada no le aceptará. Cuando acabe de contestar, encontrará una petición a folio vuelto: «Redacte su testamento filosófico», prueba inequívoca de que asistimos a una muerte y a la obligada responsabilidad de dejar en herencia un «testamento no material», sino simbólico y profundamente espiritual. En masonería hay que dar algo más espiritual que el dinero pero tan lleno de sentido como el testamento filosófico para la humanidad.

*El Libro de la Selva* pudiera ser el testamento filosófico del hermano Kipling. Tanto si lo escribió conscientemente desde una perspectiva masónica, como si lo hizo sin pretender dejar subyacer la Masonería en él, el bello relato que a todos nos ha sugestionado desde niños ya no pertenece al autor, forma parte del patrimonio de la humanidad, y en él se residencian mensajes profundos que fueron transmitidos a través de personajes que ya definitivamente le trascienden. *¿Qué le debe Mowgli a Rudyard Kipling, su dios creador?* Le debe la vida — sin duda — porque sin él nunca hubiera existido, y le debe la lealtad intrínseca al personaje, pero Mowgli tiene su propia vida sin Kipling. Hasta es posible que la mayoría de las personas sepan quién es Mowgli sin saber quién es su creador, si bien, no obstante, cualquiera que tenga en sus manos el personaje de Mowgli después de haberlo tenido Kipling — sea para reescribirlo, para dibujarlo o en definitiva para representarlo —, debe lealtad al autor, digamos que no puede pervertirlo. Digamos que el personaje se ha secularizado. Ha salido del mundo literario donde fue creado y puede prescin-

dirse de quien lo creó, del autor, pero no de la fidelidad al personaje, por lo que, dado que Mowgli carece de autonomía, debemos proteger su esencia desde que lo poseemos; unos, los creativos, cuando lo recrean en cualquier tipo de formato, y nosotros —los espectadores— exigiendo que no se desvirtúe la naturaleza caracterológica del personaje.

Por otra parte ¿es trascendente, para responder a la primera pregunta del folio iniciático, quién es el Dios creador? ¿es importante que tenga que existir un Dios determinado cuya morfología o representación no puedan variar? El propio Kipling —lo hemos visto— convivía con hermanos masones de todas las religiones sin que pareciera importar mucho quién tenía la razón de su lado. El dios católico, el protestante, el judío, convivían con Shiva y con Alá en la mente de Kipling cuando, al alba, después de haber celebrado la reunión ritual con sus hermanos de logia, regresaba a casa. Luego ¿el hombre le debe a Dios un nombre concreto, puede alzar un perfil de Dios por encima de los otros sin molestar a sus hermanos? Una de las preguntas que tengo en mente es cómo Mowgli ha logrado separarse del autor que lo creó, cómo ha prescindido de su creador ¿Se ha separado realmente, o en realidad Kipling es Mowgli y está dentro de él porque el propio personaje, al escribirse, lo ha devorado? ¿Le debe el hombre a Dios mantener su nombre por encima incluso de sí mismo, no pronunciar su nombre en vano, o, en realidad, el nombre de Dios es la suma de los nombres de todos los nombres que los humanos le dan?, ¿hay un solo Dios o Dios está en todas partes porque en todos habita y en todos encuentra una interpretación plausible? A la pregunta de qué le debe el hombre a Dios, Mowgli podría no sentirse con-

cernido de que Kipling fuera su dios personal e intransferible — pues no le ve —, y como Mowgli habita en un espacio bidimensional (las hojas del libro) desde donde no se puede percibir la presencia de ningún creador, otro debe de ser el Dios que Mowgli percibe. Solo podemos percibir a Dios dentro de nosotros mismos — ahí radica la respuesta —, pero la presencia de Dios en nosotros resulta innominada, desconocida, ya que nadie le ha visto nunca. Se manifiesta por la espiritualidad que en nosotros encarna, de igual modo a como Kipling encarna en Mowgli su propia espiritualidad. Luego hay un dios común para todos, un dios que se evoca en el interior con muchos nombres. Para usted, lector, será Dios, Alá, Shiva o Jehová, pero para Mowgli es Kipling, Rudyard Kipling. A Dios le debemos gratitud y lealtad, está en nuestro interior, le hemos devorado desde que su presencia no es sentida solamente en el exterior. Quizás por eso debemos viajar al interior de la tierra y encontrar la piedra filosofal (V.I.T.R.I.O.L.).

*¿Qué le debe Mowgli a los demás hombres, a los animales de la selva, y qué le debe a sus lectores?... Mas, ¿qué le debe Kipling a los hombres?* Les debe la solidaridad en el caminar de la vida, la compañía, y por tanto, desde tal compañía, proyectarse hacia la fraternidad humana como horizonte, buscar la belleza a través de los actos, la armonía, fraguar la construcción de lo bueno, pues la perversión de la fraternidad — su contrario — solo arriba cuando no nos sentimos comprometidos por el mismo fin. Para Mowgli, existe una solidaridad cuajada en la selva mediante determinadas leyes sin cuyo respeto no es posible pertenecer al grupo. Lo social se edifica desde la capacidad de respetar las normas, pero tal respeto solo puede desarrollarse

cuando el individuo ha entrenado su espíritu, cuando ha limado sus asperezas [masónicamente es preciso pulir la piedra bruta hasta convertirla en una piedra cúbica]. Kipling tuvo un laboratorio fraternal en su logia, donde se ejercitó ritualmente en la fraternidad bajo el respeto a las Constituciones, a los *landmarks*, a los reglamentos y a los puntos de perfección de la Masonería. Kipling socializó la fraternidad supeditándose al ritual y al imperio de las leyes, pero teniendo el amor fraternal como último objetivo.

*¿Qué se debe Mowgli a sí mismo?, ¿qué nos debemos todos a nosotros mismos?* Mowgli no puede dejar de estar en sintonía consigo mismo, lo cual se traduce en que no puede abandonar la armonía de la selva, ya que, en definitiva, todo es uno y, en lo absoluto, flotan al unísono las partes. La inteligencia, ser conscientes de nuestra individualidad, parece que nos separa de la naturaleza, nos da la impresión de estar desgajados de ella, cuando, por el contrario, le pertenecemos, y cuando, probablemente, somos el margen y el centro, los pétalos y el núcleo de la rosa. El tú y el yo son lo mismo porque Dios, y Buda o Shiva o Alá están tanto en ti, lector, como en mí. Tan solo nos separa el aire, solo esa distancia parece hacernos sentir que tu Dios es diferente del mío o del que, por salirnos de la carne, flota en el aire y está, por tanto, en cada partícula universal. Si Mowgli abandona el Dios interior, verdadera divinidad que iguala la de todos, pierde su sincronía con la selva y con los animales que la habitan.

Las tres preguntas del papel triangular puede ser que se refundan en una única respuesta. Quizás, por ello, a la vuelta del triángulo de papel, encontré el ruego de dejar un sintético testamento para la humanidad. ¿Qué

redactaría el lector si se encontrara con un pedimento tan particular, tan distinto al materializado testamento común de los mortales, en el que no dejamos mejor cosa que bienes físicos? Mientras lo piensa y se queda aquí, tranquilo aún en esta agonía del capítulo, yo le abandono dirigiéndome al siguiente capítulo, donde abordaré la segunda prueba que Mowgli, Kipling, y yo mismo, tuvimos que pasar para ser iniciados.

*Los monos profanos se llevan al niño  
prendido en las manos. ¡Bander Log, vanos!  
sin el bello Oriente como destino,  
van al occidente de los humanos.*

*Las ruinas perdidas, ése es su sino,  
una ciudad rota, ya sin encanto  
sin tradición, ni ley ni tino,  
sin hombres ni luces para velarlo.*

*Baloo corre y llora esta triste hora,  
Bagheera le sigue con su rugido,  
Kaa les acompaña muy sinuosa.*

*Aprendiz de lobo mal construido,  
Mowgli nada sabe, todo lo ignora.  
Los maestros suplen su desatino.*

## IV. LA INICIACIÓN (2)

### LA PRUEBA DEL AIRE

BALOO, BAGHEERA, MOWGLI Y LOS BANDER-LOG

Julio, el hermano que oficiaba como experto aquel día y de quien aprendería luego la importancia del ritual, su trascendencia por encima de cualquier otra actuación masónica, llamó a la puerta de la cámara de reflexiones pidiendo que le entregara mis respuestas. Le entregué mi testamento filosófico y esperé. Él, decorado como un maestro masón del *rito escocés antiguo y aceptado*, esto es, con traje oscuro, guantes blancos y mandil rojo y blanco, se encaminó ritualmente hacia el templo. La manada esperaba a que Julio les llevara el testamento prendido en la punta de su espada, y él, siguiendo comedidamente el ritual, llamó tres veces para que le abrieran. Todos estaban deseosos de escuchar mi testamento de labios del hermano orador, mi querido y ya perdido en el tiempo Julián, un hombre espiritual, alegre, simpático y divertido. ¡Cuánto me quiso! Aunque

el papel no le correspondiera a él como orador, sino al primer vigilante —si seguimos la hilazón ritual— creo que fue como Bagheera para mí. Baloo lo fue Constantino, hermano segundo vigilante de la respetable logia simbólica Hermes Amistad nº 43, ubicada al oriente de Valladolid, mi logia madre.

El segundo vigilante se encarga de la instrucción de los aprendices desde que son iniciados, papel que encuentra clara correspondencia con el que el oso Baloo asume en *El Libro de la Selva*. Tal correspondencia no creo que sea casual. Baloo se refiere a sí mismo como maestro. «A decir verdad yo no soy más que el viejo, y a veces muy tonto Maestro de la ley de los lobeznos de Seeonee», afirma, melancólico, el propio Baloo, dirigiéndose a la serpiente Kaa una vez que es consciente del secuestro de Mowgli por parte de los Bander Lag. Kipling asigna a Baloo el oficio de maestro y además escribe en mayúsculas la palabra Maestro, nos reporta el dato preciso de que Baloo es maestro de los lobeznos de la manada de Seeonee, es decir, de los aprendices de la manada, lobeznos que tienen tres años de edad — como todos los aprendices masones — y no saben cazar un gamo.

A medida que escribo, reflexiono en voz alta y sigo pensando que tales correspondencias entre la Masonería y el relato no pueden obedecer a la casualidad. La verdad es que los masones no solemos creer mucho en la casualidad como explicación para determinado tipo de coincidencias. Obviamente, las correspondencias entre *El Libro de la Selva* y la Masonería no son exactas, ni se da tampoco un paralelismo completo entre la aventura de Mowgli y la que tanto Kipling como yo hemos vivido, pero las que hay resultan suficientes para sacar

conclusiones. Baloo es un maestro instructor, el hermano segundo vigilante de una logia fabulada en la selva, templo original, adecuado y muy a propósito para encontrar semejanzas masónicas. ¿Quiso Kipling escribir el relato para los masones? No lo creo. Más bien apostaría a que no pensó en nosotros, aunque probablemente no nos dejó de tener presentes mientras escribía, como tampoco dejó de tenernos presentes toda su vida. Soy consciente de que al lector le puede parecer presuntuoso que considere lo general —es decir, que Kipling tenía presentes a todos los masones pasados, presentes, y futuros de la Tierra— en lugar de considerar que solo tenía en mente a los hermanos de su logia, pero un masón no contempla la realidad desde el marco exclusivo del presente. La interpretación extensiva nos permite alcanzar —a través de la atmósfera constreñida de la logia— toda la realidad universal. Con esta base, me parece más probable considerar que mi hermano R. Kipling, aun teniéndonos a nosotros muy presentes, escribió para los profanos y que, consciente o inconscientemente, adaptó la Masonería para el mundo profano. Lo hizo, transportándola a un escenario simbólico diferente, como la selva, y mediante la creación de una leyenda. Acertó de pleno, porque el relato se ha convertido en algo más que un libro.

La manada de la logia Hermes Amistad escuchó mis respuestas y luego —como es preceptivo— debatió en torno a la idoneidad de las mismas. Quizás algún lobo pidió que se aclarara algún aspecto, pero dado que después de dieciséis años estoy aquí con ustedes, no parece que mis hermanos encontraran nada serio que pudiera impedir mi iniciación. De manera que uno de mis grandes amigos y hermanos, mi querido V.: , que

aquel año había sido elegido como venerable maestro, ordenó al hermano experto que me condujera a la Gran Roca del Consejo. En el relato de *El Libro de la Selva*, también se desarrolla un debate en torno a la conveniencia de aceptar a Mowgli, pues es un cachorro de hombre y ningún cachorro de hombre, en principio, puede ser lobo. Shere Kan, el tigre, sugiere a la manada que no le acepte (él lo reclama para sí), y algunos lobos parecen apoyarlo, pero Mowgli tiene tres valedores que resultarán determinantes. Tanto Baloo como Bagheera, y también padre-lobo, abogan por su aceptación. Nuevamente, encuentro una correspondencia clara entre el relato y la Masonería, correspondencia que se daría entre la etapa previa de «aplomación masónica» y el debate de aceptación de Mowgli. En este periodo de la aplomación, tres masones (nuevamente nos encontramos con el número tres) se entrevistan por separado con el candidato para valorar su idoneidad y luego instruir a la logia mediante un informe sintético (plancha de aplomación). Mowgli tuvo que pasar por este momento, pero tuvo valedores que supieron apostar por él. Tres. Kipling y yo también tuvimos tres aplomadores.

Por otra parte, a nivel meramente especulativo, creo que se podría establecer cierta semejanza entre *El Libro de la Selva* y la Masonería analizando la distinta condición humana de Mowgli, con respecto a la lobuna de la manada, como un paralelismo entre el profano que todo masón es antes de iniciarse y la transformación que sufre una vez que es aceptado por el pueblo masónico. Mowgli será aceptado como lobo partiendo de una condición esencialmente distinta (cachorro de hombre). En el relato —otra similitud— Kipling también se refie-

re al pueblo libre de la Selva, grupo asambleario que conforma una unidad superior al individuo, asamblea, por tanto, como la masónica, dotada de normas, es decir, de una organización social determinada.

Mowgli deja de ser humano para renacer lobo, ésta es la circunstancia. Al igual que el profano se convierte en masón mediante la iniciación y posterior aprendizaje, en Mowgli se opera una transformación a través del aprendizaje impartido por Baloo; es decir, Mowgli pasará a depender de su magisterio porque Baloo, al igual que mi querido Constantino, maestro instructor de la logia Hermes Amistad en el año mil novecientos noventa y seis, es el Maestro de la ley de la selva para los lobeznos de la manada, aquellos que, como los aprendices de una logia, tienen tres años de edad y no saben cazar solos un gamo.

El hermano experto regresó a la cámara de reflexiones para comunicarme que la iniciación daría comienzo de inmediato. Dejar atrás la prueba de la tierra me transporta ahora al análisis de haber habitado entonces un espacio cúbico, el cual se encuentra fuera del templo. Esto, como digo, tiene un significado simbólico que, para serle al lector plenamente sincero, acabo de descubrir en este preciso instante. Acabo de caer en la cuenta (esto es lo bello de la Masonería) de que puede que no sea casual que la cámara de reflexiones se encuentre fuera del templo. Quizás obedezca a un significado más profundo y me explico. Todos los templos se construyen desde la Tierra con el propósito de alcanzar el Cielo, lo cual, utilizando el lenguaje simbólico de la geometría, vendría a significar que el templo evoluciona desde la figura más simple —el cubo— hasta la forma esférica de la bóveda, que representa el Cielo. Un templo repre-

senta la unión de la Tierra con el Cielo, del hombre con Dios, o —como diríamos los masones— con el Gran Arquitecto del Universo. El cubo es la Tierra, quizás por eso la cámara de reflexiones representa un cubo sujeto a la gravitación de la tierra, donde se apoya, y quizás también, por eso mismo, su aislamiento con respecto al templo masónico obedezca o pueda interpretarse como una separación simbólica del Cielo y la Tierra antes de que el candidato merezca ser iniciado (interpretación ésta, ya digo, propia de la casa). El mundo profano que estaba dispuesto a abandonar aquella tarde fría de invierno, que aún pisaba cuando Julio vino a buscarme, y aún me sujetaba al mundo primario, era la Tierra. Lógicamente, antes de abandonar la cámara de reflexiones —como indica preceptivamente el ritual—, y con el fin de no ver el rostro del hermano experto, ni tampoco el resto del templo, me puse la venda. Cuando regresé al salón de los pasos perdidos, lugar donde solemos charlar o celebrar nuestros ágapes, ya no veía nada.

El hermano experto, como tradicionalmente exige su papel en el psicodrama, me decoró para el trascendental momento que me disponía a vivir. Como yo no podía ver, me ayudó. Me retiró delicadamente la chaqueta del traje y me desanudó la corbata. Luego, me desabrochó la camisa dejándome desnudos el brazo izquierdo, el pecho izquierdo y el hombro de ese mismo lado. A seguido, me pidió que me descalzara el pie derecho, que me quitara el calcetín y que me remangara la pernera hasta la altura de la rodilla. Me desprendió del cinturón y me sujetó el pantalón con una cuerda fina. Finalmente, me colocó una soga al cuello, que yo mismo, como si aceptara voluntariamente el cadalso, tuve que

sujetar por el extremo con la mano izquierda. Sin duda, era lo más extraño que había aceptado en toda mi vida.

Nos acercamos a la puerta del templo, llamamos de forma desordenada, brusca y exagerada, como si con esa llamada —que él hacía por mí— se propusiera alterar a la manada. Oí entreabrirse la puerta. Alguien dotado de autoridad, el que luego supe que era Akela, descubrió mi presencia alteradora y espetó. *¡Ved, Hermano Guardatemplo, quién osa interrumpir nuestros sagrados misterios!* El lobo guardatemplo, muy próximo al umbral de esa importante puerta que yo tenía que cruzar para iniciar la aventura, nos espetó de forma igualmente altisonante *¡Alto! ¿Quién va?* De forma análoga a lo que le sucede a la Alicia de Lewis Carroll cuando ha de adaptar su estatura al tamaño de la puerta, me encontraba ante una situación que exigía adaptar mi estatura a la altura de la puerta que me disponía a cruzar, y aunque no estoy hablando, naturalmente, de la estatura cifrada en centímetros, sí me refiero simbólicamente a determinadas cualidades que cualquier candidato debe tener a la hora de cruzar la puerta de un templo masónico. Aunque en la cámara de reflexiones había encontrado la llave, debía ahora, con la ayuda de mi entrañable hermano experto, colocarla en la cerradura. Cruzarla me transportaría, como ya he referido al principio del presente ensayo, a la aventura más maravillosa que he tenido la oportunidad de vivir.

Mowgli también superó *la prueba de la tierra* antes de llegar a la Gran Roca del Consejo, en cuya cima los lobos se ponían a cubierto de las miradas indiscretas de los profanos, templo donde Akela convocaba a la manada. La caverna de la Tierra (la cueva de padre-lobo y madre-loba) y la Gran Roca del Consejo, por tanto,

también se encuentran separadas en el relato, y Mowgli también rompe la tranquilidad de todos cuando madre-loba le empuja al centro del círculo, lugar donde es descubierto por Akela. Algo muy parecido, por otra parte, a lo que el hermano experto hizo conmigo llamando bruscamente a la puerta del templo. Shere Kan reaccionó bruscamente reclamando para sí a Mowgli, el llamado cachorro de hombre, el cual jugaba con unos guijarros a la luz de la luna. Aunque con otra intención, siguiendo las órdenes del Venerable Maestro, también lo hizo el hermano guardatemplo conmigo. *¡Alto, quién va, quién osa interrumpir nuestros augustos misterios!*

*Es un profano, que quiere ser iniciado masón, es libre y de buenas costumbres, yo respondo por él –contestó Julio, el hermano experto.*

El hermano Experto abogó por mí atribuyéndome la condición de *hombre libre y de buenas costumbres* – requisito éste completamente necesario para ser admitido por una logia regular –, estableciendo así una primera afinidad que, después de que el guardatemplo se la trasladara al Venerable Maestro, me permitiría cruzar la puerta. Siguiendo los deseos de madre-loba y padre-lobo, Baloo también se ofreció a avalar al cachorro humano, comprometiéndose a prestarle su maestría. Bagheera, por su parte, aportó un toro recién cazado, precio simbólico que se corresponde, curiosamente, con el óbolo masónico, cantidad dineraria que los masones depositamos en el saco de beneficencia cuando excusamos la incomparecencia de algún hermano; luego de nuevo hay cierta correspondencia, un paralelismo que, aunque no sea del todo exacto, sí nos permite ensamblar el universo simbólico del relato con las herramien-

tas constructivas del universo masónico de Rudyard Kipling.

Cruzar una puerta tan trascendente e íntima no puede hacerse de cualquier manera. Ya sé que la sociedad moderna exige para todo tipo de situaciones humanas la transparencia que sí es exigible, en cambio, a la administración de las cosas públicas, despreciando con ello la intimidad a la que, bien los individuos o determinados grupos, tienen derecho. En mi opinión, la sociedad no tiene derecho a acceder a lo que pudiéramos denominar espacios íntimos reservados, siempre, eso sí, naturalmente, que dentro de ese espacio no se atente al interés general. La sociedad no tiene ese derecho, y mucho menos aún a insinuar o a prejuizar que lo que se hace en espacios reservados para iniciados tiene que ser necesariamente malo. Este comportamiento deviene inquisitorial, es decir, propio de la Edad Media, responde a una apetencia social que pretende vigilar más que saber, que busca alimentar la curiosidad por el placer morboso de alimentarla. Por eso, en la cámara de reflexiones, suele haber un letrado que dice: «Si te ha traído la curiosidad vete, si tu alma siente espanto no sigas adelante, si temes que se descubran tus defectos estarás mal entre nosotros, si tienes apego a las distinciones humanas ¡sal!, que aquí no se conocen, pero, si perseveras, saldrás purificado por los elementos, saldrás del abismo de las tinieblas y verás la luz».

Aún era pronto, no obstante, para ver la luz, pues, de momento, yo estaba cegado por la venda, elemento simbólico que reflejaba mi ignorancia. Sin embargo, el ánimo de los lobos de mi futura manada se había aquietado tras el aval proferido por el experto y, entonces, llegados a un punto en que yo mismo también me tran-

quilizaba, pude escuchar una suave música clásica (masónica) compuesta por uno de los hermanos más célebres de la Historia. Me estoy refiriendo, naturalmente, a Mozart [«Masonic music» (música masónica)]. En *El Libro de la Selva*, la tranquilidad de Mowgli nace de su inocencia de cachorro. Aparece jugando con unos guijarros a la luz de la luna, atmósfera ésta intuitiva, analógica, telúrica, instintiva, maternal. ¿Simboliza la luna a madre-loba en *El Libro de la Selva* del mismo modo al que la luna masónica situada en el Oriente, a la derecha del Venerable Maestro, simboliza lo femenino, esto es, lo analógico e intuitivo del ser humano? Cuando Mowgli descubra el fuego, el cual aparece metafóricamente descrito en el relato como la *flor roja*, accederá, por otra parte, al mundo del simbolismo solar, es decir, al fuego, a la luz, a la razón, elementos contrarios a la analogía, al mundo intuitivo y tierno que la luna representa. No deja de ser llamativo que la aceptación de Mowgli en la manada se desarrolle primordialmente gracias al apoyo incondicional materno, es decir, llama la atención que el inicio de su aventura se abrigue por el manto femenino que la luna y madre-loba simbolizan. La luna, correlacionada geográficamente con la columna del norte del templo, que es donde se sientan los aprendices de la logia, se corresponde con la posición de menor luz que recibe el templo. Aún es pronto para que les ilumine la luz del mediodía — la razón —, de ahí que se sirvan, primordialmente, de la intuición.

Crucé la puerta por vez primera de la mano de Julio, pero no lo hice cómodamente, sino pasando por debajo de un obstáculo que me obligó a arrastrarme por el suelo. Sin duda, esta nueva exigencia simbolizaba la humildad que hay que tener para acceder a la sabiduría

¿Cabía, sin embargo, mayor demostración de modestia, considerando que comparecía ante aquella asamblea de hombres libres privado de la vista por una venda, que sostenía una soga prendida al cuello, que exhibía mi pecho desnudo y que andaba descalzo? Finalmente dentro, rodeado por una manada silenciosa, sin hacerme idea de las dimensiones del espacio, perdida la referencia del tiempo, escuché unos golpes secos realizados con algún objeto de madera. Eran los malletes del venerable maestro y los de los dos maestros vigilantes de la logia, quienes golpeaban una pequeña superficie triangular de madera. Recobrado el silencio y desaparecida la música, la punta de un objeto punzante sobre mi pecho desnudo alertó de nuevo mis sentidos. Entonces, Akela se dirigió a mí espetándome lo que sigue:

*—Caballero, asegúraros, por el tacto, cuál es la naturaleza del objeto que oprime vuestro pecho.*

Contesté que era una espada, y el venerable maestro me explicó, a seguido, que la espada sobre el pecho venía a significar el remordimiento que debería sentir si traicionaba a mis hermanos de logia. Parecía evidente que todo suceso que viviera aquel día tendría un significado más allá de lo aparente, pero todo transcurría demasiado rápido como para poder meditar sosegadamente. Los acontecimientos seguían una cadencia marcada desde el fondo del tiempo por el ritual. Tic, tac, tic, tac, tic, tac, tic, tac... Los humanos nunca habríamos llegado a ninguna parte si no hubiéramos desarrollado el ritual como medio para establecer normas de convivencia, enseñar la experiencia acumulada y evitar la mentira, la cual no deja de ser una perversión del lenguaje. A lo largo de aquel día, me sometí a preguntas que tenían por objeto que me ratificara en la idea de

proseguir la iniciación o que manifestara determinados compromisos concretos. La introducción dentro del ritual de estas ratificaciones de compromiso o asunción del respeto a determinadas normas, proviene de los primeros tiempos de la humanidad y se hace así porque, en efecto, el compromiso realizado bajo determinadas pruebas rituales resulta más efectivo que el compromiso que no se refuerza por ellas.

Deje el lector que me aparte un poco del objeto primordial del presente ensayo. Quizás sea interesante que nos centremos en la importancia del ritual como medio de incorporación de un orden social a través del establecimiento del compromiso sincero. Desde tal comprensión del ritual puede observarse nuestra evolución como civilización y también el porqué del ritual en la Masonería (eso que tanto llama la atención en el mundo profano). Yo sabía que la punta de la espada puesta en mi pecho desnudo no se llegaría a clavar ni en el supuesto de que realmente traicionara las normas que me iban a ser impuestas. Discernía que esos lobos no estaban locos. Incluso, parecía evidente que la espada tampoco se había clavado sobre ningún otro hermano anterior a mí. El ritual masónico —establecido para llegar a la verdad por la vía analógica— se desarrollaba con el suficiente efecto dramático como para que me detuviera a pensar que quizás no fuera una espada clavada en el pecho lo que propiciara mi remordimiento, sino, probablemente, un pinchazo más agudo. Por ejemplo, el desprecio de personas lo suficientemente importantes para mí una vez que hubiera desarrollado mi vida masónica y a las que, lógicamente, echaría mucho de menos en el caso de ser irradiando (expulsado) de la Francmasonería.

Hay un momento de la vida adulta en el que sabemos que no podremos vivir sin reforzar los vínculos que nos permiten compartir con otros un propósito común, de ahí que la socialización de la vida —es decir, interrelacionarnos— constituya una tendencia humana insoslayable. De ahí también, y por extensión, que todos los grupos humanos sólidos que perseveran en el propósito que los une no prescindan del ritual, pues aunque solemos asociar el ritual a determinados grupos que nos parecen anquilosados, es cierto también, por otra parte, que el rito no es algo de lo que ningún grupo pueda prescindir con facilidad. Unas Olimpiadas, por ejemplo, tienen lo que modernamente se llama ceremonia inaugural, la cual, en realidad, cumple completamente con las notas de un ritual. Hay una ceremonia primera en la que los deportistas se comprometen a competir bajo unas reglas determinadas. Este compromiso, se realiza mediante un vistoso ceremonial que comienza por el encendido de la llama olímpica, la cual se prende con una antorcha que ha sido traída corriendo desde el lugar de la Olimpiada anterior. Los atletas que se han relevado la antorcha corriendo, no han soportado tal esfuerzo para luego mentir o fingir que se comprometen a respetar unas reglas. El sufrimiento —el esfuerzo deportivo, en este caso— tiene la función de evitar la mentira y hacer posible que todo el mundo asuma compromisos sociales de convivencia. Nadie en sus sanos cabales realizaría un esfuerzo semejante —desfondarse corriendo— si no estuviera dispuesto a comprometerse sinceramente. El duro entrenamiento de años realizado por todos los atletas (esfuerzo simbolizado por el que ritualmente desarrollan los que se relevan la llama olímpica desde la ciudad de clausura a la inaugural)

exige una compensación o un reconocimiento por parte de la comunidad olímpica, reconocimiento que no se produciría si la competición no se desarrollara respetando las normas. Es decir, al deportista olímpico no le compensaría el duro entrenamiento anterior a la Olimpiada si el reconocimiento (la medalla) corriera riesgo por un análisis antidopaje, pongo por ejemplo.

Por otra parte, la belleza del propio ritual olímpico, estar inmerso en él, ser reconocido cuando desfilas representando a tu nación, rodeado de multitudes, sabiéndote en el centro de un acontecimiento planetario, constituye un medio muy eficaz y suficientemente disuasorio del compromiso mendaz, mentira que, en definitiva, todo ritual quiere eliminar a fin de mantener un determinado orden social. Si lo pensamos bien... ¿cuántos de esos deportistas que reciben el influjo espiritual de la ceremonia de inauguración serían capaces de perder, por una simple mentira (doparse), la recompensa hermosa que comporta participar en la comunidad olímpica?

Evidentemente, el ritual no puede impedir que algunos deportistas se aparten del espíritu olímpico, pero podremos darnos por satisfechos si el efecto se consigue en una mayoría aceptable de la comunidad deportiva. El ritual, entonces, cumple la función de ordenar la convivencia y evitar la mentira. Cumple con más fortaleza esta función si es antiguo, es decir, si responde a una tradición secular —como las antiguas olimpiadas griegas, de donde traen causa las modernas—; en segundo lugar, si es fijo y difícilmente inamovible, es decir, si no puede modificarse fácilmente; y, finalmente, si es bello y puede, por tanto, elevar el espíritu humano a

esas altas cotas de su dimensión moral cuyo efecto benéfico no merece la pena arriesgar.

Desde que el hombre formó culturas y civilizaciones, el ritual ha tenido una importancia trascendental porque ha servido para transmitir los conocimientos y organizar la sociedad mediante la imposición de normas de convivencia (las religiones, en este aspecto y hasta la secularización de sus valores, han tenido un papel de capital importancia durante un buen periodo de la historia de la humanidad). Por ello se explica que determinadas sociedades —como la Iglesia o la Masonería, por ejemplo, o la propia comunidad Olímpica, otro ejemplo quizá más atractivo para el lector— perduren atravesando periodos en los que, por una razón u otra, pueden ser perseguidas. El secreto radica en el mantenimiento del ritual como elemento sobre el que pivota la vida de la propia organización. Hay rituales muy complejos, pero otros son más simples, por reducidos al ámbito tribal, donde, sin embargo, resultan igualmente efectivos. Por ejemplo, el baile que la selección nacional de rugby de Nueva Zelanda realiza antes de cada partido, el cual emula los ritos ancestrales que la tribu practicaba antes de la guerra. La simplicidad o complejidad del ritual tienen que ver, por tanto, con la simplicidad o complejidad de la sociedad que tiene que regular.

Aquella tarde de diciembre de mil novecientos noventa y seis, yo estaba inmerso en la belleza de un ritual iniciático que tenía por objeto romper todos los esquemas profanos con los que pudiera acudir a la logia. Aunque hay que reconocer que raramente la iniciación interior de un masón resulta sincrónica con la ceremonia formal, el fin de ésta estriba en impregnar la mente

del iniciado con una semilla que renacerá a lo largo de su vida masónica. Así, progresivamente, comprendiendo la iniciación de otros, sentirá la suya interior un día (iniciación material). Kipling vivió el mismo ritual y comprendió el sentido globalizado de la vida masónica. Me refiero a un sentido general del que todos los masones participamos y que, al mismo tiempo y sin perjuicio de ese sentido objetivo o vertebrador, permite interiorizar también otra percepción subjetiva, igualmente rica, aunque no de obligado acatamiento por los demás. Yo, por ejemplo, puedo ver en el bastón que porta el Maestro de Ceremonias un símbolo que une el Cielo y la Tierra, una representación material del invisible eje axial que une el cielo y la tierra —la escalera de Jacob—, pero no está escrito en ningún sitio que tal interpretación sea vinculante para todos los masones. Pertenecen a lo que algunos rituales incluyen como elementos variables de introducción personal, creaciones subjetivas que ahondan en galerías no exploradas por el grupo y que, algunas veces —no todas— pueden contribuir al enriquecimiento colectivo.

El estudio del complejo mundo ritual merecería, desde luego, un ensayo aparte y, por otra parte, yo no sería el indicado para hacerlo. Simplemente, pretendo que el lector aprecie la importancia del ritual como elemento conformador de las sociedades que —sea cuál sea su propósito— canalizan a su través una determinada tradición. De ahí que Julio y Constantino insistieran en hacerme ver la importancia del ritual por encima de los momentos más apetitosos de la tenida, aquellos en los que disfrutábamos de la lectura de pequeños ensayos filosóficos escritos por hermanos.

*—Caballero Guillermo, ¿no os acusa vuestra conciencia*

*de querer penetrar en nuestros augustos misterios con objeto de vender o delatar a los que serán vuestros hermanos? —inquirió desde su trono el Venerable Maestro.*

Como era de esperar contesté que no ¿Tenía sentido otra respuesta si quería seguir en la aventura? ¿Era prematuro mi compromiso, acaso? ¿Qué sentido tenía hacerlo si no conocía a nadie? ¿Estaba seguro Baloo de que Mowgli respetaría las leyes de la selva y que no se iría con el pueblo de los Bander-Log? Visto únicamente desde una perspectiva de presente, concibiendo el desarrollo del ritual dentro del tiempo humano, parece lógico que mi respuesta se pudiera realizar de un modo mecánico, sin una intención verdadera de compromiso. Pero como creo haber referido en algún que otro momento de este ensayo, el ritual de la iniciación no se concibe como una pieza de encaje que sincronice el papel que interpreta el candidato (en aquella ocasión yo mismo) con la completa comprensión y plena disposición en el momento por parte de este, sino que forma parte de un tiempo masónico circular (no profano o rectilíneo) que, por consiguiente, está destinado a reproducirse constantemente. Es como si me hubiera montado en uno de los caballitos del tiovivo que, a partir de un momento determinado, permanecen girando indefinidamente mientras estás montado. El círculo simboliza la eternidad, el tiempo que viven los masones. Esto es hermoso, porque, en cada nueva iniciación que he vivido a lo largo de estos últimos dieciséis años, siempre he regresado a la mía y siempre la he vivido como propia, algo que, por otra parte, hacen también todos los hermanos de la logia. Entonces, cada parte de esa iniciación prende de nuevo en nosotros y la vivimos, otra

vez, solidificando nuestra convicción en el recorrido, rellorando las carencias del principio, lo que no fuimos capaces de comprender. Así, cuando el Venerable Maestro le pregunta a un nuevo candidato si realmente desea conocer nuestros augustos misterios por motivos perversos, mi respuesta interior como maestro iniciado, como espectador privilegiado, se reafirma con más contundencia que el primer día ¿Por qué? Pues porque amo profundamente lo que hago: porque estoy muy vinculado a mis hermanos, con los que he reído, he reído y he llorado; porque mi vida masónica ha adquirido la consistencia que la constante circularidad del tiovivo girando produce; porque me he iniciado con muchos candidatos, a los que he visto renacer, y porque siento hondamente que mis hermanos me reconocen como masón.

De igual manera, Mowgli llegó a sentirse lobo en un momento muy posterior al día de su aceptación en la manada. Por medio de la alquimia simbólica, partiendo del plomo de su condición humana, Mowgli alcanzó la naturaleza áurea de un lobo, pero no de un lobo cualquiera, sino de uno perteneciente a la manada de Seonnee, respetuoso con las leyes de la selva (un lobo civilizado). No importa que su inocencia primeriza — como luego analizaré — le arrastrase luego con el pueblo de los Bander-Log, traicionando los más elementales principios de la selva que su maestro Baloo le enseñó, pues siempre cometemos errores y siempre la fraternidad deviene instrumento necesario para superarlos. Lo que importa es que, tarde o temprano, la transformación se produjo, y Mowgli albergó en su interior la esencia espiritual del lobo. De ahí que no importase que fuera humano, y de ahí, también, que el masón pueda proce-

der de diferentes condiciones —religiosas o políticas, sociales o de raza— y unirse a los demás hermanos desde la condición de iniciado, que es la que le confiere igualdad con respecto a los otros.

Durante los minutos siguientes, sostuve con mi Akela particular un diálogo encaminado a reforzar vínculos y a encontrar significación simbólica a lo que vivíamos todos, inmersos como estábamos en el drama de la iniciación. Era evidente que la manada estaba convencida de mi idoneidad (en realidad lo habían tratado con anterioridad). El único que podría dar marcha atrás era yo. A cualquiera le puede asustar estar en una cámara negra, compartiendo soledad con una calavera a la luz de una vela mientras redacta su propio testamento filosófico, y cualquiera —en este caso yo— podría repensar la oportunidad de seguir en el empeño después de que el Venerable Maestro me inquiriera, con voz trágica, si era mi deseo afrontar las duras pruebas que aún me esperaban. Afortunadamente, no me importó. Entonces, el Venerable Maestro (Akela), encaramado en la Gran Roca del Consejo, ordenó a golpe de malleto que iniciara mi primer viaje y que fuera purificado por el aire. Se trataba de pasar la prueba del aire, la cual, como luego analizaré, guarda estrechísima relación con la excursión de Mowgli a la «ciudad perdida» en compañía de los Bander-Log.

Privado de la vista, vestido como un candidato —como un beneficiario, si queremos servirnos del lenguaje más propio que utiliza la Masonería—, el hermano experto me hizo circular por el templo durante una vuelta completa hasta alcanzar la posición del segundo vigilante mi hermano Constantino, mi maestro instructor, mi Baloo particular, lugar donde se me puri-

ficó por el aire abanicándome el rostro. Durante aquel primer viaje, encontramos muchos obstáculos por el camino. Algunos, por su altura, tenían que ser sorteados y otros aparecían al encuentro, a ras de suelo, mientras caminábamos. Como no podía ver absolutamente nada, el hermano experto me guiaba de la mano, pero además de aquellos molestos obstáculos que impedían un tránsito tranquilo y ordenado, se oía un ruido infernal que luego supe proveniente de los golpes que los demás hermanos proyectaban con sus espadas en el suelo. Aquel viaje tenía y sigue teniendo un significado simbólico relacionado con el ruido que el mundo profano produce, imagen o eco, por tanto, de todos los desastres que padecemos. Se trataba de mediar con una metáfora que simbolizara nuestras bajas pasiones, el fanatismo y el dogmatismo que nos condenan a la ignorancia y a la violencia. Se trataba, en suma, de un viaje de reencuentro con el mundo del que yo mismo provenía esa misma tarde y que, de algún modo, tenía que seguir reteniendo dramáticamente en mi memoria ¿Con qué fin? Quizás con el de permanecer en alerta contra el peligro, quizás con el fin de no mezclarme con aquellos que llenan de disonancias la Tierra. Akela, mi venerable maestro particular, me lo explicó con detalle una vez que el viaje finalizó.

Constantino, mi segundo vigilante, era el Maestro sobre el que pivotaba aquel singular viaje. Aposentado junto a la columna de la belleza, instalada en el mediodía, lugar donde los aprendices constructores reciben su salario y se muestran contentos y satisfechos, era, como ya he referido, mi Baloo particular, el maestro designado para mi instrucción mientras tuviera el grado de aprendiz.

En el bello relato de Rudyard Kipling, la misión de Baloo, como maestro de los lobeznos de la manada de Seonne, consiste en la enseñanza de las leyes y también en la transmisión de las palabras clave que permitirán a Mowgli ser reconocido y socorrido por otros pueblos de la selva, aspectos de la instrucción de Mowgli que se correlacionan masónicamente con el aprendizaje de los «Landmarks» y las leyes masónicas —normas que marcan los compromisos de todos los iniciados—, así como con las palabras de pase, las palabras sagradas, los signos y los toques que nos permiten ser reconocidos y acceder a las distintas cámaras masónicas. Frente al pueblo libre, que respeta las leyes, el relato describe al pueblo de los Bander-Log —los monos—, pueblo irrespetuoso con las leyes de la selva que, curiosamente, es el que más parecido morfológico tiene con el hombre. Los Bander-Log son a los animales de la selva lo que los profanos son a la Masonería.

Kipling elige a los monos como pueblo opuesto a las reglas de la selva —esto es, a la obediencia de las leyes y al respeto de la tradición—, pero la introducción en el relato de un pueblo irrespetuoso con las leyes de la selva, y por tanto con los demás pueblos que en ella habitan, esa oposición del bien y del mal, tampoco creo que sea casual en el relato, sino justificada en el imaginario analógico de Rudyard Kipling, para quien no es lo mismo ser masón que profano; es decir, para quien la interpretación de la vida se realiza en clave de dualidad de contrarios una vez que, tras la iniciación y la superación del primer viaje, ha integrado el simbolismo del mundo profano en un recorrido que le ha hecho sufrir obstáculos y ruidos infernales. Para Kipling, como para cualquier masón, la contraposición del ruido, que pre-

side la atmósfera del mundo profano, con el silencio, que caracteriza el apaciguamiento en el cual viven los iniciados, representa una constante vital. La representación simbólica de esta dualidad, mediante la disposición de un ajedrezado de cuadros blancos y negros en el suelo del templo, permite su visualización y constante racionalización por parte del masón en cada tenida, la cual representación, a la larga, se integra en su pensamiento. Lo hace como ejemplificación de la constante lucha del bien y del mal. Obviamente, Kipling no debió de ser tan ingenuo como para pensar que la dualidad de contrarios afecta únicamente al mundo profano, pues parece claro que todos alcanzamos la comprensión de que lo bueno y lo malo —el ying y el yang— presiden la vida de todas las organizaciones humanas y también la estructura espiritual de todas las personas. Pero igual que nosotros, lectores del presente ensayo, interpretamos ya que el pueblo de los monos encarna el mal y el resto de los pueblos de la selva encarnan el bien, o del mismo modo que un relato mitológico es aceptado puro y sin mácula —quizás porque nos interesa observarlo así en aras a mantener el significado que se transmite—, de ese mismo modo, digo, Rudyard Kipling, en aras a la perpetuación del significado esencial, viviría la Masonería como si de algo idílico se tratara, es decir, como si él mismo estuviera introducido en un relato mágico dentro del que cupiera la posibilidad de discriminar claramente lo bueno y lo malo, cosa que —todos lo sabemos y él más que nadie— no ocurre nada más que a nivel de laboratorio.

Los masones sabemos que la maldad y la bondad no pueden separarse nítidamente —ni en la vida profana ni en la Masonería—, pero, dentro de lo que podría cali-

ficarse como un ejercicio de constante depuración intelecto-espiritual, necesitamos integrar ritualmente la representación simbólica de la dualidad de los contrarios, esto a pesar de que sepamos que la misma está integrada en el propio alma. Cuando Kipling refiere su vida en la logia, acordándose uno por uno de todos sus hermanos, es probable que desde la distancia emocional que provoca el recuerdo olvide las disputas que lógicamente tuvo que tener con ellos, los roces de cada día, e incluso —¡por qué no!— la presencia de algún masón desleal con los principios de la Masonería. De su experiencia globalmente considerada, queda, no obstante, la esencia de que su vida con aquellos iniciados fue buena, una experiencia humana agradable, queda constancia de que al fin pudo disfrutar la sensación espiritual de sentirse un masón perfecto, un iniciado que respetaba las leyes de la selva. Por eso describe ese mundo de tolerancia de la logia, construido por hombres que tienen credos religiosos muy dispares pero que, a la postre, les permite fumar puros manteniendo vínculos sociales y amorosos profundos, significando así, implícitamente, que la fraternidad humana, objetivo moral de toda sociedad desarrollada, se alcanza después de practicar la tolerancia con el otro. Como pudiera parecer a simple vista, fumar no es un acto cualquiera para la logia Hope & Perseverance, al Oriente de Lahore, en India, sino el simbolismo de la fraternidad que se persigue, el pretexto para abordarla. Fumar es un acto institucionalizado para ese fin, un uso o costumbre cuya proyección final es más profunda que la propia tenida ritual y mucho más, por descontando, que el simple hecho de fumar.

Por todo ello, no puede extrañarnos que R. Kipling, arquitecto del relato, dios doméstico de Mowgli, una vez que ha ubicado la dualidad de los contrarios en su imaginario, construya la narración, a su vez, desde la discriminación de un pueblo que, como los Bander-Log, no respeta la leyes y no está iniciado en la comprensión simbólica de la selva. Este pueblo de monos profanos se contrapone al pueblo libre, a aquel que sí se compromete a respetar las leyes de la selva. Para llegar a esta comprensión contradictoria en la que están inmersos los pueblos de la selva, Mowgli tendrá que pasar por la prueba del aire como Kipling y yo pasamos por la nuestra. Es decir, será ascendido a los árboles para viajar de rama en rama, será llevado por los monos a la «ciudad perdida», dándose, por otra parte, además, el paralelismo —estoy convencido de que tampoco casual— de que «la ciudad perdida» se ubique en el occidente de la selva, y de que Mowgli, por tanto, abandone el Oriente (lugar de la sabiduría) donde viven los lobos respetables y el resto del pueblo libre. Viaja hacia el punto geométrico occidental de la selva, donde un día vivieron los hombres y ahora solo quedan sus ruinas, las cuales, por lo demás, son ocupadas por el pueblo profano de la selva, el pueblo de los Bander-Log, un pueblo que curiosamente, como veremos, hace mucho ruido golpeando las ramas contra los troncos y arrojando las nueces al suelo ¿Encuentra el lector, en el comportamiento de los monos, algún paralelismo con el que los hermanos masones escenifican al chocar sus espadas en el suelo de la logia durante el primer viaje del iniciado masón? ¿tantas casualidades... a qué obedecen si las parangonamos con la vida masónica de Kipling?

Detengámonos un poco más en la comparación de la vida masónica y el bello relato del « El Libro de la Selva » para seguir indagando si existe algún tipo de relación. Desde que el hermano experto me introdujo en el templo para ser iniciado, la circulación se realizó ritualmente desde el occidente hasta el oriente (como siempre se hace), es decir, siguiendo el recorrido hacia la luz, dando pasos hacia ella, buscándola, persiguiendo el conocimiento, construyéndolo en cada punto del recorrido, modo de circular que los masones reproducimos invariablemente mientras realizamos nuestros trabajos. La puerta del templo, como la de todo templo construido por el hombre, se ubica en el occidente — donde el sol se pone —, lugar de las sombras y por tanto de la ignorancia si seguimos la analogía. Los masones entran en busca del Oriente, buscan la luz, metáfora de la sabiduría, dejan atrás la ignorancia característica del mundo de donde provienen. Los monos Bander-Log, por su parte, se llevan a Mowgli en sentido contrario a la circulación ritual, es decir, van del oriente al occidente, simbolismo que, si comprendemos el constructo mental de un masón como Rudyard Kipling, solo puede obedecer a la comprensión del significado destructivo que tiene para él circular en sentido contrario a la luz.

«La ciudad perdida», restos de una ciudad humana anterior ubicada, como digo, en el occidente de la selva, está en el polo opuesto al oriente, punto geométrico luminoso y sabio que acoge, sin embargo, a la Gran Roca del Consejo. El autor la describe como un lugar arruinado, echado a perder, da la impresión de una civilización caída después de que el hombre hubiera perdido, igualmente, su sentido civilizador. Lugar, en cualquier caso, nada parecido a la Gran Roca del Con-

sejo, la cual podemos imaginar sumida en una atmósfera hermosa que, por su posición contraria a la de «la ciudad perdida», se ubica en el punto donde nace la sabiduría. Para mayor abundamiento, la Gran Roca del consejo está protegida por otras rocas, es como un templo, como un claro de bosque u oasis, como el núcleo de la rosa, y está, por tanto, a cubierto de la indiscreción de los profanos. ¿Responde la inclusión de «la ciudad perdida», en el relato, por otra parte, al simbolismo de la decadencia a la que irremediablemente nos avocaría la pérdida de los principios que han dado sentido a la civilización humana?; ¿simboliza el mundo profano en su más honda desolación?; ¿es esto lo que quiere Kipling mostrar?; ¿el ruido de una sociedad mal construida? Éste es un tema sobre el cual merecería la pena detenerse, no porque tenga implicación con el modo de contemplar el mundo que tenemos los masones —o quizás porque sí la tenga, o porque, a lo mejor, nuestro entendimiento de las cosas no responda más que a patrones de conducta universal—, sino porque el fin siempre está inexorablemente unido al principio de modo tal que, si abandonamos el sentido inicial de nuestras acciones, el fin se modifica necesariamente y ya no se pueden cumplir las previsiones con las que lo proyectamos.

Las ruina de una civilización —de «la ciudad perdida» en este caso— solo puede obedecer al abandono de los principios que determinaron su construcción, pero tal abandono solo puede darse cuando no ha existido un modo de organización social capaz de mantener los principios por encima de las apetencias individuales. Dicho de otro modo, la decadencia se provoca cuando determinadas generaciones abandonan la tradición que mantiene vivos los principios del grupo. Akela es el jefe

de la manada de los lobos de Seoanne, y, como tal jefe, tiene potestad, ejerce la autoridad porque es el más sabio y fuerte de los lobos, tiene experiencia y ha demostrado que puede guiar a la manada. Su liderazgo emana del respeto a las leyes que vertebran el grupo, es el lobo guardián de una tradición que se pasa de generación en generación, pues solo desde el respeto a la tradición se puede deponer o investir un nuevo rey. La caída de Akela solo puede producirse cuando falle la captura de un gamo que le haya sido previamente preparado por la manada (norma grupal). Si tal cosa se produce, pierde su autoridad; es decir, la autoridad del grupo no se concede gratuitamente, ni con carácter vitalicio. Aunque primario, el ritual de la manada sirve a un grupo sin gran complejidad social. Para que la manada perviva a lo largo del tiempo, deben darse dos condiciones: la existencia de un jefe y el respeto, a través de éste, de las leyes de la selva, pues estas no ponen en peligro la supervivencia del grupo [*matar a un hombre, por ejemplo, es contraproducente para la manada y para todos los animales de la selva porque atraería a los demás hombres, que, como es sabido, queman la selva y destrozan todo lo que pillan*].

La manada tiene unos principios de experiencia que deben ser respetados para sobrevivir. Hay un propósito común que todos comparten (la protección y la supervivencia de la manada), y por esto se dotan de una manera de organizarse que todos han de respetar para que el fin último se consiga ¿Qué pasó en «la ciudad perdida» para que ahora, en el relato, la encontremos derruida, lugar que los monos tienen como esparcimiento?, ¿por qué no van los demás animales de la selva?. Es un lugar proscrito, símbolo de la ignorancia de los hom-

bres, de su incapacidad para mantener la tradición secularmente organizada, es un lugar rechazable, al menos, en el universo mental de Kipling. Así nos lo hace ver.

«La ciudad perdida», descrita en un libro como el que glosamos, el cual alcanza el poder de lo legendario, está anclada en nuestro inconsciente y representa lo que no queremos que suceda, instauro en nosotros un temor concreto: que la civilización se pierda y que, con su caída, nos perdamos nosotros; es decir, que se ponga en riesgo nuestra supervivencia. Si esto lo trasladáramos a la actualidad, quizás podríamos analizar si el actual comportamiento humano —no respetando, por ejemplo, el medio ambiente, al punto de amenazar con ello la estabilidad biológica de todas las especies— obedece a una pérdida de los principios primordiales que han permitido nuestra supervivencia. Quizás hemos perdido la tradición sabia, a lo mejor no hay líderes que sepan hacernos obedecer las leyes de experiencia, quizás nosotros mismos no tengamos apetencia por respetarlas, quizás estemos saciados o quizás cegados, quizás no sepamos ver que nuestro destino podrá parecerse mucho, si no ponemos remedio antes, al de «la ciudad perdida» de El Libro de la Selva. Dios, Alá, Buda, Shiva, o Jehová quieran que la civilización actual no sea pasto de las plantas y quieran esos Dioses mencionados que los animales, si algún día desaparecemos del planeta, no huyan de los restos de nuestra civilización. Quiera el Gran Arquitecto que no la tengan miedo, que no se atrevan a ir solo porque su instinto, al igual que la presencia del fuego, provoque en ellos la necesidad de huir ¿A fin de cuentas, qué manada de lobos sensata acudiría a un lugar que es un símbolo inequívoco del error?

*Era la primera vez que Mowgli veía una ciudad india, y aunque ésta era poco más que un montón de ruinas, le pareció maravillosa y espléndida. Aún se adivinaban las calzadas de piedra que llevaban a las puertas deruidas, cuyas últimas astillas colgaban de unos goznes gastados y oxidados. Los árboles crecían entre las paredes; las almenas estaban caídas y deterioradas y de sus ventanas colgaban enredaderas que cubrían la pared de racimos espesos.*

*La colina estaba coronada por un palacio enorme que tenía tejado, cuyos patios y fuentes de mármol estaban resquebrajados y llenos de manchas rojas y verdes; había hierba y árboles jóvenes incluso en el patio en que habían vivido los elefantes del rey, donde las piedras del suelo estaban separadas y levantadas. Desde el palacio se veían filas y filas de casas sin tejado, que habían constituido la ciudad y ahora parecían colmenas llenas de oscuridad; el bloque de piedra informe que había sido un ídolo, en la plaza donde desembocaban cuatro calles; los hoyos y agujeros en las esquinas donde habían estado los pozos públicos, y las cúpulas resquebrajadas de los templos, a cuyos lados crecían higueras silvestres. Los monos llamaban a aquel sitio su ciudad y fingían despreciar a los del Pueblo de la Selva por vivir en el bosque. Aun así, jamás supieron para qué se habían construido aquellos edificios, ni cómo utilizarlos. Se sentaban en círculos en la antecámara de la sala del consejo del Rey, rascándose en busca de pulgas y fingiendo ser hombres; o salían y entraban corriendo de aquellas casas sin techo, almacenando trozos de yeso y ladrillos viejos en algún rincón, para olvidarse luego del sitio donde los habían escondido y empezar a pelearse y gritar, formando bandos revoltosos, y al momento siguiente ya estaban jugando en las terrazas del jardín del rey, donde se entretenían sacu-*

*diendo los rosales y los naranjos para ver caer los frutos y flores. Exploraban todos los pasillos y túneles oscuros del palacio, los centenares de salas sombrías, pero nunca recordaban lo que habían visto y lo que no; y así deambulaban de uno en uno, o de dos en dos, o en grupo, contándose unos a otros que se estaban comportando como lo hacían los hombres. Bebían en las cisternas y llenaban el agua de tierra y luego se peleaban por ello, corriendo todos juntos y gritando lo siguiente: ¡No hay nadie en la Selva tan sabio, tan bueno, tan listo y tan noble como los Bandar-Log. Entonces volvían a empezar y, cuando se hartaban de la ciudad, regresaban a las copas de los árboles, con la esperanza de que el Pueblo de la Selva se fijara en ellos.*

El viaje de Mowgli por el aire, llevado en volandas por los Bander-log desde el oriente al occidente, donde se ubica «la ciudad perdida», constituye la metáfora del viaje que nos conduce de la sabiduría a la ignorancia, un viaje que, aunque en el libro no sea del todo voluntario por parte del niño —debido a que son los monos Bandar-Log los que, tras acercarse a Mowgli y dejarse él querer, se lo llevan—, tiene un componente de despiste impropio de la sabiduría y más propio, por tanto, de quien aún está inmerso en el aprendizaje. Baloo y Bagheera son conscientes de la magnitud del error del aprendiz, pero, del mismo modo, reconocen sus errores como maestros. Baloo se reprocha el error, lo cual le honra. Sin embargo, a pesar de todo, sus enseñanzas, al menos, han sido buenas para transmitir a Mowgli las palabras secretas de los pueblos de la selva [analogía de las palabras de pase masónicas] que le permitirán dirigirse al milano Chil, a quien pedirá el favor de transmitir a Baloo su posición en la selva. Mowgli es consciente de su error desde el momento en que es secuestrado. Lo

confirma cuando comprueba el comportamiento de los Bander-Log en la «ciudad perdida», el cual no deja de ser un concurso de acciones deslavazadas, sin orden ni propósito alguno; tampoco tienen jefe o dirección, y mucho menos tradición; su comportamiento emula a los hombres, copia la forma, pero carece de experiencia. Kipling nos hace ver que los Bandar-Log no son capaces de tener jefe porque no tienen memoria de lo que ha hecho el día anterior, apreciación que muestra la importancia de la tradición (no otra cosa es la tradición, que el mantenimiento honroso del recuerdo insustituible, es decir de la experiencia sabia).

La tradición tiene el sentido etimológico de dar algo a otro; es la antigua *traditio* romana. Representa por tanto un traslado, y, por ello, lleva implícita la presencia de un dador y de un receptor sobre cuyo concurso sucesivo se soporta la transmisión de algo. Puede tratarse de un objeto [como sucede en la compraventa o en la donación, por ejemplo] o también, y para el caso concreto que tratamos, de la sabiduría. Lo que soporta la continuidad de una civilización, de una sociedad, o de una institución, es precisamente el respeto a leyes y costumbres que han anclado la estabilidad del grupo con un grado aceptable de paz y orden; es decir, de bienestar y seguridad. El respeto a los usos y costumbres y a las leyes se vincula estrechamente con la tradición, esto es, a la idea de que alguien traslade a otro la sabiduría y los valores sobre los que se cimienta una determinada organización social. El que porta los valores de una sociedad es el Maestro. El que los recibe es el aprendiz. El aprendiz recibe el depósito de una tradición concreta, que un día deberá transmitir a otro, de ahí que la vinculación entre maestro y aprendiz alcance un alto grado

de mutua interdependencia. Si en algún momento — por cualquier razón — esta interdependencia quiebra, la paz social se rompe y maestro y aprendiz deben recomponerla.

Baloo es el responsable de transmitir a Mowgli las primeras enseñanzas de supervivencia en la selva, así como las leyes que regulan las relaciones entre los pueblos libres — aquellos que no están sujetos a la esclavitud que la ignorancia de las mismas reporta —; también debe transmitirle las palabras clave que le permitirán ser identificado como un igual, igualdad desde cuya acreditación podrá pedir ayuda (como cuando, ya en el aire, en manos de sus secuestradores, se la pide al milano Chil), y que le servirán, igualmente, para pedir permiso para cazar en un determinado territorio ajeno [aspectos estos muy relacionados con el ideal de universalidad fraternal que la Masonería sostiene]. Si bien es cierto que Baloo ha podido fracasar en la transmisión de determinados conocimientos, al punto de que Mowgli pierda la referencia y la importancia de la prohibición de relacionarse con un pueblo como los Bandar—log, no ha fracasado, en cambio, en la transmisión de las palabras secretas que le permitirán pedir socorro a sus iguales. A sus hermanos.

La petición de ayuda — tengamos humildad — comporta saber la importancia que para nosotros tiene recuperar algo que hemos perdido y, por otra parte, sirve para poner a prueba el grado de vinculación que nuestros hermanos tienen con nosotros. Digamos que el socorro, en un momento determinado, representa la prueba sobre la cual pivota el sentido fraternal de una sociedad, trátase ésta de una sociedad grande, pequeña, abierta, cerrada, exotérica o esotérica. La sabiduría cede

ante la fraternidad aquí, el conocimiento ante el amor. De nada nos vale tener la tradición sabia que nos ha sido transmitida si la fraternidad no es más importante para nosotros. Por eso es tan trascendente el acontecimiento que tratamos al abordar esta parte del relato. El incidente del secuestro de Mowgli a manos de los Bander-Log no constituye algo meramente anecdótico. Antes al contrario, encierra una enseñanza esencial para toda civilización constituida por lazos sabios de amor fraternal, ejemplifica lo que ha de esperarse de todo miembro de esa sociedad cuando de pronto se perturba la paz del grupo.

Baloo, maestro instructor de las leyes de la selva sobre quien la manada ha depositado la responsabilidad de transmitir el conocimiento, ha fracasado porque no ha sabido hacerle ver a Mowgli la importancia que tiene no relacionarse con los Bander-Log. Más ocupado quizás en la enseñanza de las leyes a nivel categórico — algo que, por otra parte, siempre le reprocha Bagheera —, ha olvidado ser más persuasivo en la introducción del conocimiento. Lo cierto es que el problema se ha presentado de pronto, el aprendiz ha sido secuestrado y, entonces, la sabiduría ya no importa tanto, quiero decir que no importa tanto la despena de la sabiduría como arriesgar la propia vida por un hermano que está en peligro. Es Baloo, el maestro, el que de pronto está a prueba, porque, en toda civilización que se desarrolle moralmente, el amor constituye la clave que nos abre las puertas hacia la comprensión de todo, pero el amor no se conoce leyendo ni escribiendo ni enseñando, sino poniéndolo en práctica. El maestro Baloo, debido a que es una criatura del dios Kipling, ha tenido que comprender que el dios que todo ser busca se acrisola en su

interior, y que ese ser interior grandioso muestra nuestra igualdad con respecto a los demás seres creados, pues en ellos, al igual que en nosotros, también habita él.

De ahí que las máscaras sociales que proyectan las diferencias sociales —egotismo vanidoso y frívolo completamente prescindible— no le sirvan al maestro verdaderamente sabio, ya que éstas solo le distancian de sus hermanos. Por el contrario, debe prescindir de ellas para encontrar en los otros la igualdad que nos hace libres. Baloo es un maestro sabio de la selva, conoce el más allá de las leyes, está inspirado por el amor hacia sus semejantes y, más aún, hacia aquellos como Mowgli con los que le unen vínculos muy estrechos. Su maestría formal, su capacidad para transmitir lo que la tradición simplemente comporta, ha pasado a un segundo plano debido a que lo que la situación exige es demostrar su maestría espiritual, la profundidad de la comprensión del Todo. En la comprensión del Todo, el maestro Baloo alcanza una sabiduría más allá. A veces, los usos que habitualmente reproducimos tienen la simple misión de hacernos ver algo escondido que no puede ser transmitido por el lenguaje. El ritual, por ello, además de sujetarnos a un compromiso, además de introducir normas sociales de comportamiento, también nos transmite la sabiduría.

Baloo es un maestro. Se reprocha su error desde el momento en que Mowgli es secuestrado, pero, al propio tiempo, urde un plan de rescate, el cual desarrollará sin importarle el precio que haya de pagar, incluyendo el más alto que la propia vida implica. El amor, en este caso, eleva y dignifica al maestro por encima de su función de transmisor de la tradición. Más allá de la tradi-

ción, la manada sobrevive por el amor incondicional a todas sus criaturas y principalmente a las que, por ser más jóvenes, serán las encargadas de mantener la tradición que en ellas se deposita ¿Seríamos algo si no hubiéramos sido capaces de dar la vida por los valores que cimientan nuestra civilización occidental?

Hasta hace muy poco tiempo —desconozco cómo se presentará el futuro— hemos disfrutado de uno de los momentos cumbre de la civilización occidental. Tanto mi generación como las que me siguen vivimos en un mundo sumido en la comodidad que los avances tecnológicos y científicos han propiciado; tenemos, por otra parte, sociedades democráticas que han impuesto el predominio de la ley y la tolerancia por encima de la sinrazón de la fuerza, y quizás, aunque habitualmente no seamos conscientes, recibimos el tesoro, sedimentado durante siglos, de la civilización occidental: su sabiduría ancestral. Sin embargo, muchas personas que nos precedieron arriesgaron su vida —como Baloo por Mowgli— para que hoy seamos los beneficiarios del tesoro recibido, un tesoro que proviene de la tradición greco-romana reinstaurada en el Renacimiento y de movimientos tan importantes como la Ilustración o los desarrollos constitucionalistas, que son su consecuencia.

El otro día fui con mi mujer a ver *War Horse*, última película dirigida por Steven Spielberg, y, viéndola, me reencontré con uno de los periodos de la historia moderna de Occidente en el que millones de hombres jóvenes dieron la vida por el mantenimiento de la libertad frente al despotismo. En aquellos momentos de la historia, la vida —bien jurídico supremo— no estaba por encima de nada, sino supeditada al interés general

de mantener el sedimento moral e ilustrado de la civilización occidental. Los millones de personas que murieron —no solo en el campo de batalla, sino en las propias ciudades y pueblos arrasados—, lo hicieron para librarnos de los Bander-Log de la época, esa clase de pueblos que esclavizan a los demás si consiguen obtener un poco de poder. Somos deudores de millones de muertes. Nuestra sensible y al parecer intocable vida en libertad, plena de derechos que no pueden ser mínimamente rozados sin provocar incomodidad en los ciudadanos, se sostiene sobre un manto de cadáveres que componen la hojarasca de la historia democrática occidental. La muerte de otros ciudadanos anteriores que nos precedieron en el uso de los derechos individuales legitima nuestra vida confortable de hoy, la muerte de otros nos reporta los frutos de hoy. La muerte de aquellos millones de personas constituye el ejemplo de la entrega absoluta, sin condición ni miramiento, pues dar la vida por los demás es la expresión más auténtica del amor y, por tanto, la expresión de más alta dignidad que alcanza la existencia.

Luego de la muerte se renace. Los aprendices no suelen llegar a valorar la importancia de la tradición, de ahí que Mowgli se aparte de la seguridad que el respeto a las normas de la ley le procura, pero, al hacerlo, pone en riesgo la vida de dos de sus maestros. Baloo y Bagheera no dudarán en arriesgar la suya para recuperar a Mowgli, se entregan absoluta e incondicionalmente a su aprendiz, al que han enseñado todo. Lo hacen porque él es el depositario de la sabiduría de la manada, el más joven, aquel que un día tendrá que soportar sobre sus hombros la responsabilidad de cuidar de ella. Sin la tradición, la manada no podría sobrevivir más

allá del presente. La tradición comporta la transmisión de una serie de valores, enseñanzas y normas de vida digna y noble sin cuyo concurso ningún pueblo es libre; constituye una garantía de presente y de futuro, el aval de que la sociedad de los lobos no vivirá nunca indignamente como los Bander-Log. Baloo lo sabe, por eso no puede consentir que Mowgli se pierda, ni siquiera su vida vale tanto como para seguir siendo vivida con la culpa del error cometido. Tiene que enmendarlo, aun a costa de su vida, porque, a partir del supuesto contrario, esa vida suya caería en la más profunda de las incoherencias, no sería digna, no podría servir de ejemplo ni de maestría a nadie más.

Afortunadamente, no tenemos que lamentar la muerte de Baloo, pero, si esto hubiera ocurrido, el amor hubiera compensado la propia muerte del maestro de lobeznos. El mensaje esencial de las sociedades avanzadas es que nadie puede vivir por encima de lo moralmente justo, y que la defensa de lo moralmente justo alcanza su cota sublime de heroicidad cuando pasa por entregar el tesoro más grande que un ser humano tiene: la vida; entonces, el héroe se honra en la acción, alcanza la gloria más grande, vive dentro de la muerte con más dignidad que si hubiera vivido sin ella, pasa a la memoria del grupo, se integra en la propia tradición y forma parte de ella para alimentarla. Recuerda y es el símbolo, ya mítico, de que nadie puede vivir por encima de las leyes y de la moralidad y que, al propio tiempo, la vida por encima de las normas o por encima de la moralidad, no es vida. Mowgli las puede conculcar porque es aprendiz, pero Baloo no. Baloo es un maestro, y, como tal, debe responder ante una manada que rige su destino obedeciendo la ley y la moral.

Mowgli será iniciado en este alto conocimiento por causa de un error y a través del amor que Baloo le profesa. A partir de ese momento, discierne que la aparentemente divertida vida de los Bander-Log carece de sentido porque no tiene propósito, porque carece de leyes, porque no existe jerarquía ni líder y porque se ve sumida en una ignorancia tan supina como caer en la autocontemplación. Los Bander-Log se atribuyen la mayor inteligencia y habilidad de la selva, la cual propagan mediante cánticos que no vienen a cuento, comportamiento de todo punto inadecuado y más propio de la vanidad, lo cual me recuerda el inverso comportamiento aprendido en masonería todo este tiempo anterior. A la pregunta de si es masón, ningún masón responderá afirmativamente. Antes al contrario, si alguien le pregunta y quiere contestar afirmativamente —es decir, si quiere revelar su condición—, nunca afirmará «soy masón». Por el contrario, contestará diciendo: «por tal me reconocen mis hermanos», con lo que introducirá un elemento de reconocimiento exterior a sí mismo, evitará la vanidad de auto complacerse con un reconocimiento propio, ello porque los usos y costumbres de los masones introducen esa variable en el comportamiento grupal. Se depende de los otros, y se depende porque, siendo un iniciado, la condición de masón aparece reconocida ritualmente a través de una ceremonia que tiene tal propósito.

Llegados aquí, hay que considerar que el «tratamiento» resulta esencial como elemento vertebrador de las relaciones en sociedad, al punto de que, en ellas, no se puede obviar el obligado o el merecido, aquel que obedece a una causa y sirve de hilo conductor de las relaciones. Cuando un masón lleva cierto tiempo prendido

de la miel de la iniciación, cuando la Masonería se instala en su modo de vivir, le resultará difícil eludir la expresión «querido hermano» o, simplemente, «hermano», como modo de iniciar algún tipo de relación social, ya sea ésta propiamente masónica o no, desarrollada dentro o fuera de la logia, en el transcurso de la tenida o más allá de ella. Tanto en la relación masónica como en la social con los demás hermanos masones, resulta completamente necesario mantener el tratamiento. Sobre todo, más aún si cabe, durante los momentos de tensión en los que la vida fraternal puede quebrar, o durante aquellos otros en los que, por ejemplo, se vive un momento de especial solemnidad que requiere no abandonar las formas. Y es que si la Masonería, como sociedad ritual, acoge la tradición fraternal, el tratamiento de cada día o de cada momento representa la manera de evacuar la memoria de esa tradición, sentirla y nutrirse de ella, de ahí que no sea aconsejable abandonar el tratamiento ritual. Algunos masones — aún inconscientes del importante valor de la tradición en la Masonería — olvidan este tratamiento al dirigirse la palabra en logia y se sirven del tú, tratamiento profano, ajeno a la Masonería, que no puede ser utilizado sin riesgo de devaluar el sentido profundo del ceremonial simbólico.

Rudyard Kipling lo sabía porque lo había vivido en su logia. Tenía la tradición y el tratamiento masónico adheridos a él como la propia piel, y esto era así porque, como todo masón, sabía que llega un momento en que la forma y el fondo se confunden asumiendo ambos la naturaleza del otro. Por eso, al construir el relato hermoso de *El Libro de la Selva*, al integrar a los personajes en una sociedad jerarquizada y ritual, imbuida

por el propósito de la vida libre, digna, y fraternal, respetuosa con las leyes de la selva, no puede olvidar la tradición como elemento que trasvasa el conocimiento —esto ya lo hemos visto—, ni tampoco el tratamiento (la forma) que entre sí se dan todos los animales que pertenecen a los pueblos libres de la selva. Y el tratamiento del que se sirve el maestro Kipling evoca a la Masonería, rezuma masonería por todos sus costados. Esto incluso si, como a veces obstinadamente barrunto, no es un reflejo exacto de la misma, cosa que, por otra parte, parecería lógico si consideramos la profundidad espiritual con que el propio Kipling llegó a vivir su vida iniciática.

A lo largo del relato, en numerosas ocasiones, Kipling se sirve de tratamientos que, lejos de pertenecer a la sociedad profana en la que él vivió, pertenecen a la tradición simbólica de la masonería, es decir, tratamientos que un masón iniciado un siglo después —como yo, por ejemplo— puede sentirlos propios porque los distingue, porque son los mismos que utiliza en su logia. En mi logia «Paz y Conocimiento» a veces suelo sostener diferencias con algún hermano que aún no comprende del todo lo que implica la relajación en el tratamiento masónico, el peligro que comporta abandonar una forma ritual de relacionarse. Para Kipling fue tan trascendental ese respeto, es decir, para él tuvo tanta importancia el tratamiento que ni siquiera cuando escribe *El Libro de la Selva* es capaz de abandonar el tratamiento masónico en las relaciones que los animales establecen entre sí. De esta manera, si seguimos el rastro que el libro nos deja, encontraremos voces inconfundiblemente masónicas: como el tratamiento constante de *hermano* o *hermanito*, e incluso —en ocasiones

más esporádicas — el de *maestro*; también el todavía más anacrónico modismo de «vos», propio de los rituales del siglo XVIII, aún mantenidos en las logias actuales y que, si ya estaba ausente de los usos profanos del tiempo que vivió Kipling, mucho más lo está ahora, en pleno siglo XXI. Su pervivencia es producto del mantenimiento de la tradición.

A lo largo del relato encuentro numerosos ejemplos que, obedezcan o no a la intención directa de Kipling, son exclusivos — hoy y ayer — de la Masonería. Así, por ejemplo, cuando el milano Chil comunica a Baloo y a Bagheera el paradero de Mowgli, esta se lo agradece del siguiente modo: «Os deseo una tripa llena y un sueño profundo, Chil, me acordaré de **vos** al matar la próxima pieza, y la cabeza quedará a vuestra disposición». Ésta es la única vez que encuentro el tratamiento de vos en el relato, pero es tan llamativo que Kipling se sirva de él — no existiendo esa solemnidad en la sociedad profana de su tiempo —, resulta tan llamativo que ese tratamiento solemne lo traslade a la relación entre la pantera y el milano, que su utilización literaria no puede obedecer ni ser explicada por otra razón distinta que la que ha impulsado el presente ensayo. Los masones nos tratamos de «vos» en nuestras tenidas, voz que al lector le parecerá anacrónica y fuera del contexto de la sociedad en que vivimos, extraña a los usos y costumbres de la sociedad moderna. Sin embargo, dentro del universo que la Masonería representa, en el cual el ritual tiene la función de transmitir la tradición uniendo, en un único tiempo, en una sola cadencia o ritmo, a los iniciados de todas las épocas, dentro de ese universo masónico, digo, el tratamiento de «vos» se mantiene vivo gracias al respeto del ritual. Si el ritual no se hubiera

mantenido a lo largo del tiempo tal y como los masones de todas las épocas lo viven, nunca me hubiera llamado la atención que Bagheera tratara de vos a Chil en el relato.

Nunca sabré si Kipling se sirvió adrede de claves masónicas para construir el hermoso relato que glosamos en este ensayo, pero de lo que no me cabe duda es que estas referencias solo tienen explicación desde la experiencia masónica que Kipling vivió. Son tantas las coincidencias, que la propia reiteración justifica que podamos abandonar sin miedo la explicación casual. Así, es decir, por la causalidad y no por la casualidad, podemos explicar que Kaa, la serpiente, después de finalizada la batalla en la «ciudad perdida», se dirija a Bagheera del siguiente modo: «No he podido venir antes, Hermana, pero me ha parecido oíros llamar»; o que Mowgli, tras la batalla, se dirija a Baloo, a Bagheera y a Kaa diciendo: «Estoy dolorido, hambriento y con bastantes cardenales, pero a vosotros sí que os han matado Hermanos míos, ¡Estáis sangrando» [en esta ocasión, Mowgli refuerza el tratamiento de hermanos mediante la adición del adjetivo posesivo «míos», un refuerzo que también suele ser propio de los masones cuando se dirigen a varios hermanos al mismo tiempo, o cuando determinada ocasión, por su especial solemnidad, lo requiere]; tampoco debe de ser casual que Kaa se dirija a Mowgli tratándolo de «hermanito» una vez que éste le promete que cazará para ella cuando esté vacía (pues está en deuda), tratamiento de «hermanito» que, más adelante, encontramos de nuevo cuando «hermano Gris», uno de los lobos de la manada, despierta a Mowgli en la cabaña del poblado: «Puf, —dijo Hermano Gris—, vaya una recompensa por haberos segui-

do durante quince kilómetros. Oléis a humo de leña y a ganado. Ya estáis hecho todo un hombre. Despertad, hermanito».

Expuse al principio del ensayo que no podía ser casual que Kipling se sirviera del tratamiento de hermanos para titular el primer capítulo «Los hermanos de Mowgli», pero, en cualquiera de los casos, vemos que el tratamiento trasciende de la familia a la manada de los lobos, y que, además, se extiende, definitivamente, a los animales de la selva que pertenecen a los pueblos que respetan la ley. Luego el tratamiento, además de constituir un eco procedente de la Masonería, siendo de todo punto extraño a la sociedad británica o India de principios del XIX, resulta, por lo demás, el elemento vertebrador de las relaciones sociales entre los animales iniciados en los misterios de la selva.

Y Mowgli, una vez rescatado por Bagheera, Baloo y Kaa, consciente de su error, pero también de la sabiduría de sus mayores, de la lección que le han dado, consciente, además, de que el aprendizaje tiene un sentido de protección del grupo y de respeto a las leyes de la selva, consciente, en definitiva, de que han arriesgado la vida por él, dice: «No mato nada, soy demasiado pequeño, pero acorralo a las cabras y las conduzco hacia aquellos que pueden hacer uso de ellas. Cuando estéis vacía, venid a verme y veréis si digo la verdad. Tengo cierta destreza en el manejo de éstas — y mostró sus manos —, y si alguna vez caéis en una trampa, puede que consiga pagar mi deuda con vos, con Bagheera y con Baloo, aquí presentes. ¡Buena caza, mis maestros!».

Este momento del relato es trascendente porque refleja el cambio de actitud de Mowgli, quien, de tener un comportamiento relajado y a veces rebelde con Baloo, el

cual le hace merecedor de reproches constantes, pasa a reconocer a sus mayores como maestros. Por vez primera, es consciente de su condición de aprendiz, de su posición subordinada, y Kipling no duda un ápice en introducir la voz de maestro en la breve intervención de Mowgli. Bien, pudiera ser —nunca lo sabremos a ciencia cierta— que Kipling hubiera utilizado el tratamiento de maestro trasladando simplemente la voz que en su sociedad profana de entonces servía para designar a la gente con conocimientos demostrados en alguna materia, pero si retomamos el conjunto de voces que el autor emplea para vertebrar los modos de relación entre los personajes del libro, comprenderemos que «maestro» «hermano» o «vos», son voces que, interpretadas conjuntamente, dentro del contexto del relato, toman un sentido más peculiarmente masónico. O, dicho de otro modo, la interpretación profana, teniendo en cuenta que Rudyard Kipling es masón, resulta ya menos probable.

Como hemos visto, Mowgli ha aprendido cosas muy importantes partiendo del error. El viaje por el aire del oriente al occidente, abandonando la sabiduría en pos de la ignorancia, le ha hecho ver lo que Baloo estaba intentando transmitir desde que asumió su custodia. No obstante, a pesar del error cometido, se observa que la continuidad en el aprendizaje, vivir bajo un determinado orden, dejan en el aprendiz un sedimento de vida que difícilmente abandonará cuando madure. Cuando llega a «la ciudad perdida», Mowgli se da cuenta del desorden en que viven los Bander-Log y, si seguimos las palabras de Kipling, inferimos que no le gusta, pues desprecia esa manera de vivir, que él, acostumbrado al

orden y al respeto de las leyes de la selva, no puede entender. Ha tenido que vivir el error para comprender.

Es posible que, después de la amarga experiencia con los Bander-Log, Mowgli recordase las sabias palabras de su maestro instructor Baloo, cuando le hizo ver el peligro que entrañaba para él trabar sociedad con los monos:

*Escuchad cachorro de hombre. Os he enseñado la Ley de la Selva para todos los pueblos de la Selva... excepto el Pueblo de los Monos que viven en los árboles. No tienen Ley. Los despreciamos. No tienen un habla propia, sino que usan las palabras robadas que les llegan cuando escuchan, espían, y esperan ahí arriba, entre las ramas. Sus costumbres no son las nuestras. No tienen jefes. No tienen memoria. Presumen y hablan sin parar y creen que son un gran pueblo que está a punto de hacer cosas muy importantes en la Selva, pero la caída de una nuez les distrae, haciéndoles reír y todo queda olvidado. Nosotros, los de la Selva, no nos tratamos con ellos. No bebemos donde beben los monos; no vamos donde van los monos; no cazamos donde cazan ellos; no morimos donde mueren ellos. El pueblo de la Selva les ha alejado de su pensamiento.*

Kipling prosigue luego el relato con su voz, suple a Baloo en la labor de enseñarnos lo que los Bander-Log representan. Les presenta como un pueblo cruel que se mofa y atormenta a los animales heridos o que genera batallas sin causa entre ellos, matándose a lo tonto, un pueblo, provocador de un «ruido extremo», ajeno a la sabiduría, el cual, precisamente, vive así porque carece de orden y costumbres y porque no tiene jefes, es decir, porque carece de un propósito, vive por vivir.

Nada más parecido el mundo de los Bander-Log, por tanto, a la sociedad profana evocada en el primer viaje del rito de iniciación que viví aquella tarde de invierno de mil novecientos noventa y seis; nada más parecidos, los golpes con las ramas de los Bander-Log, a los de las espadas sobre el suelo que mis hermanos producían, con estruendo exagerado, para servirme en propia carne la metáfora del ruido como símbolo de las discordias que enturbian la paz entre los hombres. Nada menos parecido a la sociedad masónica que el pueblo desordenado de los Bander-Log, éste sin jefe, sin ritos, sin orden, sin propósito. Y nada más parecida a la Masonería que esa asamblea de animales libres que pululan por El Libro de la Selva respetando la Ley y la Tradición. La manada de Seoanne.

*¡Mowgli: mira el cosmos cómo está hecho!  
concita a tu lado tal armonía,  
que Dios, tras las sombras, muy satisfecho,  
te ha escrito el sendero de la alegría.*

*Mas debes llorar, dar la agonía,  
y dejar que el agua lave por dentro  
los restos perdidos y las espinas,  
pues luego verás su rostro eterno.*

*Dale al Arquitecto el rezo que honra,  
admira la obra, humilde lobo,  
no eres ya profano: tú, reza ahora.*

*Bagheera te ordena, no estás tan solo,  
lagunas muy puras reflejan solas  
tus ojos profanos como despojos.*

## V. LA INICIACIÓN (3)

### LA PRUEBA DEL AGUA

Después de que el segundo vigilante de mi logia-madre me purificó por el aire abanicándome tras el primer viaje, tuve que confirmar mi voluntad de seguir. La venda todavía cubría mis ojos porque aún no era digno de ver la luz, pero en aquellos primeros instantes de mi vida masónica me sentía muy feliz, inmerso en un psicodrama que, en ese exacto momento, no imaginaba que pudiera convivir conmigo a lo largo de todos estos años. Por el rito de iniciación, se estaba confirmando lo que mi pasado había ido definiendo. Me refiero a mi ruptura radical con el mundo profano, un mundo en el que no estaba del todo a gusto, ni en el que encontraba sitio para el desarrollo coherente de mi búsqueda.

El hermano experto me condujo del brazo durante el segundo viaje, el cual se desarrolló mediante una nueva vuelta alrededor del templo. Otra vez oí ruidos y esquivé obstáculos, pero, sin embargo, no los acusé tanto como en el primero. Yo mismo, extrañado, movía la ca-

beza buscando algún signo o eco que me devolviera la impresión de lo que en el viaje anterior había presenciado. Escuché golpes metálicos sobre el suelo — menos vigorosos como digo —, pero los obstáculos ya no me dificultaban tanto la marcha; algunos, incluso, los más altos, habían desaparecido. La prudencia y la virtud, el aprendizaje mediante el trabajo interior, conducen a reducir las pasiones y los conflictos que el fanatismo y el dogmatismo suelen provocar, tal era el simbolismo del segundo viaje, terminado el cual, me purificaría por el agua mediante la inmersión de mis manos en una palangana, cosa esta que sucedió ante la presencia del primer vigilante. Creo que era el hermano José Luis, pero aquí la memoria no me es del todo nítida. Solo recuerdo unas manos sumergiendo las mías en una palangana.

Las manos de Mowgli marcaban la diferencia con respecto a la manada de Seeonee. Pasados los años, algunos lobos ya no le sostenían la mirada porque sabían que era un cachorro de hombre y que, como tal, podría revolverse algún día contra ellos. Esos lobos, a los que Shere Kan manipulaba con el fin derrocar a Akela y reclamar a Mowgli, habían perdido el norte y se habían desnaturalizado. Ya no eran lobos de la manada, eran lobos simples y corrientes, mondos y lirondos, desobedientes a la ley, profanos. No podían ver en Mowgli a un igual a pesar de que, con los años, este hubiera demostrado ser un lobo y hubiera merecido un puesto en la Gran Roca del Consejo. Las manos de Mowgli constituyen la referencia visual que me transporta a las manos del aprendiz masón, cuyo trabajo radica en pulir la piedra bruta con el cincel y el martillo. Las manos del aprendiz, el malleto y el cincel, son los instrumentos pa-

ra ejecutar la transformación de lo impuro (la piedra bruta) en el oro de la virtud (piedra cúbica). Hay pasajes a lo largo del libro en los que las extremidades de Mowgli y Bagheera brillan como dos guijarros bajo la luz de la luna. «Bagheera estiró las patas y contempló con admiración las garras de azul acerado, como un cincel». Kipling compara las garras de Bagheera con un cincel acerado, resultando ser este instrumento, como he referido antes, el del aprendiz masón, el que metafóricamente se utiliza para pulir la piedra bruta. ¿Se trata de una nueva casualidad?; ¿a Kipling le viene el cincel a la cabeza por azar?; ¿le viene quizás de la parte del subconsciente donde la palabra hunde sus raíces masónicas y encuentra eco en las enseñanzas esotéricas que practica la Masonería?; ¿la pone adrede Kipling sabiendo que es un vocablo para iniciados o, por el contrario, le surge espontáneamente como le hubiera podido surgir otra cualquiera? ¿No son demasiadas casualidades?

En el relato de Kipling, las garras de Bagheera y las manos de Mowgli se encuentran de igual manera que las mías se encontraron con las manos del primer vigilante cuando este las sumergió en la palangana, tal es la semejanza visual que aprecio. Y es Bagheera, por otra parte, actuando como primer vigilante, una vez que el periodo inicial de instrucción de Mowgli con Baloo termina, quien hace comprender a Mowgli que su destino radica en volver al poblado. Bagheera ordena los trabajos iniciáticos de Mowgli durante esta segunda etapa de su instrucción. Pero para que Mowgli escape, Bagheera tiene que hacerle comprender que la manada no le respetará cuando Akela sea depuesto y que, entonces, le matarán. Tiene que hacerle comprender algo para lo que Mowgli no está preparado, algo tan radi-

calmente inaceptable como asumir que la manada dejará de sentirle como propio y le rechazará. No le es fácil aceptarlo, por la sencilla razón de que se considera un lobo —no un hombre—; porque ha comprendido lo que significa serlo; porque respeta la naturaleza del lobo; porque vive como los lobos y porque acata la Ley de la Selva, porque ha sido iniciado y pertenece al Pueblo Libre. Es un hombre libre y de buenas costumbres.

Cuando Mowgli se dé cuenta del rechazo de la manada llorará, y las lágrimas (agua) simbolizarán su transformación, su purificación o su segundo viaje simbólico, el pasaporte hacia el tercer viaje. Sé que en la vertebración del presente ensayo —en el que pretendo realizar pedagogía mediante la comparación de mi iniciación con la que he querido imaginar para el propio Mowgli— hay algunos pasajes de *El Libro de la Selva* que no se corresponderían exactamente o que aquí entrarían un poco con calzador. Sin embargo, como quiera que la mayor parte del relato ofrece un paralelismo muy razonable, no he querido prescindir de esta hermosa metáfora de la iniciación de Mowgli, que me sirve como título del libro, iniciación imaginaria del legendario personaje que ha de pasar, por tanto, por las mismas o parecidas pruebas que Rudyard Kipling y yo pasamos. Sin perjuicio del paralelismo a veces forzado por mi parte, al que acabo de aludir, no debemos despreciar, por otra parte, que la adaptación del universo masónico de Kipling al literario de *El Libro de la Selva*, si es que lo hizo conscientemente, no tuvo que verse presidido necesariamente por la completa coherencia; es decir, Kipling no tuvo que respetar, necesariamente, el orden ritual de la Masonería para construir el relato, pues no era éste su propósito. Esto no quiere decir, sin

embargo, por otra parte, que los elementos que encontramos desperdigados en el libro no procedan del universo esotérico vivido por Kipling, y eso no quiere decir, tampoco, que yo tenga que prescindir de una vertebración explicativa dimanante de mi experiencia masónica. Realmente, y sin perjuicio de que de eso se trata, el presente ensayo deviene regreso de lo que un día fuera partida, es decir, responde al efecto boomerang lanzado un día por Kipling, que yo recojo, ciento y pico años después, para devolverlo en la manera de una interpretación simbólica.

Por tanto, dos poderosas imágenes sirven de excusa para desarrollar literariamente la prueba iniciática del agua, a la que Mowgli se ve sometido. De una parte, las garras de Bagheera, de azul metálico cincel, garras que soportan la responsable defensa de Mowgli desde cachorro, garras que sostienen, que le defienden. De otra parte, como imagen especular paralela que se le corresponde, las manos del primer vigilante de la logia Hermes-Amistad cuando, después de la realización del segundo viaje simbólico, toma las mías y me las sumerge en la palangana para purificarme por el agua. Esas dos imágenes correlativas, reflejo la una en la otra y viceversa, me transportan de mi logia-madre a la selva, y de ésta a mi logia-madre, o, lo cual sería lo mismo, a la logia Hope & Perseverance de Kipling. Mowgli crece en la jungla con Bagheera, que le enseña a descubrirla en todo su esplendor armónico, lo cual tendrá importancia si buscamos la correspondencia con el grado de compañero masón y con la posición en logia del primer vigilante, atento al transcurso del segundo viaje del recipiendario. Bagheera, en efecto, le enseña la selva. De noche y de día, Mowgli aprende a liberarse de las difi-

cultades de la jungla, disfruta bañándose en las lagunas del bosque (simbolismo de la prueba del agua), retoza y duerme durante el día, pero, por la noche, se lanza a la caza con Bagheera respetando siempre a los toros, ya que él mismo le debe la vida al toro que la pantera puso como «óbolo» para que pudiera quedarse en la manada. Bagheera enseña a Mowgli a distinguir las trampas que ponen los hombres, o dicho en simbología masónica, el camino del iniciado se va despejando, los obstáculos existentes se aminoran en el segundo viaje, hay menos ruido y Mowgli, de la mano de Bagheera, aprende a sortearlos igual que yo aprendí a sortear los míos de la mano de mi querido Julio, experto, ciento y pico años después, en el día de mi iniciación.

El segundo viaje del iniciado, por tanto, se desarrolla ante la mirada atenta del primer vigilante de la logia. Este maestro se encarga de observar a los hermanos que ya han alcanzado el grado de compañero, grado intermedio entre el de aprendiz y el de maestro, de compenenda más intelectual, de comprensión hacia afuera, hacia los misterios del cosmos. Si al aprendiz le toca en suerte el aprendizaje de la gramática, la lógica y la retórica —artes necesarias para profundizar en su interior y descubrir la piedra filosofal o el alma de dios y luego socializarlo con sus hermanos—, al compañero le corresponde el estudio de la aritmética y de la geometría para comprender el universo, la gran obra del geómetra universal.

El aprendiz aprende primero la gramática esotérica, pues las palabras engarzan el proceso del pensamiento interior, son los ladrillos que alzan la construcción de un pensamiento organizado por la razón. De ahí que la lógica sea el segundo escalón del iniciado, pero una ló-

gica que necesariamente ha de ser interpretada como vía de penetración hacia adentro, herramienta para descubrir y comprender el alma del ser grande que habita en nosotros (recuerde el lector el letrado V.:I.:T.:R.:I.:O.:L.: expuesto en la cámara de reflexiones). Una vez que la gramática y la lógica permiten al aprendiz el descubrimiento del interior, la retórica masónica, como modo de expresión simbólico, resulta el instrumento necesario para exponer socialmente este pensamiento; es decir, el aprendiz, a punto de ser elevado en su salario, a punto de alcanzar el grado de compañero, permaneciendo todavía en el silencio del grado, debe escuchar a los maestros para ejercitarse en la retórica masónica, arte desde el cual, como digo, podrá socializar con los demás sus experiencias.

La elevación al grado de compañero le introduce en el arte de la comprensión del cosmos mediante el estudio esotérico de la aritmética y la geometría. Partiendo del estudio masónico de los números y de las formas geométricas, pasará del plano al volumen con el fin concreto de entender la urdimbre del cosmos. Necesita observar para comprender, precisa estar inmerso en la admirable obra del creador, gran arquitecto del universo, flotar en el descanso placentero de dicha contemplación. En este disfrute contemplativo del compañero masón, encaminado hacia el entendimiento del cosmos, su vida encuentra correspondencia con la vida placentera y contemplativa de Mowgli en la jungla. Si este está tranquilo al cuidado de Baloo y Bagheera, el compañero también permanece resguardado por sus maestros y, en especial, por aquel que hundió sus manos en la palanquilla. Las manos del primer vigilante son al recipienda-

rio lo que las garras de Bagheera a Mowgli, extremidades que componen un vínculo de unión.

Rudyard Kipling, quizás porque los humanos damos lo intermedio por sobrentendido, o porque no le damos la relevancia que tiene, no se detiene mucho en la narración de la vida de Mowgli durante esta etapa intermedia entre el aprendizaje inicial y el tránsito hacia la madurez iniciática. En Masonería, a pesar de su trascendencia intelectual contemplativa, el grado de compañero brilla menos que los grados de aprendiz y maestro, los cuales comportan, respectivamente, el inicio y fin del recorrido, puntos esenciales desde los cuales el círculo se une arrostrando consigo todo el recorrido que traza el compás. Verdaderamente, el grado de compañero supone menor presión porque no te sientes en la observación de los demás, ni tampoco adquieres, por otra parte, la responsabilidad del maestro, que ha de velar por el buen funcionamiento del taller y ocuparse, al mismo tiempo, de la trasmisión de la tradición que da sentido a la Orden. La vida del compañero masón encuentra, así, la relajación propia de quien habiendo superado el aprendizaje, puede andar a sus anchas con la única misión de contemplar. No obstante, aun estando entre penumbras gozosas, al compañero le cumple encontrar el camino hacia la conciencia sabia.

En el estado contemplativo, el compañero masón se abstrae de los demás, su presencia en logia llega incluso a pasar inadvertida, no solo porque él mismo se ausente, distraído como está en la observación del cosmos, sino porque, incluso, los demás tampoco le ven. Tampoco madre-loba y padre-lobo ven al Mowgli inmerso en el aprendizaje de la selva. Ni siquiera el propio Kipling le muestra. Las pinceladas que Kipling da para

describir la vida de Mowgli durante su etapa intermedia no dejan de ser pinceladas, impresionismo literario que tan solo deja un aire fresco, cuatro rasgos que nos permiten intuir lo que pasó. Imaginamos a Mowgli dejando que la Selva impregne su pupila. La vista es el primer y más importante sentido del compañero masón, pues la contemplación requiere disposición para ver y para mirar, ánimo para escrutar el universo, contemplar no para simplemente ver, sino para detenerse y alcanzar, en lo que se ve, un significado más profundo del cosmos.

Lo que se observa, no deja de ser un símbolo que esconde una verdad. El compañero ha de comprender que su misión no se agota en una contemplación pasiva, sino en el ejercicio activo de un mirar comprendiendo, trascendiendo, alcanzado el mensaje oculto de los símbolos que ha dejado el creador. La perfección de lo creado tiene establecido un pacto con el silencio, de ahí que el compañero observe solo, meditando, asistido por los demás sentidos que a la contemplación coadyuvan, pero particularmente por el ojo antes que por cualquier otro sentido. No en vano, la representación del Dios masónico es un «ojo que todo lo ve».

Mowgli se abandona a comprender el mundo desde su mirada contemplativa. Durante este tiempo, Bagheera le hace ver que los animales le odian porque no resisten su mirada, porque, en definitiva, su inteligencia va más allá, porque alcanza un grado mayor de importancia en la jerarquía evolutiva, lo cual provoca que los demás animales tengan que bajar la suya. Tiene una mirada que inspira autoridad y tiene, además, las manos libres. No está sujeto, como los demás lobos, a la horizontalidad del suelo. Muy al contrario, él es un ser

vertical. Sabe hacer cosas que los demás no saben. Puede hacerlas porque tiene las manos libres, ya ha pasado el primer tiempo de dependencia como cachorro y ahora se sirve de la palanca [instrumento del grado de compañero] como herramienta para buscar un punto de apoyo; es decir, Mowgli ha cubierto una etapa previa del aprendizaje. Puede ayudar a la manada acorralando piezas de caza, quitando espinas, liberando trampas, pero sigue siendo inocente porque imagina que pertenece al Pueblo Libre. Disfruta recorriendo la selva, ha dejado atrás el error experimentado con los Bander-Log, pero acrisola un aprendizaje que sin embargo, debe profundizar. Para ello, Bagheera debe provocar sus lágrimas, debe purificarle por el llanto, hacerle tomar consciencia de su destino iniciático. Kipling sabe —no puede ignorarlo— que, al tiempo que escribe, está sometiendo a Mowgli a un proceso de iniciación. Quizás se dé la circunstancia de que el propio Kipling esté atrapado en su propio proceso iniciático vivido con anterioridad y ya no pueda escribir de otro modo. Kipling ama a la Masonería, se percibe que le ha penetrado por todos los poros de la piel. Yo también la amo.

Sin embargo, no todos los masones se comportan fraternalmente. En la manada del relato tampoco sucede esto. Se equivoca todo aquel aprendiz iniciado que imagina un mundo puro sin dualidad de contrarios, pues nadie le puede garantizar —como tampoco puede él garantizárselo a sus hermanos— que nadie perjudicará la paz de la logia o que nadie caerá en la tentación de pervertir los fines de fraternidad que a la Orden le son propios. El damero simbólico sobre el suelo del templo masónico, que encierra en sí mismo el poderoso significado de la dualidad de los blancos y los negros,

no inmuniza a los propios masones contra esa dualidad de contrarios. Esto es, no garantiza que siempre podamos entrar en el templo dejando nuestros materiales profanos a la puerta del templo. Cuando, como masón, comprendes tal cosa, cuando te das cuenta de que la fraternidad se sirve también en el ajedrezado del amor-odio, lloras por dentro, como Mowgli cuando se da cuenta de que la manada ya no le quiere, pero las lágrimas cumplen la importante labor de purificarnos. No importa que descubramos que no todos aquellos que comparten la vida con nosotros dirigen sus pasos hacia el mismo fin. Quizás los contrarios nos definen y delimitan lo que somos por puro contraste. Las lágrimas nos hacen cobrar consciencia de los otros para reafirmarnos en el propósito de proseguir nuestra andadura con o a pesar de ellos. La fraternidad está sometida a lo humano, por tanto al comportamiento contradictorio. Aún no es un fin logrado, sino un edificio en construcción. La logia es una obra proyectada hacia ese horizonte de fraternidad, pero tal proyección no la exime de lo humano. Digamos que todavía es pronto para que los hombres alcancemos el sueño ilustrado de una sociedad feliz.

Mowgli es un iniciado. No lo sabe porque, dentro del relato —es decir, en el momento en que Kipling lo está construyendo—, aún no ha nacido al vasto dominio de la literatura, todavía no cabalga por el tiempo imponiendo la majestad de su legendaria figura. Pero es un iniciado en el sentido de que Kipling, lejos de dejarle ociosamente tranquilo en la selva disfrutando de la belleza, le somete a constantes pruebas a cuyo través adquiere el conocimiento. Lo cual, partiendo del imaginario de un literato ya iniciado en los misterios profundos

de la Masonería, como Rudyard Kipling, encuentra lógica completa. Para Kipling, su propia vida fue una aventura sometida a pruebas de todo orden, no resultando la Masonería una especial excepción. Ni siquiera el abandono de Mowgli en la selva deja de tener paralelismo con la vida del niño Kipling, que pasó la infancia alejado de sus padres (estos en la India y él en Inglaterra).

Kipling, como todo gran literato, fue un buscador. Dentro de la búsqueda, se topó un día con la iniciación masónica y con todo lo que detrás de ella le cupo vivir, insondable paraíso. Por eso Mowgli —uno de los pocos personajes literarios iniciados de la Historia—, no pudo eludir tampoco las pruebas iniciáticas por las que todo ser humano que busca la verdad debe pasar. La pluma de Kipling, Gran Arquitecto del relato, conduce magistralmente a Mowgli hacia la probanza de su valía como ser iniciado en los grandes misterios de la selva. Le exige demostrar que su corazón acrisola los grandes valores de un ser noble, le pone en el brete porque, probablemente, toda vida individual, en definitiva, deviene un proceso iniciático demostrativo de que atesoramos los valores más dignos del alma humana.

Desde el comienzo del relato —nunca debemos olvidar que el principio coincide siempre con el fin—, Mowgli tiene la misión de matar a Shere Kan. Esto es algo que madre-loba anuncia desde el inicio de *El Libro de la Selva* y es algo de lo que el propio Mowgli se va haciendo progresivamente consciente. No lo es del todo, sin embargo, durante este periodo intermedio que ahora analizamos. Quiero decir que, cautivado por la belleza de la selva, inmerso en una vida sin carencias de ningún orden, teniendo el cariño de los suyos, perma-

neciendo en la ignorancia de que algunos lobos de la manada no le quieren, es pronto para asumir su destino iniciático. El relato *El Libro de la Selva* —el autor lo sabe porque es su creador— carecería de rumbo si planteara un estado idílico, el cual no se corresponde con la vida humana que fabula, lo cual, nos obliga a tomar una pausa reflexiva sobre la naturaleza de nuestra presencia en el mundo.

Querámoslo o no, estamos inmersos en la vida, circunstancia dramática que exige una respuesta por nuestra parte. La vida no deja de ser un proceso que sucesivamente nos obliga a enfrentarle una respuesta. Esto ha acontecido así desde el inicio de los tiempos, a salvo, claro es, de los albores de la humanidad, en los que la especie convivía en armonía con el medio y no se sentía separada de la naturaleza. Pero hubo un tiempo remoto en que el hombre se supo aparte y se desgajó conscientemente de la naturaleza (pecado original), hubo un tiempo en que la inteligencia le hizo ver que entre el mundo y él había una distancia. Desde esa distancia se sintió superior (pecado de soberbia). Entonces, surgió el sufrimiento y la memoria del dolor. El hombre se inició dramáticamente al mundo iniciando, a su vez, valga la redundancia, un proceso que a todos no cumple pasar desde que nacemos y que, en cualquier caso, nos enfrenta a nuestro destino. Llega un momento en el que estamos solos frente a nuestra circunstancia —esto ya es del maestro Ortega y Gasset—, y en ella y frente a ella, hemos de determinar nuestro comportamiento, debemos trazar un rumbo. Nadie puede escapar a este destino. Quizás, como digo, la vida va depurando nuestro espíritu dentro de una existencia que siempre tiene como horizonte el drama de la muerte. Ante ese drama,

la persona debe responder con una actitud determinada.

El primer vigilante es quien instruye al compañero en el uso del nivel, herramienta utilizada por los albañiles constructores de catedrales para nivelar el terreno sobre el que asentaban la obra y comprobar luego la elevación gradual y uniforme de la construcción. El compañero está en el plano horizontal porque, dentro del proceso de elevación que le conduce a la cámara de los Maestros del taller, debe superar niveles cuyo paralelo ascenso sea justo y perfecto. Bagheera vela por la nivelación de la andadura de Mowgli y este goza de su amor y de su afecto, pero la pantera sabe que el destino de Mowgli radica en abandonar el poblado antes de que los lobos más conspicuos destronen al venerable Akela. Sabe que Mowgli tiene un destino en solitario porque, como todos —como ella misma cuando decidió abandonar el zoológico rompiendo el candado de la jaula donde estaba encerrada—, siempre llega un instante en que debemos andar por nuestra cuenta manteniendo, al mismo tiempo, la responsabilidad de la tradición que nos ha sido transmitida. Hasta el mismo momento en que Mowgli deja la manada, demuestra su plena integración en la logia selvática que Kipling recrea. Ayuda a todos sirviéndose de las manos, las cuales puede utilizar para manejar palancas donde encontrar apoyos, quitar espinas de las patas a sus hermanos, y acorralar las piezas de caza; comprende el mundo en el que vive, respeta las leyes de la selva y hasta tiene su puesto en el Gran Consejo. Los lobos viejos, maestros venerables que le han visto crecer, le quieren. Los lobos más jóvenes, influidos por Shere Kan, le odian por humano, y porque no le soportan la mirada. Frente a los lobos sa-

bios, los lobos menos instruidos propician el fin del reinado de Akela —rey Salomón de la manada—, pero debido a que esta parte de la historia guarda más estrecha relación con la cámara de los maestros, permítame el lector que reserve para páginas posteriores el relato mítico de la muerte de Hiram, el gran maestro arquitecto del Templo de Salomón.

La aventura masónica, como todas las aventuras, se deja gente durante el recorrido. Los lobos jóvenes, manipulados por Shere Kan, querrán destronar a Akela antes de tiempo. Al hacerlo, perderán su condición de miembros del pueblo libre. Shere Kan es el enemigo interior que siempre acecha. También en el relato. Por eso, ya desde el inicio del mismo, pasea su silueta rayada sugiriendo sus reclamaciones. En Shere Kan no cabe en modo alguno quitar las cosas por la fuerza. Antes al contrario, lo sugiere. Al principio del relato, intenta hacer ver a la manada que el cachorro de hombre no puede integrarse en el Pueblo Libre, expone que le pertenece a él y lo reclama, pero luego, cuando definitivamente no lo logra, manipula para alcanzar su objetivo sin importarle el tiempo. Tiene una personalidad mediata, fría, calculadora, paciente. No le importa cuándo. Solo le importa disponer del momento oportuno para el salto. Pero en Shere Kan se da algo con respecto a los demás animales del relato que le hace más llevadero; me refiero a que, efectivamente, el peligro que provoca depende siempre de la debilidad ajena, o, dicho de otra manera, Shere Kan, diablo selvático, invita a los lobos jóvenes a la transgresión de las leyes de la selva (derrocar a Akela injustamente) bajo la invocación de una causa aparentemente justa que legitima la transgresión (el miedo injustificado al cachorro de hombre, que Ake-

la no comparte; presenta al jefe de la manada como un peligro para esta).

Shere Kan no deja de ser nuestro enemigo interior. Aparece al principio del relato y muere al final. Desde su comienzo, la acción *El Libro de la Selva* lleva la inercia de que un día Mowgli y Shere Kan se enfrenten. Kipling controla esa tensión narrativa manteniendo al tigre siempre presente. Bien enfocándolo directamente o bien desenfocándolo, bien actuando por propia cuenta, bien por referencias de animales afines a él — como Tabaquí —, o bien por el mero discurso entre líneas del relato, pero tanto la presencia directa como la referencia indirecta, de soslayo o desenfocada, expresa o sugerida de Shere Kan, responden a que, en efecto, Kipling reserva a Mowgli el destino que todo maestro debe tener: enfrentarse consigo mismo y dominarse. Como acontece con un masai destinado al rito iniciático de matar a su primer león, el león que ha de matar un día está presente en él durante toda la vida. Desde su nacimiento, la tribu le hace asumir ese destino. La resolución de todo destino humano pasa por un momento en el que demostramos que sabemos encarar la vida. Por eso Shere Kan está presente desde el inicio del relato y por eso está en el fin, porque el sentido iniciático de Mowgli, su justificación como protagonista, pasa necesariamente por asumir la prueba definitiva que le convierta en un héroe, pero no en uno circunstancial o accidental, sino en un héroe con pasaporte para la leyenda; esto es, en un personaje capaz de traspasar las barreras propias de la mera construcción literaria y encarnarse en el ser que hoy habita entre nosotros. Si seguimos la metáfora consistente en contemplar al propio Kipling como un dios literario, gran arquitecto constructor de la obra literaria

que glosamos, vemos que Kipling envía a su hijo a la selva con el fin de iniciarle mediante una prueba tan grande como exponer su vida frente a Shere Kan.

Aunque en esta historia no se dé un sacrificio de tanta envergadura como la asunción de la muerte del hijo sin posibilidad de escapatoria alguna (Jesucristo), Mowgli no puede rehuir luchar con el tigre si quiere demostrar que es un lobo de la manada de Seeonee y que, en consonancia con esa condición, respeta las leyes que Shere Kan ha conseguido que la manada desvirtúe. El destino de Mowgli como hijo del dios literario Kipling no es, evidentemente, el expiatorio que Dios padre reserva a Jesús para redimir a los hombres. El curso del relato, por concernir única y exclusivamente a la vida de la Tierra, no exige la muerte expiatoria como puente hacia la resurrección, sino, simplemente, la muerte simbólica; es decir, requiere matar al enemigo interno como vía de renacimiento propio. Mowgli tendrá que anular su lado negativo para enfrentarse a Shere Kan. Tendrá que anular su yo destructivo, comportarse como un lobo de la manada. Vencerá, y, venciendo, su renacimiento encontrará eco en la selva expandiéndose desde ella al resto de la humanidad. No en vano, lo que hacemos en nuestros pequeños espacios comporta siempre una pequeña contribución a la doméstica eternidad de la historia humana.

Tras el segundo viaje, el venerable maestro me sometió a la prueba de la sangre y a la del hierro candente. Durante el tiempo intermedio de su vida en la selva, Mowgli dio su sangre a la manada, pasó esta prueba como yo mismo la pasé aquella tarde de invierno. En mi caso ocurrió de modo simbólico, mediante un leve pinchazo que el lobo experto me dio en la yema del de-

do. Si pensamos que Mowgli dejó de ser humano para ser lobo y que, por tanto, renunció a su sangre humana por la lobuna, hemos de concluir que dio su sangre por entero. La dio por primera vez cuando quiso tener sangre de lobo renunciando a la propia, y la dio por segunda vez, o, mejor dicho, estuvo dispuesto a darla cuando fue en busca de Shere Kan para matarlo.

Cuando pasé la prueba de la sangre, el Venerable Maestro elogió el valor y la generosidad que había mostrado, lo cual acreditaba, a su juicio, que estaría dispuesto a dar mi sangre para proteger a la Masonería y, asimismo, para proteger a la inocencia, a la virtud y a la libertad contra la maldad y la tiranía. ¿A nadie de los que están leyéndome ahí al fondo le hace gracia lo que acabo de referir? ¿Cuántos iniciados piensan realmente que tendrán que dar su vida por la Orden o, incluso, cuántos piensan que tendrán que darla por motivos más externos a la propia Masonería como, por ejemplo, la protección de la inocencia, la virtud y la libertad? Evidentemente, si interpretamos las cosas literalmente, la prueba que acabo de referir podría resultar anacrónica, podría provocar sorna, incluso, imaginar al autor del presente ensayo sumido en una prueba semejante que, considerado el pensamiento del hombre de la calle, se antojaría cómica o cuando menos infantil. Sin embargo, si el lector ya se ha iniciado conmigo en la interpretación simbólica que el método masónico propugna, no se le ocultará que la prueba de la sangre puede interpretarse de otro modo.

Sin perjuicio de que los contemporáneos europeos y norteamericanos que componemos la civilización occidental parezcamos haber olvidado que, en momentos concretos de nuestra historia, hemos tenido que dar

nuestra sangre en favor del ideal civilizador que sustentamos —y esto, en sí mismo, ya sería mucho olvidar teniendo en cuenta que quizás estemos iniciando el periodo de nuestra decadencia y que, a lo mejor, no tardemos muchas generaciones en tener que soportar la guerra en suelo propio—, sin perjuicio de esto, digo, no se le ocultará al lector que la sangre se puede dar de muchas maneras y que, por tanto, hay muchas formas de morir. La muerte biológica es una de ellas, efectivamente, pero no es la única ni la más dura. La muerte civil, nuestra anulación en el medio social, la estigmatización que nos conduce a la marginalidad, aquella que nos convierte en seres heréticos y, por tanto, sin derecho a nada, también es una forma de morir. Me refiero a la muerte que nos pueden proporcionar todos los que, por un motivo u otro, estén interesados en nuestra desaparición. Es mentira que la Inquisición haya dejado de existir y es mentira que ya no haya herejes o que no haya anatemas. Si esto fuera verdad podríamos hablar con menos ruido; es decir, si esto fuera verdad, el debate social que presenciamos en los medios no ofrecería el espectáculo lamentable que ofrece. De un lado y del otro, hay muchas personas interesadas en estigmatizar a los adversarios. Muchos son los que se dedican a destrozar la imagen y el honor de determinadas personas simplemente porque la anulación de los adversarios les parece la manera más elocuente de afirmar su personalidad. Mala tiranía.

Hubo un tiempo en que mantuve cierta discreción en relación a mi pertenencia a la Masonería. En aquel tiempo, protegía mi imagen. La condición de masón no suele ser comprendida por la sociedad profana, esto debido, en parte, a la mala prensa que han desarrollado

sectores dogmáticos que nos observan como diablos — cosa que en modo alguno responde a la realidad —, y debido en parte, también, al oscurantismo que rodea a la propia institución, imbuida de un secreto que, si bien es necesario y está justificado, no puede ser entendido por una sociedad que se cree en el derecho de conocer lo que sucede en todos los ámbitos sociales y hasta el último de sus reductos. Algunas de las personas o alguno de los grupos que viven hoy alimentados por el fanatismo, podrían desplegar toda su fuerza en anular civilmente a cualquiera que represente algo que no esté en su imaginario dogmático. De ahí que, quizás, sí tenga algo de sentido proyectar simbólicamente la prueba de la sangre como compromiso de protección de la Orden.

Pero, más allá de la protección de la Orden, recuerdo que el compromiso suscrito con la sangre afectaba igualmente a defender la libertad, la virtud y la inocencia. ¿Hay alguien que no esté dispuesto a defender estos valores con su muerte civil? Me atrevería a decir incluso que, en determinadas circunstancias, lo estaríamos con nuestra propia sangre ¿Qué sentido tendría nuestra vida si no estuviéramos dispuestos a dar algo importante, incluso lo más importante, por los demás? Todas las tiranías han aprovechado el miedo que tenemos a perder la libertad o la vida, pero siempre llega un momento en el que nuestra dignidad no puede resistir más. El movimiento del 15-M, impulsado emocionalmente desde España —digo esto sin que, a posteriori, se pueda interpretar mi afinidad o empatía con el desarrollo intelectual postrero del grupo—, ha supuesto, por ejemplo, el alzamiento civilizado de parte de la sociedad solicitando de los poderes públicos la implementa-

ción de reformas democráticas que profundicen en nuestro régimen de libertades. En un principio, el movimiento me atrajo por la razón de justicia que en él anida y por su espontánea emotividad, que le reportó frescura en medio de un sistema anquilosado y manejado por los partidos políticos. Luego, me decepcionó la escasa profundidad intelectual del movimiento, así como su inclinación hacia uno solo de los polos ideológicos. Pero hubo dignidad y sangre que derramar, siquiera ésta fuera solamente simbólica, pues la humanidad siempre tendrá motivos para el progreso. Los inmovilistas de hoy son los que piensan que todo está hecho.

Tras pasar luego la prueba del hierro candente, símbolo de la marca externa del amor a la humanidad y del compromiso con el progreso, el venerable maestro me inquirió sobre el progreso y sobre la virtud. Tras mi respuesta, disertó desde el Oriente, desde la Gran Roca del Consejo. «La idea de progreso nos consuela de las miserias presentes con la esperanza de un porvenir mejor y nos inspira valor para trabajar sin fin en la obra de la perfectibilidad humana». Se refirió a la virtud como la energía moral que nos dispone a hacer el bien, la fuerza con la que podemos afrontar los retos hacia el progreso humano. Evocar aquellos momentos ahora me transporta de nuevo a la armonía y a la belleza del ritual, a su cadencia musical, a su tic-tac, tic-tac... ya imperecedero en mi memoria. Evoco aquella tarde en que crucé una puerta pintada con aerosol, incrustada en una pared de ladrillo de un bajo de un barrio marginal ubicado simbólicamente en un punto geométrico del universo únicamente conocido por los hijos de la viuda, retomo la idea de que mi vida no ha sido en modo alguno superficial ni frívola, sino vivida con sentido pro-

fundo de la búsqueda, una búsqueda socializada a través de un ritual proyectado hacia el descubrimiento de las verdades que todo ser humano estaría dispuesto a compartir. No estoy muerto, estoy vivo y tranquilo, dispuesto a afrontar la barrera de los cincuenta sabiendo —como dice mi queridísima amiga virtual Mónica Palozzi— que es a partir de esta edad cuando hacemos las cosas más bellas.

Una vez que el Venerable Maestro terminó su breve discurso sobre el progreso y la virtud, una nueva petición de compromiso llegó a mis oídos. Salomón me inquirió: «¿Caballero, estáis dispuesto a realizar vuestro tercer viaje?». Claro que lo estaba. Ya no me paraba ni el Gran Arquitecto del Universo.

*El maestro Mowgli salva a Akela,  
lleva la flor roja entre sus manos,  
Shere – Kan tiembla al ser quemado,  
y las rosas sabias ríen contentas.*

*El cachorro de hombre siente pena.  
Los lobos conspicuos han terminado  
– ¡malditos diablos, lobos profanos! –  
clavándole dardos en la azucena.*

*Quitó sus espinas, cazó con ellos,  
respetaba la ley de la manada,  
fue buen hermano y un espejo.*

*Temen al fuego y a su mirada,  
y temen que le veneren los más viejos,  
los lobos expertos de la alborada.*

## VI. LA INICIACIÓN (4)

### LA PRUEBA DEL FUEGO

Cuenta la leyenda que tres «compañeros» acudieron al templo de Salomón solicitando del maestro Hiram, sin merecerlo, las claves secretas del tercer grado. Al negarse, le mataron. Días más tarde, fue encontrado por los maestros del taller bajo una acacia. A la postre, la leyenda ha servido como el referente masónico del renacimiento a través de la muerte. Más allá de profundizar en este rito masónico que vivifica la luz por encima de la ignorancia, sí interesa destacar, sin embargo, la perversión en la que caen los tres «compañeros». Movidos por la ambición, el fanatismo y la ignorancia, pretenden de Hiram lo que aún no les corresponde ni pueden por tanto pedir, traicionando, así, el plan general de la obra del templo de Salomón. Como toda obra organizada, ésta exigía la clasificación (jerarquía) de los obreros en función de su sabiduría, impidiendo dar labores de mayor responsabilidad, y consecuentemente

mayor salario, a los que no lo hubieran merecido. Antes de la aparición de los colegios y las universidades, los gremios asumieron la enseñanza de los oficios y, a su través, por extensión, las enseñanzas inherentes a la hondura vital; de ahí que, conjuntamente con la sabiduría propia del gremio, se transmitieran, igualmente, conocimientos de valor espiritual e incluso religiosos, morales y éticos. Los obreros que asesinaron a Hiram traicionaron por interés propio las normas que daban sentido a algo que trascendía sus propias vidas. Carecían de sabiduría y tenían demasiada ambición y arrogancia, conjuntamente con una ignorancia enorme, tanta como para imaginar que Hiram fuera a darles las claves secretas de la maestría arriesgando con ello el fin de la obra. Hiram dio su sangre por el proyecto que daba sentido a su vida. Arquitecto enviado al rey Salomón por el agradecido rey de Tiro, se sacrificó por su rey emigrando a una tierra que no era la suya. Aun así, siendo deseo de su rey que emigrara, y siendo la obra más emblemática de su existencia, trascendiendo más allá de sí mismo, murió a manos de tres fanáticos ignorantes.

La leyenda de Hiram se encuadra dentro de lo mitológico, pero no por ello debe desdeñarse. En el mito solemos encontrar explicaciones que la razón no puede dar y viajamos, a través de él, al fondo del inconsciente colectivo, conectamos con el tiempo pretérito anterior a la historia, es decir, viajamos más allá de ella, uniendo nuestro racionalismo con la raíz primigenia de la humanidad. Todas las leyendas muestran los anhelos de la humanidad a lo largo del tiempo; nuestros miedos, a veces producidos por catástrofes naturales (el diluvio universal, por ejemplo); los hechos heroicos reflejados

en algún personaje concreto (Hércules); el estado de inocencia primerizo de la humanidad, donde no había dolor (el paraíso terrenal); o quizás y para terminar, valores como la valentía, la belleza o, en el caso presente de Hiram, la sabiduría y la lealtad a una obra trascendente. Hiram sabe que su vida no tiene más valor que la obra cuya dirección ha asumido. No puede volver a su país sin terminarla, por cuanto decepcionaría a su Rey; sabe, por otra parte, que el Templo de Salomón es la obra más grande que ningún arquitecto haya construido jamás y que, por tanto, es la obra que da sentido a su vida, sabe que le trasciende porque, no solo para él, sino para el pueblo que la pide, será un pilar primordial sobre el que pivotará la vida terrenal y espiritual de una nación. Ello bajo el mandato del rey más sabio de todos los tiempos, Salomón. Cuenta la leyenda que durante el periodo de construcción del templo jamás se escuchó un solo ruido, pues las herramientas estaban acolchadas para que todo transcurriera en silencio, símbolo del hacer sabio, oasis, claro de bosque, refugio espiritual de los grandes maestros.

¿Cómo iba Hiram a dar más importancia a su persona que a lo que justificaba su paso por la vida? [*Caballero... ¿estáis dispuesto a dar vuestra sangre por la orden, y a luchar por la inocencia, la libertad y la virtud?*]. Naturalmente, cuando nos hemos empleado a fondo en la construcción de una obra (física o intelectual) que da pleno sentido a nuestra vida, al punto de trascendernos, cuando sabemos que sin ella ya no somos y, más aún, que no podríamos vivir con dignidad después, cuando nuestra obra simboliza nuestra existencia con tanta fuerza que abandonarla equivaldría a abandonarnos a nosotros mismos, cuando lo que hacemos y lo que

somos entra en ecuación de igualdad —lo cual ocurre cuando la historia de nuestros actos avala el presente desde el pasado—, cuando algo así pasa, digo, hemos alcanzado la sabiduría y estamos en el centro del círculo, en el trono de Arturo, en la Gran Roca donde se aposenta Akela, en el claro de bosque y en el centro de la rosa. Entonces, ni la mismísima muerte vestida con sus mejores galas puede subastar la continuidad de nuestra vida al precio de abandonar todo aquello que justificó nuestra existencia.

Por eso Hiram niega a los tres compañeros la transmisión de una sabiduría que no les corresponde. No realiza la «traditio» porque tal acción conllevaría un riesgo enorme para la gran obra a la que ha consagrado su vida y con respecto a la que, por tanto, ha adquirido un compromiso de lealtad. No importa si la historia de Hiram se corresponde o no con la realidad, porque las leyendas, con el paso del tiempo, no precisan tener una relación de certeza con el contexto de la época. Más bien, pasan a cobrar trascendencia por lo que cuentan y por los valores que transmiten, normalmente universales. Esta concreta leyenda de Hiram ha tenido una importancia enorme en masonería especulativa. A su través se ha podido ensamblar, con un origen mítico, la metáfora constructiva en que se basa el método masónico (la construcción de catedrales y los útiles de los canteros medievales), origen que —correspondiéndose o no con una historia real— nos traslada a un tiempo legendario y distante desde el que elevar a categoría moral e indiscutible un mensaje concreto del que es portador intemporal el maestro Hiram.

¿Es importante, acaso, que Hiram haya existido? Pudo ser importante en la Antigüedad, pero ya no lo es.

Todos los hombres podemos ser dignos o villanos, en todos cabe esperar lo mejor y lo peor. Si relacionar fidedignamente la identidad de una persona con un hecho puede llegar a importar en un momento concreto de la historia —cuando aún está reciente—, pasado el tiempo puede ser que no importe tanto o puede que podamos prescindir de las sombras y quedarnos solo con las luces. Entonces, la coincidencia de la leyenda con la verdad histórica no cambia el mensaje de aquella. Pasado mucho tiempo, importa más que se cuente lo verosímil o lo humanamente realizable, es decir, importa que se transmita un ejemplo para las generaciones venideras, un horizonte idílico al que se pone rumbo. Incluso resultando inverosímil o completamente increíble, una leyenda puede alcanzar trascendencia si son creíbles los valores que transmite o si son útiles, y entonces, cuando este cúmulo de circunstancias se acrisolan en la tradición, lo mítico se convierte en inatacable y pasa a formar parte, al menos en el nivel referencial, de la historia de la humanidad o de un grupo concreto ¿Qué más da que Hiram haya existido, si su presencia se encarna dramáticamente en todos y cada uno de los psicodramas masónicos que lo recuperan para instaurar un sentido simbólico trascendente, esto es, un valor importante? Hoy en día, al menos en masonería, tiene más importancia que en el pasado. Su presencia dentro del psicodrama reporta el sentido que para la continuidad de un proyecto o de una obra, de una sociedad en suma, tienen tanto la sabiduría como su preservación y tradición postrera a los nuevos aprendices. Ninguna sociedad puede vivir sin la comprensión de esto. Es imposible, y el olvido es la causa de la deca-

dencia. Lo vimos cuando visitamos la ciudad ocupada por los Bander-Log.

Rudyard Kipling fue exaltado a maestro masón en su logia Hope & Perseverance al Oriente de Lahore, en India, y, por tanto, vivió una ceremonia ritual destinada a transmitir el saber ancestral que todos los masones acrisolamos. Conocía el mito del maestro Hiram. Durante su vida masónica, sedimentándose año tras año, acrisolándose tenida tras tenida, puro tras puro en la compañía fraternal de sus hermanos, Kipling debió de barruntar el poder de lo mitológico como proyección ejemplar hacia el tiempo futuro, conocimiento que si en cualquier otro hermano menos dotado para la literatura carecía de utilidad alguna, en un hombre destinado a ser premio nobel alcanzaba, entonces, el poder de un bomba de relojería. Es imposible que Kipling no llegara a calibrar la importancia de lo legendario y de lo mítico como vehículo primordial para la trasmisión de un mensaje determinado. Un hecho grande se evoca primero por la sociedad del tiempo que lo vive, pero si es muy grande y necesario para las generaciones futuras, se mitifica y se fosiliza, toca la gloria eterna. Cualquier escritor medianamente comprometido con lo que hace, incluso uno tan humilde como quien escribe, alberga la posibilidad de que sus obras le trasciendan y superen, por tanto, su tiempo biológico. Cualquier escritor sabe que un buen libro puede pasar la prueba del tiempo durante unos años, que algunos pueden permanecer durante algunas décadas, que los muy buenos permanecen siglos, pero cualquiera sabe que los excelentes, que suelen coincidir con los míticos, se diluyen finalmente en la eternidad. Si yo lo sé, Kipling también. Si yo soy masón y valoro la trascendencia del mito de Hi-

ram en el ritual masónico como una inyección de vida eterna, Kipling lo valoraría en mayor medida que yo cuando escribió *El Libro de las Tierras Vírgenes*.

¿Dónde ésta el autor verdadero de la historia de la leyenda Artúrica? ¿Quién sabe a ciencia cierta quién la escribió? ¿En qué fuente bebió Shakespeare la historia de Hamlet? La tarea de encontrar el origen de un relato relevante, pasados los siglos, puede representar un esfuerzo imposible, sobre todo si el personaje adquiere tal magnitud que ni siquiera resulta interesante conocer el autor. Nada mejor para un escritor que morir a manos de sus propios personajes y en ellos diluirse, vivir a su costa, a sus hombros, perderse con ellos cabalgando por las llanuras que habitarán siempre los hombres. Kipling, oculto tras el humo denso de los puros compartidos fraternalmente, lo supo. De eso estoy seguro. De lo que no lo estoy tanto es de si se propuso de inicio escribir una leyenda, o si la leyenda ha terminado siéndolo debido al poder que lo mítico (Hiram) ejercía sobre su subconsciente.

Los lobos conspicuos tramaron contra Akela, el jefe de la manada, su venerable maestro, un apuesto lobo gris, fuerte y sabio, conspiraron contra su rey Arturo, y, desde entonces, el Santo Grial desapareció de Camelot. Se rebelaron contra Arturo, contra Salomón. En definitiva — ¡qué más da! — se rebelaron contra cualquier ser simbólico que represente la dignidad de un gran maestro. Lo que verdaderamente importa es que los lobos jóvenes de la manada, aquellos que aún no eran veteranos y por tanto no tenían el pelo de color tejón, trasgredieron la ley de la selva provocando el derrocamiento injusto de Akela mediante un ardid. Rompieron con la tradición, fueron desleales por ignorancia y porque no

distinguieron el lado negro que Shere Kan, manipulándolos aviesamente, supo despertar en ellos. A los efectos del paralelismo existente entre la iniciación de Mowgli y la vida masónica de Rudyard Kipling y la mía propia, esto es, con la trama masónica propiamente dicha, lo que verdaderamente importa es que Mowgli, al igual que cualquier maestro masón, presenciara la muerte de Hiram en el decurso de una deposición injusta: la de Akela.

Al igual que en el mito de Hiram, la ambición y la ignorancia de los lobos conspicuos, alimentada sagazmente por Shere Kan, les lleva a poner a Akela frente a un gamo que previamente no ha sido cansado por la manada, incumpliendo la costumbre ritual de la ley de la selva con la perversa intención de aumentar la probabilidad de que Akela no sea capaz de derribar la pieza. Como sabemos, el astuto propósito no es otro que adelantar la deposición y la muerte de Akela como jefe, alcanzar el poder y entregar a Mowgli a las fauces vengativas del tigre. La leyenda de Hiram cabalga a través de los tiempos y una vez más alcanza eco. Ésta vez, por medio de unos lobos que, desobedientes a la tradición y a la ley, ignorantes de los perversos efectos que puede tener para la manada transgredirla, buscan la muerte del maestro Akela, el cual, con todo merecimiento, aún se sienta en el trono de Salomón, en la Gran Roca del Consejo, en el centro del círculo, o, si se quiere, en la Tabla Redonda. Buscan su deposición deslealmente y, para ello, conculcan las normas poniendo en riesgo la continuidad y la supervivencia de la propia manada. Volveremos luego sobre el mito de Hiram para relacionarlo con la propia maestría de Mowgli y el paralelismo que encuentro entre la deposición ilegítima de Akela y

la renovación de un Venerable Maestro, pues, al final, el bello relato *El Libro de la Selva* converge en el perfeccionamiento de Mowgli en el grado de maestro y su entronización como Rey Salomón.

Como vengo diciendo desde hace muchas páginas, durante aquella tarde de diciembre de mil novecientos noventa y seis aún me faltaba realizar el tercer viaje iniciático. La tercera vuelta, al contrario de las dos anteriores, discurrió sin que encontráramos obstáculo alguno y sin que se escucharan ruidos. El hermano experto me colocó enfrente del venerable maestro y pasé a ser purificado simbólicamente por el fuego. Una llamarada pasó por delante de mi cara. La sentí, en medio de la oscuridad, vestida de aire caliente. Una vez purificado por el fuego, el venerable maestro, mi querido hermano V., me trasladó el sentido simbólico del viaje, demostrativo de que la perseverancia en el trabajo interior llevan por fin a la consecución del objetivo, y que, logrado éste, la paz colma el corazón como premio. Me enseñó que las llamas simbolizan el amor al prójimo, el cual debe arder permanentemente en el corazón, y, asimismo, que simbolizan, igualmente, el valor y el fiel compromiso del masón a contribuir activamente en favor del bien y a luchar en contra del mal. Finalmente, terminó así: «Caballero ¿os encontráis con el valor suficiente para arros-trar la muerte, si fuera preciso, antes que abjurar de las ideas de progreso y libertad sustentadas por la Franc-masonería?».

El día anterior a la trampa urdida en contra de Akela, Mowgli, guardando absoluto silencio, corrió al poblado en busca de la «flor roja», metáfora hermosísima de la que se sirve el maestro Kipling para simbolizar el fuego. Es su tercer viaje. A diferencia del primero, donde

encontró el ruido provocado por los Bander-Log, o el segundo, donde aprendió a distinguir las trampas que los hombres dejan por la selva, el tercer viaje se desarrolla en silencio. Mowgli persevera en él. No para, corre silente en busca de algo... ¿qué?: va en busca de la flor roja, fuego purificador que definitivamente le convertirá en un iniciado. A diferencia de ocasiones anteriores, en las que su vida estaba a la salvaguarda de Baloo o de Bagheera, el tercer viaje de Mowgli conlleva la responsabilidad de salvar a Akela. Por fin, su corazón tiene un propósito amoroso más allá del conocimiento simbólico, por fin su vida, como cuando Baloo le liberó de los Bander-Log, no tiene más valor que la continuidad del grupo, por fin el amor insufla poder liberador frente a la muerte, por fin Mowgli alcanza la dignidad de los iniciados, por fin todo conocimiento, todo uso, costumbre o ley, cede paso a la sabiduría del amor por el prójimo y por la obra construida; por fin, entonces, Mowgli puede representar el papel de un maestro.

Lo mitológico no serviría si no fuera accesible al común de los mortales. Es decir, la transmisión de una acción heroica mediando el poder del mito o de la leyenda, tiene valor en la medida que ejemplifica y puede ser realizada por el hombre venidero. Mowgli puede transformarse en Hiram si ,como luego veremos, está dispuesto a morir en el empeño, porque, entonces, el mito se encarna en alguien concreto, desciende de las alturas celestes a la vida, se humaniza, pero no por concurso de algo irrealizable, sino porque, en verdad, todo hombre o toda mujer podemos alcanzar lo más digno, todos podemos llegar a entregarnos con amor a los demás, todos, en algún momento, podemos llegar a considerarnos tan prescindibles como para dejar de vivir si es

que hay una causa por encima que lo exige ¿No ha existido acaso Gandhi? Albert Einstein llegó a decir algo muy hermoso de Mahatma Gandhi. Si la memoria no me falla —disculpe el lector que escriba a ojo de buen cubero—, el día del entierro de Gandhi, Albert Einstein dijo algo parecido a esto: «Las generaciones venideras difícilmente llegaran a creer que un hombre de la catadura moral de Mahatma Gandhi puso un día los pies sobre la faz de la Tierra».

Lo que propone Einstein es que un hecho extraordinario, excepcional si comparamos el comportamiento del común de los mortales con el de Gandhi, puede tornarse increíble con el paso del tiempo. Sin embargo, Gandhi ha existido, lo cual parece constatable para las generaciones del siglo XX y probablemente también para las del siglo XXI. Sin embargo, él ha realizado un mito, esto es: ha realizado algo que la humanidad tenía como horizonte desde el fondo del tiempo ¿Qué mito? El amor a los hombres por encima de la propia vida. La fuente nutritiva del mito —no hay que ir muy lejos— procede probablemente del cristianismo y en concreto de la historia de Jesús. Sea como fuere, la historia de Jesús trasciende dos mil años después e, influyendo en parte a Gandhi, que bebe de todas las fuentes espirituales, inyecta en él la fuerza que le impulsa a algo tan grande como dar la vida por su comunidad. Nadie puede ir en contra del efecto benéfico del amor. Nadie, ni siquiera la muerte, puede derribar a todo aquel que ha asimilado su misión como maestro. ¿Será Gandhi, debido a que su vida parece increíble, un mito futuro del que las generaciones venideras llegarán a dudar que ha existido verdaderamente? Si así fuera no importaría. Quizás sea más benéfico, incluso, que los actos y

los hombres humanos dignos se petrifiquen, como los fósiles, y que se queden difuminados en la frontera que separa lo creíble de lo increíble, que dejen un margen de incertidumbre. Entonces, a mi juicio, es cuando tienen una fuerza referencial enorme.

Cuando los lobos conspiran buscando el relevo anticipado, Akela representa al maestro Hiram y Kipling recupera el mito, lo introduce en el relato. Tras la constatación de que Akela ha marrado la caza del gamo, la manada se reúne en el Gran Roca del Consejo pidiendo la vida de Akela, pero Akela, aún fuerte, reconociendo la ley y el derecho de la manada a matarle, reclama luchar lobo a lobo hasta morir. Nadie se atreve a ejecutar la pena de ese modo, lo cual equivale a que no hay suplencia, nadie deviene legítimo heredero del Trono y Camelot está sin rey debido a que no se ha respetado la ley. La ignorancia ha llevado a tal extremo. El ritmo dramático de este concreto momento del relato alcanza la cadencia simbólica del número tres cuando éste —el número tres— marca nuevamente el compás de los acontecimientos. Shere Kan convence a los lobos conspicuos para que dejen en libertad a Akela, ya que éste morirá de todos modos, pero reclama los derechos sobre Mowgli. Todos los conspiradores, menos diez lobos que aún permanecen leales al venerable Akela, se los reconocen. A pesar de que no tenga sangre de lobo, Akela defiende a Mowgli apelando a la hermandad que les une con él. Argumenta que ha compartido la caza y que ha respetado las leyes de la manada desde cachorro y opone que si él —Akela— todavía valiera algo, ofrecería su vida por Mowgli. Como no puede hacerlo, promete no luchar cuando le llegue la hora de la muer-

te. «Esto salvará tres vidas a la manada» —exclama Akela.

Deteniéndome un momento sobre este extremo último, me pregunto por qué Akela manifiesta que se salvarán concretamente tres vidas. Me pregunto por qué expresa una cifra concreta: otra vez el número tres. Sabiendo que me muevo ahora en el terreno meramente especulativo, ha de disculpar el lector que la referencia al número tres, puesto en relación con las tres vidas que Akela promete que se salvarán si renuncia a luchar, no me parezca casual. ¿Tres vidas? ¿Tres lobos? ¿Tres compañeros que pretenden matar a Hiram? ¿Está pensando Rudyard Kipling en la leyenda de Hiram o simplemente responde a una utilización inercial del número simbólico por excelencia en masonería? Como quiera que en ninguna parte del libro se refiere, expresamente, que Akela deba enfrentarse con «tres lobos» en el supuesto de que la manada exija su vida, carezco de derecho para ajustar mi ensayo con *El Libro de la Selva* en lo que afecta a este concreto pasaje. Todo lo cual no quiere decir que, desde una perspectiva general no podamos observar el paralelismo del maestro Hiram (Akela) enfrentado a la ignorancia que portan consigo los lobos conspicuos que quieren matarle. Tres.

Aunque no atendamos, en este caso, a una muerte física, se sucede la muerte metafórica del depuesto Akela. Se trata además de una muerte conspirativa, si consideramos el correlativo del relato que analizamos, suceso trágico que trastoca la inercia de la manada dejándola ingobernada e ingobernable. La logia está sin rey, Camelot sin venerable maestro, no hay maestro director de las obras del templo de Salomón. De pronto, nos adentramos en la parte menos bella del relato. Aquella

vida sabia y pacífica de la manada descrita por Kipling, contrapuesta a la errática vida de los Bander-Log, quiebra. Cada cual debe ir por su lado, el grupo se deshace, desaparece el Santo Grial del centro de la tabla redonda. Muchas logias corren este riesgo cuando no hay un sabio en el trono de Salomón. Entonces, el vacío ocupa lo construido y hemos de regresar al principio. En ocasiones, la logia debe regenerarse purificándose por el fuego. ¿Qué masón no sabe de lo que le hablo? ¿Qué profano no ha tenido que derruir algo para volver a levantarlo?

Cuando observa que Akela está indefenso, Mowgli se incorpora, prende fuego y se enfrenta a los conspiradores. Durante la noche, ha cultivado la flor roja — ¡qué bella expresión utiliza Kipling! — alimentando con ramitas secas la olla que ha cogido en el poblado. La noche anterior a su exaltación a maestro, Mowgli pasa velando la olla, vela las armas como un caballero artúrico. Deseo realizar un pequeño discurso esotérico sobre este aspecto. Hay veces que el paso siguiente aparece simbólicamente reflejado en un punto, o, por mejor explicarlo, creo que el punto simboliza realmente la puerta que ha de abrirse luego. El Big Bang, por ejemplo... ¿no era un punto abierto hacia el espacio creado después? La pequeña flor roja que Mowgli se lleva del poblado en la olla simboliza el fuego del amor sabio, el calor del conocimiento, tal es y no otro su simbolismo, pero cuando Mowgli la toma prestada aún es pequeña, no ha crecido, es una flor que no se alimenta a sí misma. Ha de velarla. Del mismo modo, el pentágono, poliedro de cinco lados, anuncia en su punto central el hexágono, es decir, la puerta que se abre hacia el siguiente paso. Siempre se trasciende desde la dimensión aparente-

mente inofensiva de un punto. La flor roja de Mowgli anuncia la purificación postrera del fuego más alimentado, el simbolismo del último grado, culmen del viaje esotérico simbólicamente reflejado en la iniciación de todo masón. Por tanto, cuando Mowgli se levanta e incendia el matorral, demuestra a la manada su poder y su sabiduría, pues es capaz de controlar el fuego. La llama simboliza su maestría y el calor de su corazón, enseña que es leal a la ley de la selva y también a Akela, su venerable maestro, todo lo cual es hermoso y merecedor de un nuevo paso simbólico.

Al realizar la acción y purificarse por el fuego, Mowgli se convierte en un iniciado. ¿Qué es un iniciado? En términos sintéticos, un iniciado es todo aquel a quien, por su naturaleza noble, por su espíritu, por las virtudes que le son reconocidas, se le transmite, a través de símbolos, una sabiduría que él mismo debe saber interpretar. No se trata de una transmisión directa, el tesoro no se entrega ya descubierto, simplemente se entregan las claves para encontrarlo, claves que, a su vez, han sido dadas a otros dentro de lo que representaría una tradición continuada. De esta manera, la interpretación simbólica se constituye en deber y en derecho del iniciado. Es un deber transmitido por la propia comunidad que le inicia, deber que consiste no solo en procurar comprender la verdad por vía simbólica, sino en preservar de su conocimiento a los que no son dignos de adquirirlo. El simbolismo se instrumenta como llave que abre y al mismo tiempo cierra el paso, puerta que discrimina y por tanto crea y recrea dos mundos separados. De ahí el derecho del iniciado a participar de un bello juego que debe ser vivido sin impaciencia, disfrutando el camino a cada paso, recreando, en la aventura,

una vida digna basada en la persecución de la sabiduría y el amor (fraternidad).

Si retrocedemos al día de los inocentes de mil novecientos noventa y seis, esto es, al momento posterior al último viaje alrededor del templo de la logia Hermes Amistad de Valladolid, veremos que yo aún permanecía con la venda puesta en los ojos. Tras ofrecirme la oportunidad de colaborar a la caridad de los necesitados con una limosna, el venerable maestro me espetó lo que sigue: «Todos los masones, antes de recibir la luz, han bebido del cáliz de la amargura ¿Consentís en hacerlo vos? Lo hice. Tras beberlo, el maestro de la logia razonó que la amargura simboliza la perdición a la que nos arrastran los vicios, la pena a la que está condenado todo aquel que conculca las leyes del amor. Luego, me conminó a seguir una senda en pos del loable servicio a mis semejantes. Cuando Mowgli sufrió el rechazo de los lobos de la manada, probó el cáliz de la amargura. Lloró y mereció ver la luz.

Tras una invocación dirigida por el venerable maestro al pueblo masónico, solicitando saber si yo merecía ver la luz, y tras contestar mis hermanos afirmativamente, el experto me retiró la venda de los ojos. De pronto, aparecieron aquellos primeros hermanos que me abrieron las puertas del templo y de su corazón. Portaban una espada en su mano izquierda, símbolo de la disposición a ayudarme. Estaban muy elegantes, decorados masónicamente, con traje oscuro, camisa blanca y corbata, así como con el mandil del rito escocés antiguo y aceptado, y guantes blancos. Los aprendices y compañeros llevaban mandil de color blanco. La atmósfera estaba presidida por un silencio precioso, nada se movía. Ni los objetos ni las personas. Esta imagen permanece

fija en mi memoria, y, desde este estatismo suyo, predica a su vez la impronta de un cálido recibimiento realizado en un lugar apartado del ritmo normal de la vida humana, estatismo que quizás, por otra parte, represente también la detención del tiempo profano, la inmersión en la dulce aventura que me esperaba a partir de entonces.

La vida masónica de este aprendiz se inició con esa imagen y luego con su reverso. A preguntas del venerable maestro, respondí que no había nadie allí con quien estuviera enemistado, con lo que, en principio, se hacía innecesario el compromiso de abrazarme a cualquier hermano con quien en ese momento sostuviera un enfrentamiento profano. Sin embargo, el maestro de la logia me hizo saber que detrás de mí había alguien que él sabía que era mi enemigo principal. A seguido, me exigió que debería estar dispuesto a resolver mis problemas con él si quería proseguir mi iniciación. La incertidumbre me corroía por dentro. Daba vueltas a las posibles personas con quienes en ese momento de mi vida pudiera sostener algún tipo de profunda controversia, pero no hallaba a nadie.

El venerable maestro me sugirió que me diera la vuelta para descubrir a mi enemigo. Giré ciento ochenta grados, y me encontré con mi imagen reflejada en un espejo triangular sostenido por el hermano experto. El simbolismo lograba expresar con nitidez que no hay peor enemigo que uno mismo. Era el mismo espejo que estaba en la cámara de reflexiones, y, al igual que sucediera una hora y media antes, encaraba mi reflejo en el occidente del templo, junto a la puerta, lugar simbólico de la oscuridad y de la ignorancia. Allí, junto a la oscuridad, es donde estaba mi enemigo. Mi lado oscuro

surgió a la luz, esa sombra mía se iluminó para que yo mismo la tuviera presente en mi andadura masónica a partir de entonces. Mi aventura iniciática pasa por matar el lado más tenebroso que tengo. Solo anulamos nuestro lado negativo cuando amamos. El amor es la ley universal que cualquier religión, creencia o elevación espiritual, exige a un adepto: el amor a los demás y en cualquier circunstancia. También en la actuación civil, social y política, por supuesto.

Mirando al espejo triangular que Julio sostenía, de frente, acechándome, tenía a alguien que ya nos es muy familiar tras el decurso del presente ensayo, alguien que, simbólicamente, también entra en juego en *El Libro de la Selva*. De pronto, surgiendo de la espesura de la selva, silencioso y retador, con una mirada profunda e inesquivable, pues esquivarla significaría tanto como entregarte enteramente a la muerte, alzado, de pronto, con la majestad de un príncipe diabólico, capaz de imprimir miedo a quien no se sostuviera firme por sus actos precedentes, apareció Shere Kan reclamando mi entrega a la manada. Pero la logia no tenía pensado entregar a un recién iniciado, a quien aún le correspondía el derecho al aprendizaje.

Shere Kan habita dentro de nosotros. El vasto dominio de nuestro espíritu es la selva por donde campa, habita la espesura donde no es visto, silente enemigo, capaz de iluminar las sombras cuando le interesa inclinarnos hacia el abismo que éstas representan, infatigable conspirador que, dentro de cada alma, reclama adeptos para el ejército del mal, con militancia donde encuentran acomodo los ignorantes, los fanáticos y todos los dogmáticos que en el mundo han sido. La labor iniciática a la que un masón profesa su andadura desde

el comienzo —como la profesaron también los albañiles constructores de catedrales— no es otra entonces ni se relaciona con mejor cosa que con el pulido de la piedra bruta que todo obrero afronta. Pulido que conlleva limar aristas, construir la piedra cúbica, presta a ensamblarse con los demás hermanos de la logia, faena individual pero socializada dentro del grupo.

El recorrido de Mowgli tiene el mismo fin iniciático de enfrentamiento con el mal, destino que aparece desde el inicio del relato y constituye la trama del mismo si pensamos que Shere Kan está presente siempre, y que constantemente reclama su derecho sobre Mowgli. La relación de Mowgli con Shere Kan atraviesa, no obstante, diversas fases. Estas van desde la completa ignorancia de la presencia de Shere Kan —cuando Mowgli aún es un cachorro—, al conocimiento inconsciente —cuando Mowgli subestima la figura del tigre—; desde el conocimiento protegido —cuando los maestros de la manada le prestan defensa—, al enfrentamiento, aún no definitivo, que se produce cuando Mowgli madura a la condición de maestro y debe defender al propio Akela de la veleidad de los lobos conspicuos. En ese momento en que Mowgli asume por propia cuenta la defensa de los valores sagrados que le han sido transmitidos, se enfrenta a Shere Kan y le quema la barbilla con la flor roja. Le hace saber su condición de hombre, capaz de manejar el fuego y, por tanto, de atentar contra su vida. Pone orden en el desconcierto y ordena la libertad de Akela. Dice que él se va, pero que volverá a la Gran Roca del Consejo con la piel del tigre. El maestro masón aún debe trazar el círculo perfecto para poder ser entronizado como Rey Salomón, pero de esto, a pesar de

anunciarlo ya el propio Mowgli, hablaremos en el próximo capítulo.

*Depuesto Akela y destronado,  
caído el ejemplo del rey Arturo,  
corona no queda, ni ya reinado.  
El grial perdido por anchos mundos,  
espera caer en otras manos,  
y espera dar a un rey desnudo  
la sangre del lobo civilizado.  
Mowgli, se ha marchado buscando el rumbo.*

*Shere — Kan le sigue, le huele el rastro,  
mas es ignorante y no tiene alma.  
Brama, el buey, y los toros, están al paso.*

*El venerable Mowgli entronizado,  
una piel de tigre al fin reclama,  
mandil respetable del iniciado.*

## VII. PLANCHA DE QUITE, REGRESO Y ENTRONIZACIÓN DE MOWGLI

### EL REY SALOMÓN

Hay un momento en la vida de toda logia que no suele ser celebrado. Me refiero a la «plancha de quite», escrito trazado por aquel masón que desea abandonar la Masonería y pasar, por tanto, a la vida profana. A pesar de lo que algunas lenguas malintencionadas sostienen, la Masonería deviene institución libérrima que, por consecuencia, no pone impedimento alguno a la marcha de un hermano, el cual, por tanto, puede hacerlo sin justificación alguna o razonándolo —si lo prefiere— mediante la presentación de la referida «plancha de quite». Comprenderá el lector que la libertad del masón que decide «irse a sueños» —así expresamos los masones la partida de un hermano a la sociedad profana— no empaña la tristeza de una despedida que, como es lógico, contiene elementos emocionales intensos. La vida masónica no se desarrolla como la de un club social. Basta-

ría releer las palabras de Kipling en relación a su logia-madre para comprenderlo. Por el contrario, la vida en logia responde a la práctica de una metódica y ritualizada, aunque no por ello menos espontánea fraternidad, donde las emociones tienen más importancia que las razones. Esto es lógico si se piensa que la Masonería pone la razón al servicio de un objetivo tan amoroso como la fraternidad universal. Una logia es un pequeño laboratorio que ensaya la fraternidad, de ahí que la ruptura de la convivencia constituya, esencialmente, un momento de fracaso y de tristeza, vivido, no obstante, desde la aceptación de la libertad del hermano.

De todos los hermanos en sueños a los que he visto presentar su plancha de quite, solo ha regresado uno. El hermano Constantino, mi segundo vigilante (Balloo), mi maestro instructor en la logia Hermes Amistad de Valladolid, se marchó al cabo de unos años de mi iniciación. Presentó una plancha de quite verbal. Recuerdo que lloró y recuerdo que adujo motivos profanos, ajenos a la Masonería, que le impedían seguir en la Orden. Pero pasado un tiempo, tal y como había prometido, volvió. El amor de Constantino hacia la Masonería ha superado cualquier problema que el mundo profano haya podido plantearle. Aunque por otros motivos, su pasión se asemeja bastante a la que tiene que vivir Mowgli cuando abandona la manada. Tanto Mowgli como Constantino, no obstante, regresarán a la logia.

Ambos prometen volver. Mowgli se siente rechazado por gran parte de la manada. Debido a la posición debilitada de Akela, así como al desgobierno por el que atraviesa la propia manada, decide, porque no le queda más remedio, regresar a su mundo, un mundo —el humano— que, por otra parte, aunque sea el de su san-

gre, no conoce ni le es afín en costumbres ni en leyes. A lo largo de mi vida como masón, he visto despedidas de hermanos que se sentían tan decepcionados con la Masonería como Mowgli lo estaba con la manada. Bien porque no encontraron lo que buscaban, bien porque llegamos a decepcionarlos, o bien, los muy excepcionales, porque tenían una concepción tan sumamente idealizada de la Masonería que no podían aceptar una realidad más rebajada. Y sin embargo —es curioso— soy de los que sigue creyendo y percibe que la Masonería resulta una aventura extraordinaria, mágica y telúrica, interesante filosóficamente, trasunto de un universo simbólico que, sin embargo, tenemos que saber interpretar. He conocido masones prácticos y masones idealistas, masones que se conforman con las primeras capas simbólicas, y masones que, sin importarnos el paso de los años y sin que necesitemos tocar algún tipo de fondo, estamos en constante profundización en el estudio de los símbolos. Cualquier posición es válida si somos coherentes y nos mostramos tolerantes con las posturas de los demás.

Mowgli abandona la selva, pero promete volver con la piel de Shere Kan, siendo, a partir de este momento, cuando nuestro iniciado toma consciencia y acepta el reto que da sentido a su vida legendaria. La trama del relato adquiere la senda que debe llevar a su final. No importa que la misma dependa de la voluntad del escritor, arquitecto literario o Dios menor del que a su vez depende la vida del propio Mowgli. Efectivamente, no importa que una leyenda se fragüe desde la voluntad de quien la escribe. Lo que verdaderamente importa es que lo que se cuenta oriente a los hombres por el buen camino. Vamos de la mano de Kipling leyendo y rele-

yendo un relato que, a medida que avanza, toma cuerpo para definitivamente elevar a Mowgli a la categoría del héroe que mata a Shere Kan y puede volver a la Gran Roca del Consejo con la maestría, ya ganada, de un venerable maestro; esto es, con la categoría de un rey, de un jefe sabio. Pero antes de eso, Mowgli presenta su «plancha de quite», expresa las razones de su marcha con entera libertad, reprocha y no consiente que no se iguale su sangre con la de la manada, pues a todos les ha tratado como a hermanos, ha cazado con ellos y ha respetado la ley de la selva. Les llama perros, profana su nombre, por tanto, e impone la autoridad de una ley ajena a la selva, el fuego, que es una ley humana. Con todo el dolor del corazón, afronta un nuevo destino.

El relato da un giro de ciento ochenta grados a partir del momento en que Mowgli corre hasta el poblado sin detenerse. Kipling describe el lugar como una enorme llanura abierta en donde la Selva, formando un talud de paredes vegetales, acaba. El poblado irrumpe apacible en la imaginación del lector. La explanada predica la inexistencia de barreras, la dulce mansedumbre del río Waigunga invita a la paz, y los pastos, salpicados por rocas a modo de pequeños islotes, recrean un escenario bucólico. Todo parece idílico pero, tras la belleza descrita por Kipling, asistimos a la estupefacción de Mowgli, quien, descubierto por los niños del poblado que acompañan al ganado, huyen de él por miedo; luego, cuando entra en la única calle del poblado y se encuentra con un lugareño, comprueba que este huye sin preocuparse por darle de comer, comportamiento mal educado y equivalente al de los monos de la Selva, que Mowgli no acepta. Mowgli no regresa a un lugar mejor

que aquel del que proviene. Desde el primer momento, juzga lo que ve y no le gusta, pero debe aceptar su destino.

El sacerdote le pone al recaudo de una viuda rica que perdió a su hijo en la selva, y, a partir de entonces, Mowgli deberá iniciarse en el aprendizaje del lenguaje humano. Como quiera que desde cachorro se ha dedicado a aprender el lenguaje de todos los pueblos de la selva, no le será de gran dificultad hacerlo, si bien no puedo dejar de pasar por alto —aunque ya se ha reflejado en pasajes anteriores de este mismo ensayo— el paralelismo existente entre el aprendizaje de un iniciado masón y el propio que observamos cuando leemos el bello relato *El Libro de la Selva*. Efectivamente, el aprendiz masón ha de instruirse primeramente en la gramática como primer arte que conduce a la sabiduría. Sin lenguaje no hay pensamiento interno, y éste, por otra parte —el pensamiento, digo—, tampoco es posible socializarlo con los demás sin el lenguaje. Las letras y las palabras son los ladrillos con los que construimos nuestros razonamientos. También los instrumentos con los que los demás nos trasladan los suyos. En masonería se ha desarrollado un lenguaje esotérico que proyecta el significado masónico tanto de las letras como de las palabras, aquel que muestra un significado espiritual; de ahí que el iniciado masón deba ejercitarse en este primer aprendizaje de la Gramática, como Mowgli, cuando llega el poblado. Luego tras el aprendizaje del lenguaje, el aprendiz podrá ensamblar la Lógica de su razonamiento interior para, finalmente, y por medio de la Retórica —una vez superado el periodo en que debe permanecer sometido a la ley del silencio— compartir con sus hermanos sus conquistas espirituales.

Mowgli no se aclimata fácilmente a la vida humana. No soporta la cabaña, pues le parece una trampa; no soporta la tela que le cubre el cuerpo, pues constriñe su libertad, pero, en cambio, se da cuenta de que, comparado con la gente del poblado, tiene mucha fuerza. En comparación con los animales de la selva, es evidente que no tiene esa fuerza que ahora admiran los hombres, pero sí la tiene en comparación con las gentes del poblado. Es capaz de arrastrar un burro por la cola y, por ello, ayuda al alfarero, hombre de casta inferior, a colocar las cosas en los lomos del burro. Mowgli no comprende las costumbres del poblado. En algunos casos, como arar la tierra por ejemplo, las juzga en inútiles; en otros casos las nota incomprensibles: el dinero; en otros, injustas, como la diferencia de castas y la imposibilidad de acudir en ayuda de alguien inferior; le molestan los niños pequeños del poblado y le ponen furioso, pero sabe dominarse porque en la selva ha aprendido la virtud de la paciencia.

Cuando, por fin, el sacerdote le encarga trabajos, ha pasado la fase de iniciación como humano. Lleg a un momento en que Mowgli puede pasar de grado, se le eleva su salario y se le asigna el cuidado del ganado. El pase de grado, por otra parte, comporta el derecho a acudir a la tertulia nocturna que se celebra todos los días, a la cual acuden los trabajadores del poblado. El pasaje que describe la tertulia a la que acude Mowgli, no puede pasarnos inadvertido porque, de la descripción realizada por Kipling, nos damos cuenta de que el acto de la tertulia responde y tiene la completa naturaleza de un acto ritual, es decir, sometido a determinada formalidad o protocolo. Es un acto importante por solemne.

Rudyard Kipling — hombre iniciado y, por tanto, con gusto por el ritual —, enfoca este momento como uno de los importantes del día. Los hombres fuman pipas de agua, descansan tras las duras tareas y se transmiten, mediante la charla, los conocimientos tradicionales de la tribu, los que de alguna manera les permiten sobrevivir. Algo parecido a lo que sucede en la Gran Roca del Consejo. Los monos se sientan a hablar en las ramas más altas. Kipling les incluye como partícipes, si bien haciendo notar que simplemente emulan lo que hacen los hombres (otra vez, nos reporta sutilmente el reflejo de los Bander Log). Abajo charlan, entre otros, el jefe de la aldea, el barbero, el vigilante, y el cazador Buldeo. Los más viejos se sientan alrededor del árbol y cuentan historias maravillosas sobre dioses, hombres y fantasmas, convirtiéndose estas historias en el elemento vehicular para la transmisión del conocimiento. Hay un paralelismo claro entre lo que sucede en la selva y lo que sucede en el poblado, por cuanto, en ambos ámbitos, se hace necesaria la transmisión del conocimiento y en ambos existe una jerarquía dominante, así como un escenario apropiado para reunirse. Si en la selva es la Gran Roca del Consejo, en el poblado es el árbol. A su alrededor se ubican primero, y en círculo, los más viejos, lo cual, en el imaginario masónico del escritor, no equivale a otra cosa distinta que a los maestros. Kipling magnifica la belleza de los relatos que se cuentan en la tertulia del poblado explicando que hasta a los niños que están «fuera del círculo» se les salen los ojos de las órbitas cuando los escuchan. No deja de ser significativo que mientras los niños del poblado asisten a la tertulia desde fuera del círculo, en la Gran Roca del Consejo, sin embargo, los lobeznos estén dentro de él. La impor-

tancia de estar dentro o fuera del círculo resulta capital si lo analizamos desde un punto de vista esotérico, pues la sabiduría está dentro de la circunferencia, superficie que describe lo eterno, la conciencia, el cielo.

El círculo aparece otra vez, por tanto, como un elemento descriptivo que recuerda varios de los momentos de la tenida masónica ya analizados a lo largo del ensayo —la cadena de unión, el trazado del círculo con el compás que realiza el maestro, la propia circulación en logia etcétera...—; es decir, sin perjuicio de lo mencionado antes en relación a los niños situados fuera, la puesta en escena de la tertulia del poblado, realizando el círculo dentro de un momento especialmente fraterno del día, al abrigo de la noche, cuando las tareas se han acabado, implica la importancia que Kipling le da a la formalidad ritual como elemento de ordenación de la vida en sociedad, importancia que, dados sus antecedentes masónicos, solo puede tener una procedencia. Y en el ritual que describe Kipling para la tertulia del poblado, se aporta también un elemento religioso de carácter sagrado. Me refiero a que, antes de proceder a la charla, se alimenta a la cobra sagrada con un cuenco de leche. Lo sagrado se une a lo social, al poblado, como estructura social básica. El ritual se aglutina en torno al sacerdote y a lo sagrado, pero también en torno al jefe político, a la vida local y a su ordenamiento. Como masón, me siento plenamente identificado con la proposición de una forma ritual tan bella, vertebrada en torno al escenario telúrico de la noche, en torno al árbol central, que opera como una especie de elemento totémico, en torno a la cobra sagrada, y, finalmente, en torno a la disposición circular de los hombres del poblado.

Sin embargo, la belleza del ritual de la tertulia nocturna se empobrece por las historias que cuenta Buldeo, el cazador. La introducción del personaje en el relato nos hace ver cómo afecta la incapacidad de controlar la mentira en el proceso ritual, es decir, nos advierte de uno de los peligros esenciales que trae la utilización del lenguaje. Desde que se descubrió el lenguaje, la mentira es la perversión en la que puede caer el hombre, pero el ritual debe tener herramientas para controlarla. Normalmente, cuando sus reglas son verdaderamente eficaces, el ritual está pensado de tal modo que es difícil la introducción de la falsedad. Todo ritual tiene dos funciones esenciales: evitar la introducción de elementos personales perjudiciales para el grupo —la mentira por ejemplo—, y establecer un orden social. Lo que hace que Mowgli desprecie la tertulia nocturna del poblado no es su falta de belleza, sino la permisividad en la introducción de la mentira a través de los fantasiosos relatos del cazador Buldeo, que todos se creen. Buldeo relata que Shere Kan se quedó cojo porque, tras devorar a un viejo prestamista cojo, el espíritu del hombre pasó a formar parte del tigre, pero Mowgli, que sabe que Shere Kan nació cojo, se da cuenta de la falsedad. La mentira rompe la belleza del ritual y Mowgli estalla en justificada indignación inquiriendo al grupo: «¿Todas vuestras historias son tan enmarañadas? Ese tigre cojea porque nació cojo, como todo el mundo sabe. Decir que el alma de un prestamista se ha metido dentro de una fiera que siempre ha tenido menos valor que un chacal es decir niñerías. Llevo aquí toda la noche escuchando y Buldeo no ha dicho ni una sola palabra verdadera sobre la puerta que tiene delante [Mowgli se refiere a la que accede a la selva; aparece la puerta otra vez como ele-

mento separador de dos mundos]. ¿Cómo, entonces, voy a creer las historias de fantasmas, dioses y duendes que dice haber visto?».

En este concreto momento del relato, asistimos al planteamiento de un tema interesantísimo del que Rudyard Kipling no es ajeno y al que concede importancia. Me refiero a la distinción entre mito y superchería como punto de inflexión a partir del cual poder distinguir la naturaleza de una determinada sociedad. Si comparamos el mito de Hiram, al que hemos aludido en pasajes anteriores de este ensayo, con las supercherías o las falsedades introducidas por el cazador Buldeo, nos daremos cuenta de la enorme y diferente trascendencia que tanto el mito como las falsedades tienen al construir las relaciones sociales que nacen de la práctica de un ritual concreto. El ritual introduce el conocimiento de experiencia (la tradición) con el fin de enseñar lo esencial a la comunidad, lo que afecta a su supervivencia. Al mismo tiempo, se establecen normas de comportamiento adecuadas al grupo, es decir, aquellas que faciliten la vida social. Si alguno de los mecanismos que introducen el conocimiento no filtra la falsedad, se perverte la finalidad del propio ritual. De ahí que los rituales más eficaces sean los que impiden la introducción de elementos personalísimos. Cuanto más personal es la referencia, más fácil es introducir una falsedad.

A pesar de su belleza, el ritual de la tertulia nocturna del poblado permite que uno de los miembros de la sociedad —en este caso el cazador Buldeo— introduzca sus propias historias personales, las cuales, además de ser suyas y no responder, por tanto, a una experiencia grupal, no se fiscalizan. Son falsas, no existiendo, por lo demás, como digo, instrumentos de control para saber

si dichas historias son ciertas. El ritual de la tertulia, en el que, a través del barbero, se vierten incluso los cotilleos del poblado, perjudica a la comunidad. Ésta carece de una idea correcta de cómo es la selva y cómo se comporta el Pueblo Libre. De ahí que, partiendo de las falsedades vertidas cada noche en la tertulia por Buldeo, la gente del poblado sienta miedo y, por consecuencia, ordene toda su conducta en función del miedo. Esto explica, por ejemplo, que cuando Mowgli irrumpe por primera vez en el poblado el hombre que lo ve huya despavorido en busca del sacerdote, cosa que no hubiera sucedido de haber tenido una referencia exacta del comportamiento del Pueblo Libre.

Se podría argumentar en contrario (cómo se nota que soy abogado en ejercicio y que, por tanto, sé hacer de letrado del diablo) que el mito de Hiram tampoco responde o que no es seguro que responda del todo a la verdad; se podría argumentar, incluso, que probablemente responde a una invención algo exagerada. No le faltará razón al lector que así piense, pero en este caso —ya lo hemos explicado en anteriores páginas—, la introducción del mito obedece a una decisión grupal, no individual (como en el caso del cazador del poblado), la cual es introducida en el ritual, además, con la finalidad de establecer un comportamiento ideal, en modo alguno perverso. La leyenda de Hiram tiene una finalidad propiamente pedagógica. Enseña que el fin social es más importante que el individuo y que la sociedad pervive manteniendo cierta jerarquía en el acceso al conocimiento. Sin perjuicio de la bondad de este pensamiento, su verosimilitud permite que la leyenda pueda ser utilizada, pues todo hombre puede comportarse como Hiram y todo comportamiento como el de Hiram

será beneficioso para la sociedad. Las leyendas de Buldeo, sin embargo, no responden a este parámetro. Con independencia de que son suyas —es decir, elementos autoreferenciales no comprobados empíricamente—, son falsas, y, por lo demás, nada ejemplarizantes, exponentes de una realidad mendaz que provoca confusión y miedo en el seno del poblado. Quizás Buldeo esté interesado en apartar a la gente del poblado de las cercanías de la selva, pues, agrandando la gloria de Shere Kan, solo él puede cazarlo un día y cobrarse las cien rupias de recompensa que ofrecen por él (tiene un motivo egoísta para mentir).

El ritual de la Gran Roca del Consejo que practica la manada, por su parte, se antoja más serio y riguroso que el del poblado. No existen historias referenciales personalísimas que puedan ser introducidas por ningún miembro de la manada sin el control previo de los lobos veteranos. El diálogo entre Akela, y los miembros de la manada se desarrolla como el que se practica en una tenida masónica cualquiera. Todos los miembros hablan triangulando, es decir, se dirigen al jefe de la manada o al venerable maestro —según cada caso— evitando confrontarse con otro miembro de la manada o de la logia. Esto dulcifica la tensión existente, que finalmente se administra por el venerable maestro o por el jefe de la manada acudiendo a las leyes tradicionales, leyes que, por otra parte, provienen de la experiencia común del grupo.

Resulta ejemplarizante ver cómo Kipling consigue hacernos ver la importancia de esto en un solo párrafo —largo, eso sí—. De modo muy sintético, logra que nos demos cuenta de la inutilidad de una reunión que no sirve para transmitir la verdad. ¿Qué podemos esperar

si todas las energías que ponemos en un propósito no valen para alcanzar algo tan sagrado como la verdad? ¿De qué vale la sacralización que la tertulia del poblado persigue, alimentando a una cobra sagrada, si, al final, la forma no puede canalizar un propósito digno? Mowgli demuestra sabiduría al rechazar la tertulia del poblado, y aunque se muestra un tanto altivo hablando por el hombro a los demás hombres, sabe que lleva razón. Durante muchos años, la manada gobernada por Akela le ha instruido lo suficiente como para distinguir lo bueno de lo malo. A fin de cuentas, su experiencia con los monos le sirvió para aprender que estos emulaban costumbres ajenas sin un propósito y que, por tanto, aquello era poco más o menos que un desgobierno, una sociedad anárquica. Kipling nos deja esta enseñanza en el relato. No lo hace como yo, es decir, no lo razona, no parte de un discurso intelectual —algo probablemente mucho más fácil—, sino que logra dejar la enseñanza entremetida en el argumento, escrita entre líneas. El lector lo aprende y, con el tiempo, lo aprehende.

A partir del día en el que se hace merecedor de participar en la tertulia, Mowgli guiará y cuidará del rebaño de búfalos y lo guiará a los pastos. A medida que el final del libro se acerca, encontramos elementos del inicio que no pueden pasarnos desapercibidos [el inicio y el fin son lo mismo en todo viaje iniciático]. Sabemos que Mowgli debe la vida a un toro muerto cazado por Bagheera, el cual fue ofrecido por ésta a cambio de que Mowgli permaneciera en la manada. Pues bien, al final del relato, Mowgli toma contacto con los búfalos, más concretamente con Rama, jefe de la manada, de manera que, al final, asistimos a un renacimiento simbólico de

aquel toro muerto, el cual, de nuevo, ahora vivo, servirá a Mowgli para sobrevivir frente a Shere Kan. Por otra parte, se mantiene viva la figura del tigre, cazador implacable de la selva que nunca ha desaparecido. Acecha a Mowgli para matarlo. También advertimos la presencia del cazador del poblado, personaje ignorante y burdo que se corresponde con los cazadores del inicio, que descuidan a Mowgli y huyen dejándolo a merced del acontecimiento.

La acción final del relato y la consecuente entronización de Mowgli como rey Salomón se desarrolla en los pastos. Estos representan una zona intermedia entre la selva y el poblado, se trata de un lugar de transición que no pertenece ni a un lado ni a otro. A veces, los animales matan niños cuando estos se distraen o se apartan del refugio del propio rebaño; en otras ocasiones, los hombres que se acercan demasiado a la selva son atacados por los animales. Rudyard Kipling describe este lugar como un intermedio. Lo describe entre llano y selvático, con rugosidades y rocas salpicadas, con zonas arbóreas y zonas lisas donde los pastores reposan o hacen collares de nueces de la India. Es ésta una zona de nadie, tierra fronteriza donde Mowgli pasa el tiempo pastoreando, ayudado al tiempo por lobo Gris, un hermano de la manada. Este lobo permanece apostado en un punto concreto, previamente concertado con Mowgli. Con su quietud simboliza a Mowgli desde la lejanía que aún no ha recibido noticias del paradero de Shere Kan y que Mowgli puede estar tranquilo. Al igual que el hermano guardatemplo exterior de una logia, lobo Gris custodia el área, y lo hace, además, desde un punto que constituye la exacta delimitación entre la selva y el poblado. Guardatemplo externo, por

tanto, de esta logia fabulada, es fiel a Mowgli y a la ley de la selva, al Santo Grial perdido. Los días pasan con el lento transcurrir del pastoreo y Kipling nos hace ver que Mowgli sueña allí con sus días de la Selva.

No resisto la tentación de recrear la figura del «hermano en sueños» con que comencé el presente capítulo, porque, efectivamente, Mowgli se nos presenta en este pasaje de la obra como alguien que evoca su vida anterior a la plancha de quite. Aunque Mowgli no se fue voluntariamente, ya que su decisión vino motivada, en parte, por los lobos que conspiraron contra Akela, parece más que evidente, ahora, en este otro momento crítico, su decepción con respecto al mundo de los hombres y el deseo de regresar a la selva. A mi juicio esto refleja el ánimo crítico de Kipling con respecto a la sociedad en la que vive y, por condicionamiento reflejo, su mayor vinculación con la logia masónica, de la que también forma parte y de la que la manada de Seoanne es expresión metafórica.

*El Libro de la Selva* critica abiertamente el comportamiento en sociedad. Kipling deja entrever que echa de menos una sociedad mejor organizada y con un propósito común, regida por leyes provenientes de la sabiduría tradicional; desea una sociedad en la que el dinero no constituya el fin esencial de los hombres —de ahí que Mowgli no comprenda el dinero—; no aprueba los cotilleos —los recrimina cuando indica que el barbero es el que conoce todos los chismes del poblado y los revela en la tertulia—; y reniega de la superchería y de la mentira, lo que evidencia su lealtad y capacidad de compromiso con los demás. Al llegar al final del relato, Kipling, a través de Mowgli, ejemplifica el «deber ser» social, pone un punto de atención crítico frente a la so-

ciudad que a él le lee. Como quiera que domina el lenguaje y conoce el poder de lo mitológico, recrea sus enseñanzas a través de animales y de un ser que, por su mixtura infrecuente de lobo y humano, alcanzará la grandeza de un ser legendario.

A orillas del Waigunga, mientras lobo gris vigila desde una roca y los milanos sobrevuelan la zona, Mowgli sueña con la selva. Los búfalos pasan el día revolcándose en el barro, donde hunden sus cabezas hasta que el sol declina. La pereza se instala entonces en la acción y el tiempo parece sedimentarse ahí para siempre, parecemos detenidos por el ritmo lentísimo del relato, absorbidos por los sueños evocadores de Mowgli, deseoso de retornar a la selva. Parece que la historia no se va a consumir nunca. Un día, sin embargo, hermano Gris anuncia que Shere Kan ha venido y que está dispuesto a matar a Mowgli por la noche, a la entrada del poblado, justo cuando regrese con los búfalos. El momento crucial del relato se aproxima, pero también el sentido de la aventura iniciática de Mowgli, que debe matar a Shere Kan para volver a la selva moralmente legitimado. Shere Kan representa el mal y ha sido el causante de que la manada se divida, de ahí que Mowgli deba regresar a la Gran Roca del Consejo con la piel de Shere Kan, símbolo de que el bien ha ganado al mal y de que, por tanto, los lobos conspicuos estaban equivocados. Matar a Shere Kan es la última prueba que Mowgli tiene que pasar. Aunque no se relacione ritualmente con ninguna prueba o ceremonia masónica que yo conozca, sí lo está, en cambio, y muy estrechamente, el plan que Mowgli urde para conseguir su objetivo. Mowgli, ya maestro, debe merecer el trono del rey Salomón y debe hacerlo ritualmente, es decir, mediante el desarrollo del

simbolismo propio del maestro. Los maestros masones se sirven del compás, de manera que el lector puede imaginar qué tipo de acción deberá acometer Mowgli para mostrar su sabiduría. **Eso es: un círculo.**

El maestro masón abre el compás, mide la distancia correcta, calcula sus posibilidades de actuación ante un problema concreto (diámetro) y traza el círculo. El círculo es la figura geométrica perfecta, representativa no solo de la maestría, sino de la eternidad, de la unión del principio con el fin, de la conciencia, del Cielo. Representa el broche con que se cierra el camino iniciático, la igualdad de los contrarios resolviendo su tensión dialéctica en la unidad (Dios). Por Tabaqui, hermano Gris llega a saber que Shere Kan ha comido y ha bebido y que descansa, escondido, a un kilómetro. Allí espera el regreso de Mowgli al poblado. Comer y beber ha sido su error. La ignorancia de Shere Kan no puede sobreponerse a la sabiduría de un maestro que sabe que debe aprovechar la digestión pesada de Shere Kan. Se servirá del rebaño, de Akela, y de hermano Gris. Urde un plan justo y perfecto que no puede fallar. Ya se ha comentado que toda acción que acometemos requiere sabiduría, fuerza y belleza. El maestro Mowgli se ha dado cuenta de que la selva cae como un talud sobre la llanura y de que las paredes son muy altas para ser salvadas por un tigre recién comido y bebido. Por otra parte, sabe que debe bloquear la única salida posible que, al fondo de la llanura, tendría Shere Kan frente a una estampida de los búfalos. Decide entonces separar el rebaño dejando a las vacas en la embocadura, labor para la que pide la colaboración de sus hermanos Akela y lobo Gris, que diestramente ejecutan la acción. Por otra parte, montado sobre Rama, Mowgli guía a los búfalos hasta la altu-

ra de la hondonada desde donde se abalanzarán en estampida sobre Shere Kan. Mowgli *decide mover el rebaño en círculo* porque se da cuenta de que, de esa manera, Shere Kan no olerá a los búfalos. Traza el círculo con el compás del maestro. Todo sale bien tras la ejecución del círculo, y Shere Kan, símbolo del mal, sucumbe bajo la estampida. Tiene tres metros de longitud. Tres metros, número simbólico en masonería. La dualidad Mowgli-Shere Kan se resuelve en el tres, en el ternario, que masónicamente simboliza el retorno a la unidad.

Mowgli, insisto, ejecuta el círculo para realizar su acción. Lo que estaba al principio vuelve al fin. Kipling abrocha el relato con la perfección propia de un maestro masón. Al principio del relato, madre-loba anuncia que Mowgli matará a Shere Kan y así sucede. Mowgli es aceptado en la manada gracias a la vida de un toro matado por Bagheera y es un toro —Rama, concretamente— el que conduce la estampida en contra de Shere Kan. Nuestro Mowgli ha llegado a este momento de maestría porque siempre ha respetado la ley de la selva. Y la ley de la Selva le exigía que no podía matar nunca un toro, pues un toro le había permitido vivir a él. El mantenimiento del compromiso por parte de Mowgli a lo largo de toda su vida, le legitima para solicitar finalmente la ayuda de los toros, y estos, de nuevo, del mismo modo a como hicieron al principio (aunque ahora de modo consciente) ayudan a Mowgli. La muerte de Shere Kan venga la muerte del toro del inicio del libro. Se trata de una legitimación de la muerte para la vida de un Rey, se trata de reinstaurar la ley de la Selva por encima del desorden producido por la acción de Shere Kan.

Shere Kan nunca respetó la ley de la selva estando vivo. Simplemente era temido por su fiera, pero todos sabían que provocaba problemas. Al principio del relato, Kipling nos refiere los problemas ordinarios que el tigre provocaba al Pueblo Libre: cazaba sin permiso o donde no debía, mataba a hombres dentro de la selva, algo que los animales nunca realizaban para evitar el regreso de los demás hombres y el consecuente incendio de partes importantes de la selva. Quizás todos esos comportamientos fueron tolerables en alguna medida en momento dado. No lo fue, sin embargo, dividir a la manada provocando la deposición injustificada de Akela y el posterior desgobierno, sacrificio absurdo e imprudente de un bien superior. La manada demostró sabiduría, porque al educar a Mowgli, al confiar en su inocencia, cultivó la protección futura de la propia manada. El cachorro hecho hombre alcanzó la sabiduría primordial —es decir, la tradición que toda sociedad debe mantener—, comprendió luego el amor a la tradición y a los hermanos por encima de su propia vida y, finalmente, aceptó su destino como miembro adulto ya instruido; esto es, aceptó el sacrificio por los demás, incluso, llegado el caso, por encima de la propia vida. Shere Kan, en cambio, debe morir porque nunca comprendió lo primordial. Su vida arrastró el lastre constante del egoísmo hasta un punto en que no pudo subsistir sin riesgo para la sociedad que conformaba el Pueblo Libre.

La muerte de Shere Kan significa la resurrección del Pueblo Libre, pero de la victoria de Mowgli sobre Shere Kan podemos extraer la consecuencia clara de la ventaja de lo grupal sobre lo individual, pensamiento que justifica, por tanto, la socialización de toda acción hu-

mana, incluyendo en ella, por supuesto, la acción simbólica y ritual que la Masonería desarrolla entre sus miembros. Mowgli no hubiera podido vencer a Shere Kan sin el apoyo de la manada. De facto, la acción más resolutive del relato se desarrolla, precisamente, por la combinación de acciones de orden asociativo sumamente especializadas. La capacidad de análisis de Mowgli para elaborar un plan, precisa de la capacidad de los lobos para conducir y separar el ganado y de la fuerza de los toros para huir en estampida. El círculo se cierra en torno a Shere Kan y el principio —la inocencia de un cachorro, semilla, germen, aprendiz— se une con el final —el hombre que alcanza la maestría— gracias a un camino intermedio, en cuya virtud, Mowgli ha aprovechado un aprendizaje que alguien le ha transmitido.

Una vez que Shere Kan muere, Mowgli se dispone a quitarle la piel. En el desollamiento de Shere Kan encuentro el simbolismo de la piel como muestra de lo que somos, de lo que hemos logrado. Aquí, sería excesivo (quizás no) ver un mandil, que Mowgli adquiere como símbolo de su entronización como venerable maestro de la logia selvática. En cualquier caso, la semejanza me parece bella, siquiera sea por la delgadez del cuero del felino y la del cuero de un mandil de Venerable maestro. Mowgli, no obstante, precisa la piel para demostrar la muerte del tigre ante la Gran Roca del Consejo, pues sin ella no podría regresar nunca. La piel es el símbolo de la verdad. Esto es importante relacionarlo con la permisividad en la introducción de la mentira que advertimos al analizar la tertulia ritual nocturna de la gente del poblado. Mientras al cazador Buldeo le vale contar sus patrañas al calor de la hogue-

ra junto al árbol, una vez que la cobra ha sido alimentada con un cuenco de leche, a un miembro del Pueblo Libre como Mowgli no le vale la simple palabra para demostrar un hecho que afectará a la historia (intra-historia) de la manada. Mowgli debe acreditar lo que ha dicho y debe hacerlo ritualmente, es decir, convocando a los hermanos a la Gran Roca del Consejo. A diferencia de lo que sucede en el poblado, la verdad no puede ser introducida de cualquier modo porque, si ello se consintiera, se abriría automáticamente la puerta para la introducción de la falsedad y, con ella, el favorecimiento de los perjuicios sociales que la misma comporta (el ejemplo de la injusta deposición de Akela, a través de una trampa, es un ejemplo claro).

Cuando Mowgli desuella al tigre, aparece Buldeo reclamando la pieza para sí. Tiene el propósito de satisfacerse la recompensa de cien rupias. Mowgli no lo consiente, y ante la amenaza del cazador, se sirve de Akela, lobo fiel que obedece sus órdenes y tumba a Buldeo. Este concreto momento del pasaje —una breve línea— acrisola el reconocimiento de Mowgli como nuevo Rey de la selva. El propio cazador le llama Maharajá o Gran Rey, y Akela, un pasado venerable maestro, le obedece desde el mismo momento en que aparece en la llanura para ayudarlo. Somos lo que somos por el reconocimiento que de los demás obtenemos, somos porque otros, con los que hemos socializado nuestro camino vital, nos sienten en igualdad fraternal. Pero cuando los otros, los iguales, nos elevan como primeros entre los pares, cuando nos hacen reyes, sabemos que estamos en el centro del círculo, punto primordial desde donde emana la sabiduría.

– *¿Qué es la Masonería, Kipling?*  
– *Una antigua Orden, que busca la fraternidad de los hombres bajo la atenta mirada de Dios.*

Fragmento de *El hombre que pudo reinar*

## CERRANDO EL CÍRCULO

Desde que Mowgli es entronizado como nuevo rey Salomón a orillas del río Waigunga, el relato *El Libro de la Selva* se cierra en círculo y el principio se une con el fin. A partir del punto final, Mowgli comienza a vivir la eternidad literaria y su dios creador descansa. La eternidad literaria de Mowgli se desarrolla dentro de la circularidad infinita del relato, del que ya no puede salir. Atrapado en un relato legendario que no cesará de ser leído, Mowgli está destinado a revivir una y otra vez esa historia suya. Entonces, en cada lectura, todo comienza de nuevo, Mowgli es iniciado en la Gran Roca del Consejo y empieza su instrucción como aprendiz para seguir su destino y culminarlo matando a Shere-Kan. La historia de Mowgli, como la de cada iniciado, permanece girando en el tiovivo del tiempo histórico. A través de la memoria y de la tradición, se va fijando como un mito en nuestro inconsciente colectivo. Su le-

yenda constituye un referente moral sabiamente introducido por Rudyard Kipling, representa un legado dejado a la humanidad, un poso fabulado de reflexión ética.

Desde aquella primera tarde de mi vida masónica, he vivido muchas tenidas. He andado un camino que me ha llevado al grado de maestro y, finalmente, al de Venerable Maestro de mi Respetable Logia Simbólica Paz y Conocimiento N° 119, al Oriente de Palencia, en la que he desarrollado la mayor parte de los oficios propios de la maestría. Hubo un momento —no sé cuándo exactamente— en que la flor roja (fuego) del amor prendió en mi corazón, tiempo en que alcancé, verdaderamente, el grado que me reconocieron mis hermanos desde un inicio y que entonces no merecía. El momento ritual de reconocimiento formal no siempre coincide con el de la interiorización del grado alcanzado, como tampoco el lector necesariamente comprende el mensaje del libro cuando lo termina, pues, a veces, lo va entendiendo a medida que lo evoca o lo relee. Suele ser más frecuente que la maestría llegue un poco más tarde de lo que ceremonialmente estaba previsto. Dar vueltas a las cosas, retomar nuestra vida en círculo, abandonar la línea recta, traer el tiempo pasado al presente, incorporarlo con la finalidad concreta que tuvo, reiniciarnos en lo que verdaderamente ha dado sentido a nuestras vidas, puede resultar muy provechoso. Tanto como releer *El Libro de la Selva* y hacer renacer a Mowgli con nosotros, incorporarnos a su piel y ser él.

El sentido que adquiere el ritual en masonería no deja de ser algo parecido a lo que hacemos cuando releemos un libro que nos ha gustado mucho. A lo largo de mi vida masónica, desconozco cuántas vueltas habré dado

al templo de la logia siguiendo el movimiento ritual hacia la luz. Tampoco podría contabilizar las que he dado en sentido contrario para cerrar los trabajos, pero lo cierto es que, en cada tenida, no he dejado de hacer lo mismo; más aún en las extraordinarias de iniciación, en las que he recuperado el hilo de mi vida masónica reinterpretando el sentido de todo, e incorporando, cada vez, nuevos elementos de conocimiento. Descubrir cosas nuevas te pone en el antecedente de que, a pesar de que tengas mandil de venerable maestro y puedas, como Akela, sentarte en el centro de la Gran Roca del Consejo, no has alcanzado el final. Tomas consciencia entonces de que llega un punto del recorrido en el que el final se une de nuevo con el principio, confundiéndose con él, y que la sabiduría y la ignorancia, por tanto, participan de un mismo espacio.

Es costumbre, tradicionalmente respetada en mi logia Paz y Conocimiento, ubicar al venerable maestro saliente como guardatemplo, tradición cuyo mensaje parece claro: se le transporta del Oriente al Occidente instalándolo en el trono de la humildad inicial, junto a la puerta del templo, junto al principio de su propia historia, junto al umbral que un día cruzó. Cada vez que un iniciado entra por esa puerta por vez primera, un pasado venerable maestro, es decir, alguien que ya ha culminado el recorrido, le recibe. Tic, tac, tic, tac, tic, tac, siempre pasa lo mismo, el ritual trae su cadencia desde el fondo del tiempo. El final y el principio se unen, abrochan la aventura.

Cuando el recipiendario entra por vez primera en un templo masónico asume un rol que no le pertenece. Deja de ser él y pasa a interpretar el papel de iniciado que le corresponde desarrollar en el psicodrama-ritual de la

iniciación, asume el protagonismo de modo impersonal. Quiero decir que aunque el candidato es el centro de todos los focos —primer actor en escena—, su papel está escrito desde el fondo de los siglos, se ve forzado a desarrollar una serie de pruebas cuyo transcurso no depende de él. Dentro del ritual es libre para irse, pero para poco más. El recipiendario asume las pruebas y las desarrolla dentro del psicodrama iniciático con un margen estrecho de aportación personal (lógicamente hay un campo suyo de actuación, como hemos visto, pero pequeño y reducido a determinadas contestaciones y asunción de determinados y concretos compromisos). El desarrollo está previsto, no está sujeto a la improvisación. Al asumir el papel de iniciado, retoma el pasado ritual de la Masonería y comienza a vincularse con todos los masones esparcidos por la faz de la Tierra, empieza su aprendizaje desde las mismas claves simbólicas que a otros les fueron dadas y desde el mismo ritmo. ¡Cuántos hombres habrán aprendido también los grandes valores del alma humana a través de la aventura legendaria de Mowgli, símbolo o crisol de tal grandeza! ¡Cuántos lectores *El Libro de la Selva* habrán sido iniciados en los misterios del Pueblo Libre!

Todo lector que se adentra en la lectura *El Libro de la Selva* se identifica con el protagonista del relato y se impregna de su alma gracias a esa inercia que a todo lector le permite vivir, como si fuera propia, la aventura que está leyendo. Si el ritual que la Masonería desarrolla pervive a lo largo del tiempo, también lo hace el relato de Kipling. Las logias reiteran el ritual y cada hermano oficia del modo establecido —carece de posible fuga—; los lectores, por su parte, leen un mismo relato que se mantiene vivo desde hace un siglo y medio.

Quizás ocurre que, en el fondo, ritual y relato son lo mismo, un método que sirve para interiorizar un mensaje, de ahí que leer el libro o participar en una tenida permitan disfrutar un estar sin tiempo, prenderse de una hermosa eternidad.

Los masones entramos en el templo circulando en el sentido de las agujas del reloj. Luego, abrimos trabajos de un modo ritualmente establecido, reiterando tanto el ceremonial de las tenidas ordinarias como el de las extraordinarias. Del mismo modo, aunque en sentido contrario al movimiento de las agujas del reloj, deconstruimos lo realizado cuando volvemos al mundo profano. Regresamos del fin al principio, unimos los dos polos del tiempo cerrando la frontera del mundo masónico y cruzamos el umbral de la puerta de occidente. Pasan los años, los lustros y las decenas, y de manera idéntica al propio Mowgli, que circula dentro del relato, los masones pertenecemos al psicodrama, somos sus personajes, sus propios símbolos. A medida que nos desarrollamos como masones, vamos perdiendo la identidad profana igual que el lector pierde la suya cuando Mowgli ocupa protagonismo. El sentido de asumir el perfil del personaje masónico —el oficio de maestro en éste caso— radica en que el oficiante proyecta a los demás hermanos lo que el ritual (que es un ser vivo) quiere que vean. El ritual no tiene la finalidad de que los hermanos de la logia Paz y Conocimiento de Palencia vean a Guillermo de Miguel oficiando como maestro de ceremonias —pongo por caso, y para el caso de que ese fuera mi oficio—, sino que, por el contrario, la función del maestro de ceremonias absorbe al hermano Guillermo de Miguel y determina su ritmo y su cadencia, su manera de hablar y desenvolverse en logia.

La solemnidad del rito petrifica al hermano, le fosiliza dentro de un rol concebido mucho antes de que él existiera. Nadie, por mucho talento que posea, puede desdoblar las cosas de modo tal que los hermanos vean al ser profano antes que al maestro del oficio. El actor deja de ser él aunque en su fuero interno procese lo que hace y, por tanto, aprenda, descubra el sentido de la existencia o descienda a su ser más íntimo actuando. Nadie verá a Richard Harris interpretando al Rey Lear. El propio Richard Harris sabe que estaría muerto como actor si la gente no viera al personaje que interpreta. Por ello se anula, pierde la identidad en favor de un interés superior, cual es la representación del personaje.

Cuando un masón oficia como maestro de ceremonias, o como experto o como venerable maestro, o como guardatemplo, entrega su identidad a la finalidad de construir metafóricamente el templo de la fraternidad universal. Nadie repara tampoco en Kipling cuando ve a Mowgli, nadie se detiene a pensar que Kipling es Mowgli, que éste está hecho a su imagen y semejanza. No lo pensamos, pero Kipling se ha escondido dentro del personaje oficiando como maestro-escritor, obrero literario. Conoce que su función literaria debe pasar desapercibida cuando los personajes emergen de la nada del papel a la realidad de la lectura. Se diluye en el relato, invisible, está ausente, aunque su voz, en cambio, sí nos toca. Se trata de una voz distorsionada que narra desde atrás, nada más bello. Libro y ritual, ambos la misma cosa: medios, canales, cauces para entender un mensaje.

Creo que el ensayo toca a su fin. Quizás sean necesarias unas breves líneas de agradecimiento a quienes hasta aquí hayan llegado y también a mi hermano

Rudyard Kipling, maestro masón iniciado en la Logia Hope and Perseverance al oriente de Lahore, en India.

Aquella tarde noche de diciembre del invierno de mil novecientos noventa y seis, tras vivir la apasionante iniciación que me brindaron mis hermanos y tras ser aceptado por la asamblea del pueblo masónico como un miembro más de la Orden, abandoné la logia Hermes Amistad N° 43, al oriente de Valladolid, con una rosa roja para mi mujer, detalle romántico que el ritual incorpora para ser entregado en su nombre a la pareja de todo recién iniciado.

Los masones tenemos alma de niños, puede decirse sin miedo que no hemos perdido la inocencia de ese paraíso perdido que la infancia contiene, o puede decirse, mejor aún, que no la hemos perdido del todo. Quizás volvemos a la infancia cuando nos creemos la belleza de un ritual que nos incorpora a él vestidos con mandil y guantes, portando espadas, tratándonos de vos y pensando que estamos sentados al lado de Salomón, o al lado del rey Arturo, junto a él, en la tabla redonda, o, también, por qué no, al lado de Akela, en medio de la selva, en la Gran Roca del Consejo. Quizás somos niños porque creemos que el mundo puede desarrollar algo tan hermoso como la fraternidad universal, catedral metafórica hecha de millones de almas pulidas espiritualmente. Quizás nuestras tenidas puedan ser vistas desde fuera como un juego absurdo que ningún hombre maduro, en su sano juicio, desarrollaría sin pasar vergüenza. Es posible también que estemos aquí porque no hemos sabido adaptarnos a un mundo al que muchos otros se adaptan y aceptan tal y como es. Quizás seamos unos niños porque no sabemos ver que el mundo nunca va a cambiar y que ese ideal de fraterni-

dad universal solo es un sueño de la humanidad, algo utópico, un horizonte inalcanzable.

Aquella tarde del invierno de mil novecientos noventa y seis, crucé el umbral de aquella puerta de un bajo de un barrio de Valladolid de cuyo nombre no debo acordarme, albergando en el fondo de mi alma que viviría una grandiosa aventura, como así ha sido. Entré y salí con alma de niño, completamente convencido de que algo puede cambiar el mundo. Rudyard Kipling hizo lo mismo mucho antes y, casi sin percibir el paso del tiempo —pues el tiempo profano no pasa en masonería—, he vivido a su lado reiterando un ritual anacrónico, un ritual que es como un libro millones de veces leído, un ritual que, como *El Libro de la Selva*, encauza simbólicamente el entendimiento de que la tradición y el amor pueden salvar un día a la humanidad. Aquella tarde, crucé el umbral de aquella puerta de la logia de Valladolid sin saber que un día como hoy esa misma puerta me permitiría abrir la que nos introduce en las claves esotéricas del libro que mi hermano Rudyard Kipling escribió para todos nosotros. Como quiera que entonces crucé la puerta con alma de niño grande, hoy invito al lector a releer de nuevo *El Libro de la Selva* y abandonarse a una comprensión distinta que, seguramente, le hará sentir que la vida puede ser vivida y construida de otro modo.

Depende de todos hacer una vida mejor, pero necesitamos comprender qué debemos hacer (sabiduría) e incorporar la experiencia a un orden normativo; necesitamos tener maestros que la comprendan y que la transmitan por tradición, y necesitamos constructores que sean conscientes de que un día, llegado el caso, deberán dar su vida y su sangre por algo que les trascien-

de. Solo así seremos eternos y habremos vivido, solo así viviremos —como Mowgli— en la memoria de los hombres, y solo así podremos un día desollar al Shere Kan que todos llevamos dentro. Querido lector, es vuestro turno y, aquí, tras el punto y final, termina el mío.

En Palencia, tierra sembrada de cereal, a doce de julio de dos mil doce, de la era profana.



Un aprendiz masón.

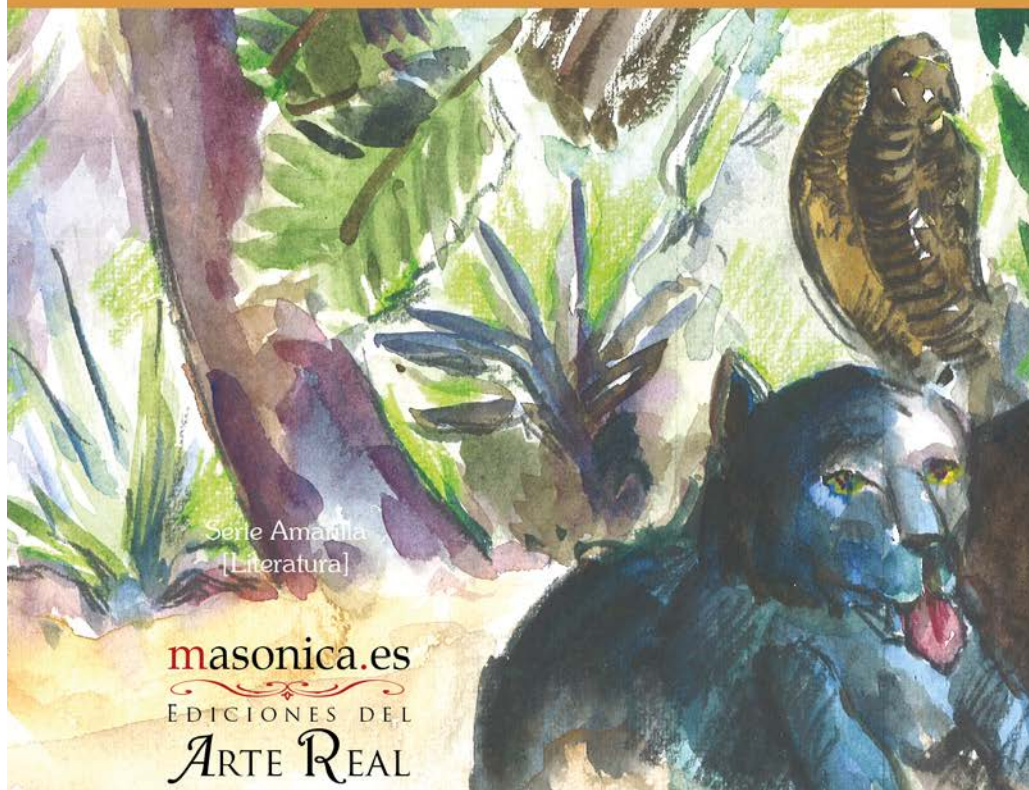


Manada de lobos maestros.  
Dibujo de Guillermo de Miguel Amieva

*Este libro terminó de componerse en letra de tipo  
masónico Acacia 3 dentro de la Serie Amarilla  
de las colecciones de MASONICA.ES®  
a Medianoche en Punto del  
11 de febrero de 2014*



La historia de Mowgli, como la de cada iniciado, permanece girando en el tiovivo del tiempo histórico. A través de la memoria y de la tradición, se va fijando como un mito en nuestro inconsciente colectivo. Su leyenda constituye un referente moral sabiamente introducido por Rudyard Kipling, representa un legado dejado a la humanidad, un poso fabulado de reflexión ética.



Serie Amarilla  
[Literatura]

**masonica.es**  
EDICIONES DEL  
**ARTE REAL**